



DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 22 DE ENERO DE 1939

Suplemento Dominical

En Este Número:



Por qué las ESTRELLAS no tienen HIJOS
por Sam Lukas



Armisticio de 1918 fué obra de la Casualidad



Historietas en Colores



Lecturas Amenas para Grandes y Chicos



¡ANIMAL!
¡ESTÚPIDO!

ESTOS COMPATRIOTAS SON UNOS INGRATOS. GANÉ EL ENCUENTRO DE FÚTBOL CON LOS DE LEMUEL, LOS DEJO BALDADOS A TODOS, Y LUEGO HABLAN MAL DE MÍ.

TRUCUTÚ

por V. T. Hamlin

ES UNA DESGRACIA SER FUERTE Y PODER PEGARLE A LA GENTE. ¡CULPAN A UNO POR LA DEBILIDAD DEL PRÓJIMO!

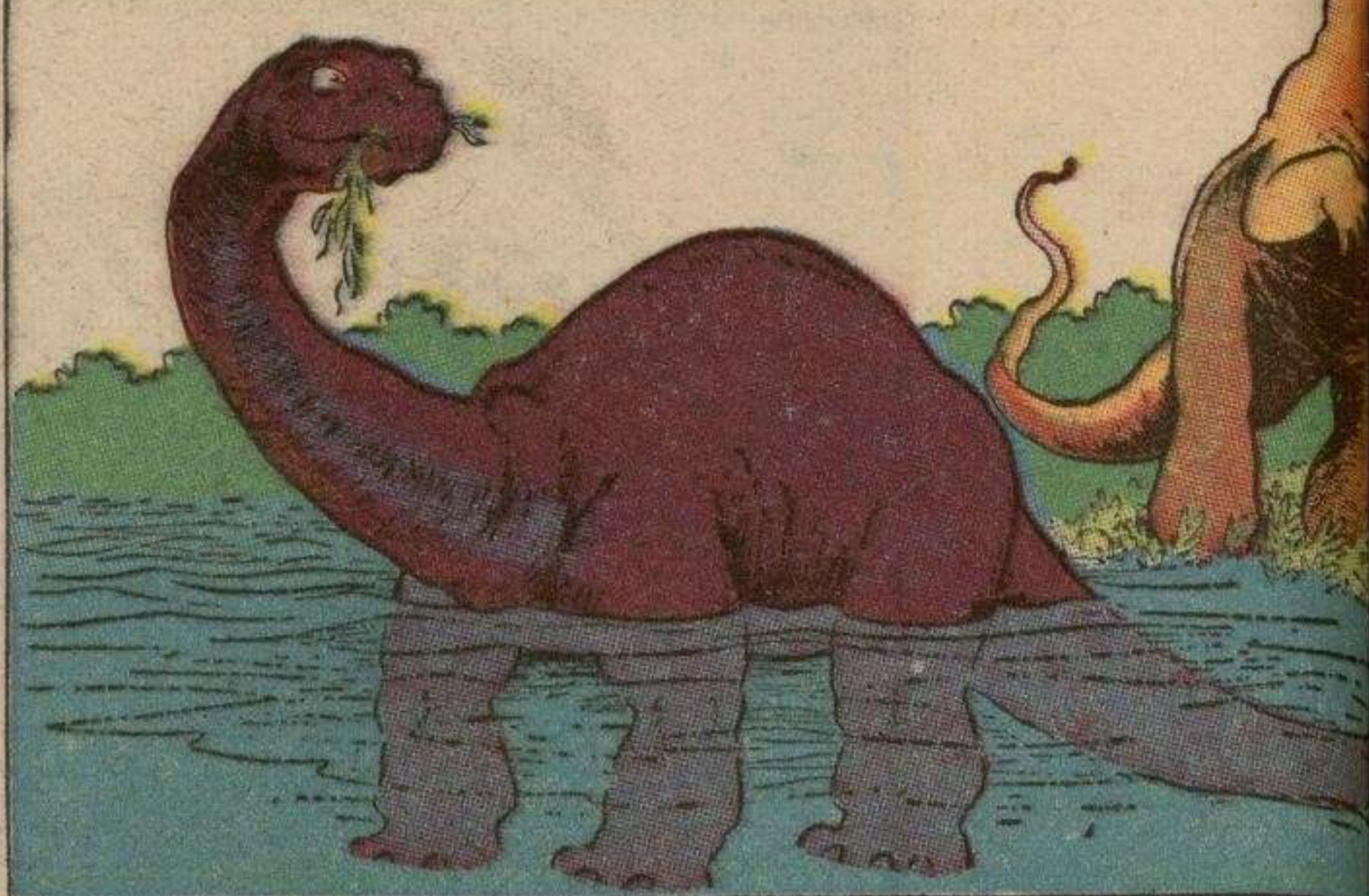
¡APENAS PUEDO RESPIRAR QUE ALGUIEN SALE GRIETANDO DE MIEDO!

¡ME PONGO TAN FURIOSO QUE PODRÍA PEGARLE A ALGUIEN!

FRAGMENTOS

DE LA ÉPOCA PREHISTÓRICA

GENERALMENTE SE CREE QUE LOS DINOSAURIOS NO PODIAN CAMINAR A PRISA POR SU ENORME CUERPO. POR SU ESCASA DENTADURA SE SUPONE SE ALIMENTABAN PRINCIPALMENTE DE PLANTAS DEL AGUA.



¡ASÍ!

BAM!

¡CACHÓN! ¡LE HE PROPINADO UN DERECHAZO AL MISMO REY GUZIGÚ!

¡ESTÁ NOQUEADO! ¡CAYÓ REDONDO! ¡QUÉ HARÉ, SANTO CIELO!

¡NO DEBO ESPERAR A QUE DESPIERTE!

¡SIEMPRE ME PARÁN! ¡NADIE CREERÁ LO HICE SIN INTENCIÓN!

¡CACHÓN DE LOS CACHONES! TODO EL MUNDO ME SALUDA Y ME HACE REVERENCIAS. ¡CUALQUIERA DIRÍA QUE SOY EL REY!

¡ATENCIÓN!

QUIZÁS ES UN GESTO AMIGABLE. TAL VEZ TENGO AMIGOS QUE NO SOSPECHABA. ¡UN MOSQUITO!

BZZZZZZ

¡CARACHO CON EL MOSQUITO! ¡LO APLASTÓ!

BZZZZZZ

¡DEMONIARES!

¡LA CORONA DE GUZIGÚ! ¿CÓMO LA TENGO YO?

SI ME PILLAN CON ESO EN LA TESTA, ME REVIENTAN!

!?!?!?

¡MARCHON!

restituído, y será usted la se-

amos la palabra: antes de dos
 cías a mis cuidados, se había
 dote, habían corrido las amo-
 y la pequeña modista se pre-
 el bufete con el señor Plu-
 ortado aún que ella.

Antonio; aquí tienes al señor
 que se ha ocupado de nues-
 ¡Cuántas gracias le doy a
 lo, señor Mouillard! Se ha por-
 en toda regla ¿Qué le debo
 bajo?

usted al jefe la cuenta de los
 señorita.

en cuanto a usted, ¿qué es lo
 do hacer?

personal, desde el recadero has-
 e, primer subordinado mío, te-
 tus ojos en mí. Fui digno y
 ntimamente de mi tío para decir:
 ed dichosa, señorita, y acuer-

pléndonos de esto ocho días.
 hecho algo mejor: al cabo
 ses se ha acordado; pero no
 do su dirección, y lo siento.
 ido gusto en volverlos a ver
 Estos recién casados son como
 se les oye cantar, pero no
 nde tienen el nido.

en usted, querido tío.

esta carta indefectible, pre-
 la vuelta de los cometas,
 rebelde al análisis que la
 feroz de que éstos están for-
 escribo a usted todos los años
 diciembre, y usted me contesta
 que yo reciba la respuesta
 de enero por la mañana. Es
 al, querido tío; es usted has-
 que no carece de bondad tal
 pero no sé por qué sus cartas
 tío. Es su cabeza la que busca
 las dieciocho a veinticinco
 que comía cada una. ¿Por
 habla usted de mis padres,
 comió, de su vida cotidiana,
 de que es tesoro, de Mag-
 vieja niñera que me meció
 la cuna, del angora casi tan
 ella, del gran jardín tan fres-
 quetón, cuyos árboles recorta
 con tanto arte y que florece
 amor? ¿Me sería tan agradable,
 ser algo de su familia!

amos lo que escribe:

31 de diciembre de 1884.

mi sobrino: Yo no veo reno-
 cios en igual forma que tú,
 mpezan en julio, y, por lo
 agada del 31 de diciembre la
 misma indiferencia que la de
 cualquiera de este mes: tus pa-
 dras me denuncian al soña-

mbargo, convendría que en-
 vida práctica. Perteneces
 lla en que no se desvaría,
 as de ella, puedo asegurár-
 onrado en Bourges la pro-
 abogacía. Tú serás la cuarta.
 nto como obtengas el docto-
 rpongo será en breve, te es-
 tiente día o al otro a más
 de coloco bajo mi dirección.
 acho no decae, te respondo
 pesar de mi edad, tengo aún
 buen diente: esto es lo prin-
 cedimientos jurídicos. Todo
 tras en buen estado y en buen
 dezo el saludo y te lo de-
 que te quiere.

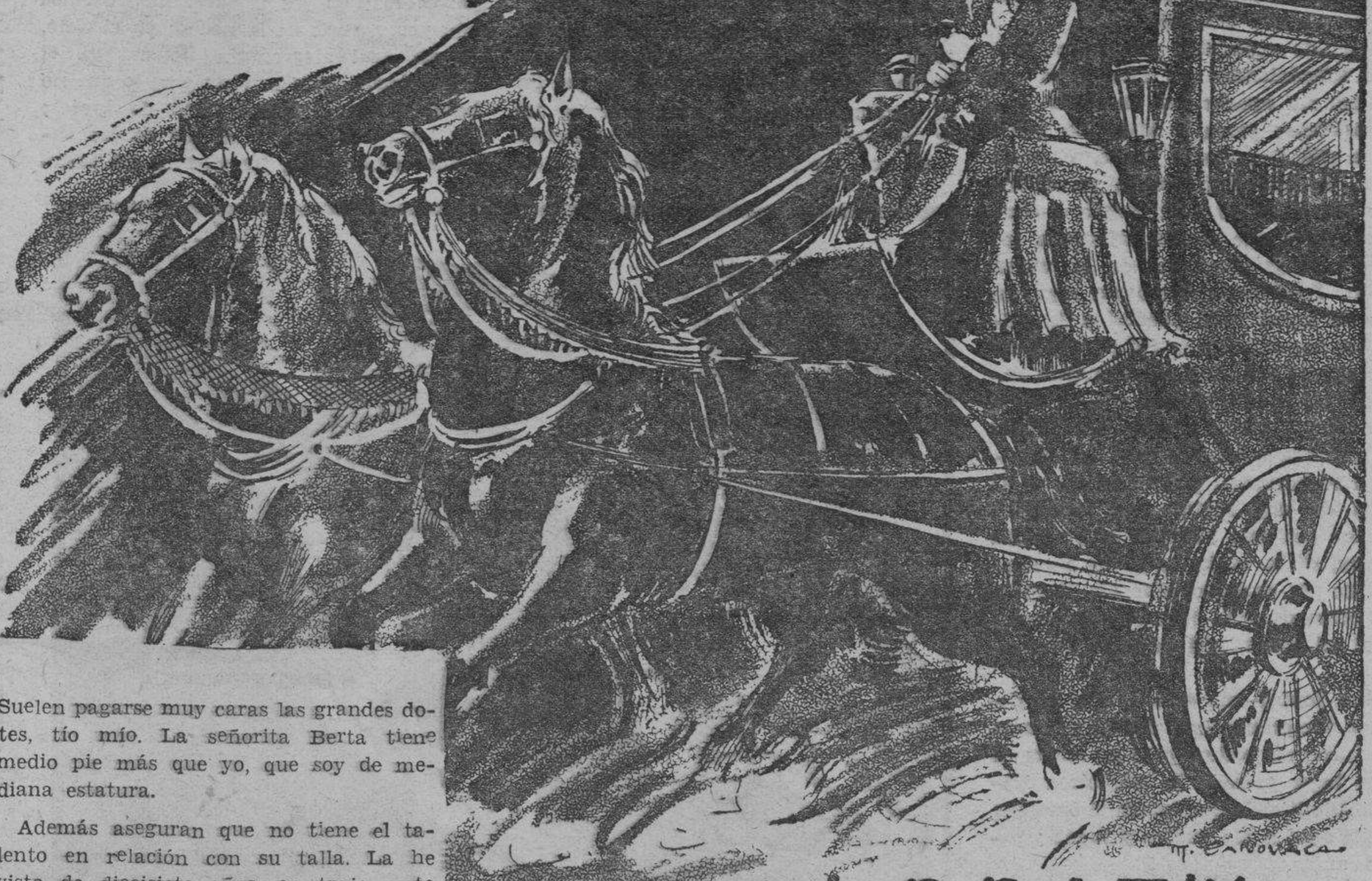
»Bruto MOUILLARD,
 abogado licenciado cerca del
 tribunal civil

venido a verme la familia
 señorita Berta es una linda

muchacha. Acaban de heredar 751,311 francos.

»Yo he sido quien ha intervenido en un incidente relativo a esa herencia.

Sí, tío mío; da usted razón a la fórmula «por el presente y por el futuro». En el futuro tiene usted la bondad de contar con un enlace entre la señorita Berta Lorinet, sin profesión, y el señor Fabián Mouillard, abogado. Fabián Mouillard, abogado, quizá me resigne a serio; Fabián Mouillard esposo Lorinet, jamás.



Una Mancha de Tinta

por R. BAZIN

Suelen pagarse muy caras las grandes dotes, tío mío. La señorita Berta tiene medio pie más que yo, que soy de mediana estatura.

Además aseguran que no tiene el talento en relación con su talla. La he visto de diecisiete años, en traje corto azul chillón, muy flaca entonces, con su finchado hermano en traje de liceísta, saliendo por vez primera solos, berrmejos ambos, muy juntos, resbalando en el empedrado de Bourges. No hablemos más: ella tendrá siempre para mí aquel aire, aquel vestido y aquella torpeza. Los recuerdos tienen algo de la fotografía instantánea; tengo desde entonces un cliché poco favorable para vuestros proyectos.

3 de marzo.

Pasan los días. Engruesa mi tesis. El Latino Juniano se desprende de las nieblas del Tíber.

Ha sido necesario volver a la Biblioteca Nacional. Los primeros días sentí emoción. Me parecía que el ujier estaba más frío y que los conservadores no separaban los ojos de mí, como si se tratase de un vigilado por la alta policía. Creí prudente cambiar de sitio. Ahora escribo mis peticiones en el pupitre de la izquierda y me siento en un sillón, a la izquierda también.

El señor Charnot permanece fielmente en su puesto bajo el tintero de la derecha.

Lo he observado. Llega ordinariamente de los primeros, ágil, saltando un poco. Sus cabellos, un tanto largos, hállanse partidos cuidadosamente por la mitad de la cabeza y su barba está siempre afeitada. La costumbre que tiene de atestar de puñados de notas los bolsillos de su levita, la hincha por arriba y la curva en forma de canastillo. Lee pausadamente (con anteojos montados en un armazón de oro muy fino) pocos libros, pero todos ellos forrados en piel, lo que les da carácter de antiguos. En su modo de volver las hojas hay algo de litúrgico. Los empleados parece que le quieren. Algunos conservadores le veneran. Tiene

buenas formas para con todo el mundo. En cuanto a mí, me evita. Yo lo encuentro, sin embargo, unas veces en el vestuario, y otras, con más frecuencia, en la calle de Richelieu, dirigiéndose hacia el Sena. Se detiene y yo me detengo también cerca de la fuente Molière para comprar castañas. Tenemos esta común pasión. El compra por valor de dos sueldos, y yo por valor de uno, y de esta suerte queda salvada la jerarquía.

Si llega después que yo, dejo que le sirvan a él primero: si él se me adelanta, espero mi vez con paciencia que hace traición al respeto. El nunca ha demostrado percatarse de ello. Algunas veces he creído sorprender en la comisura de sus labios una sonrisa y en el rabillo de sus ojos una mirada a hurtadillas; ¡pero estos viejos sabios tienen la sonrisa ligera!

El debe sospechar que yo lo busco. Es un hecho incontestable: yo acecho la ocasión de reparar la tontería que hice y de aparecer a sus ojos en un sentido menos desfavorable que en aquella visita desastrosa.

Y la razón que me impulsa a ello es ella.

Desde que el señor Mouillard me ha amenazado con la señorita Berta de Lorinet, la graciosa silueta de Juana se destaca ante mí con una persistencia a la que no encuentro nada de enfadosa.

No es esto que yo la ame, no: hasta ese punto no llega mi cariño. Tengo que dejarla y dejar para siempre a París dentro de algunos meses. No; todo mi deseo se reduce a verla en la calle, en el teatro, en cualquier parte; a demostrarle con mi actitud y, si puede ser,

con mis palabras, que yo lamento lo pasado y que imploro perdón. Entonces, basta de abismo entre ambos: la encontraré sin cortedad; podré evocar su imágen para combatir la de la señorita Lorinet sin que aquella muéca imperiosa me haga recordar ya mis torpezas. Ella simbolizará para mí la gracia parisiense unida a la piedad filial y la llevaré a provincias como el perfume de una flor rara a la cual uno se ha acercado, y si alguna vez canto «¡Oh himeneo, oh himeneo!», será para cualquiera otra que me la recuerde.

Me parece que mis sentimientos no rebasan de este límite. Sin embargo, no estoy absolutamente seguro de ello: pongo en mis pesquisas un celo y una constancia que me admiran, y el desagrado que sigue a mis gestiones infructuosas es algo más vivo de lo que permite la fría razón.

Analicemos un poco: hagamos el balance de mis cuentas.

Una tarde del mes de enero he zanzado ocho veces seguidas la calle de la Universidad desde el número 1 al 107 y desde el número 107 al número 1. Juana no salió, a pesar de ser aquel uno de los días más lípidos y hermosos de este invierno.

El 19 del mismo mes he asistido a la representación de *Andrómaca*, por más que los clásicos, a los cuales tengo en mucho, no sean los que más me cautiven. El 27 renové la tentativa. Ni la primera ni la segunda noche he visto al señor Charnot.

Y sin embargo, si el Instituto no encauza la teoría de sus vírgenes hacia

el aplauso de Andrómaca, ¿hacia dónde las encamina?

Quizá a ninguna parte.

Cuantas veces atravieso las Tullerías, recorro con la vista los grupos esparcidos por entre los vendedores de castañas. Veo niños que juegan y que se caen; niñas que los dejan caídos en el suelo; mamás que los levantan; una multitud que circula en diferentes sentidos. Pero no veo a Juana.

En fin, anteayer me he pasado cinco horas en el **Bon Marché**.

Era día de exposición primaveral, una de las solemnidades del año, y yo suponía, en los apartados de razón, que una parisense joven y linda no podía faltar a ella. Cuando yo llegué, a eso de la una, la multitud llenaba ya el inmenso bazar. No es fácil resistir a ciertas corrientes que rinden tributo a los resplandores privilegiados de la nueva estación. Indiferente como un alga en medio de aquel mar, obedecí a la primera que me arrastró, y fui llevado hasta las cañastillas. Allí me abandonó entre aquellas vendedorcitas que se reían del estudiante náufrago entre los objetos de la primera edad. Me encontré en situación embarazosa, y confiándome en la fortuna de una inglesa que manejaba los codos con una valentía enteramente británica, di la vuelta a veinte mostradores. En fin, cansado, aturdido, lleno de polvo como después de una larga caminata al sol, me refugié en la sala de lectura.

¡Pobre tonto!—me dije—, aún es demasiado temprano: han debido pensarlo. Vendrá con su padre; pero no antes de que se haya cerrado la Biblioteca Nacional. Admitiendo que tomen el ómnibus, llegarán aquí a las cuatro y media; pero no antes.

Preciso era ocupar el tiempo, bastante largo que me separaba de aquel feliz instante. Escribí una carta a mi tío Mouillard. Sólo en escribir el sobre invertí siete minutos. No había escrito nunca tan bien desde la edad de nueve años. Tan pronto como la hube cerrado, busqué un periódico. Todos estaban en manos de los concurrentes. Lo único que estaba libre era el **Bottín**: lo tomé y lo abrí por la letra **ch**. Pude convencerme de que hay en París muchos Charnot, sin contar con el mío. Charnot, Charnot, Charnot, tapicero; Charnot, hroguero; le adjudiqué toda una familia al miembro del Instituto, eligiendo, como es natural, las personas de su nombre que me parecieron más dignas de semejante parentesco. No recuerdo sino muy vagamente el tiempo que siguió luego: de lo que sí me acuerdo es de haber recibido por dos veces la impresión de que una persona indiscreta se inclinaba por encima de mis hombros. A la tercera vez salí de mi abstracción.

—Caballero—me dijo un empleado, con la mayor política—, hace tres cuartos de hora que esperan el **Bottín**. ¿Quiere usted tener la bondad de pasarlo al señor si ha terminado con él?

Eran las seis menos cuarto. Todavía esperé un poco y luego me fui, habiendo perdido el día.

¡Oh Juana!, ¿en dónde se oculta usted? ¿Será preciso ir a misa a San Germán de los Prados para encontrarla? ¿Es usted una de esas madrugadoras que, cuando apenas hay paseantes, van a buscar en los Campos Elíseos los primeros rayos de sol, y el aire que sopla por entre los árboles antes de sumirse en París? ¿Estudia usted algún curso en la Soborna? ¿Canta usted?; y en tal caso, ¿quién es su profesor?

Usted debe cantar, Juana. Hay en usted algo de ave. Tiene usted la gracia y la ligereza de las alondras. ¿Por qué

no ha de tener también un poco de voz como ellas?...

Fabián, mucho cuidado, que te estás poniendo lírico.

8 de abril.

Hace más de un mes que no he escrito nada en este oscuro cuaderno; pero hoy, ¡cuántas cosas tengo que anotar en él, y de qué importancia!

Desde luego, mi primera sorpresa.

Sobrecargada, mi cabeza de textos latinos, apoyaba esta mañana mi frente en los cristales de mi ventana que da al jardín. El jardín, naturalmente, no es mío, puesto que habito en el cuarto piso; pero he visto a las nubes llorar de

la mano por el musgo describiendo una curva rápida, como si hubiese querido coger una mosca, y se volvió hacia su madre en actitud triunfal, desvanecida, imbécil con un inocente lagarto gris entre los dedos.

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo: tomaba el sol; lo he magnetizado!

¡Tomaba el sol! Esta fué una revelación para mí. Abrí la ventana. Y, en efecto, por todas partes calor, por todas partes luz: en los tejados, humedecidos aún por el rocío de la noche; en el cielo, de un azul alegre, que no era ya el del invierno. Bajé la vista y vi lo que no había visto: el suace lleno de brotes; las hepáticas en flor al pie de las camelias deshojadas; los perales del huer-



lo lindo sobre su gran sauce, sobre el piso encarnado de la avenida que lo limita en rededor, sobre los cuatro muros bordados de hiedra, uno de los cuales lo separa del huerto de los Carmelitas. Es un jardín casi abandonado. El primer inquilino del primer piso no ha tenido jamás la cabeza pesada y, por lo tanto, no pasea por él casi nunca. Su hijo, liceísta de diecisiete años, se encontraba en él esta mañana. A dos pasos del muro que da sobre la calle, inmóvil y con la cabeza alta, silbaba con ritmo monótono y en forma que me pareció una contraseña. Ante él, sin embargo, no había otra cosa que el musgo y la hiedra adosada a la pared. No se les silba a las piedras ni al musgo.

Más lejos, del otro lado de la calle, las ventanas de las casas de enfrente, huyendo, regularmente alineadas, y abiertas en su mayor parte. Yo pensé: El pájaro está allí: será alguna maritornes que aparecerá en breve con su blanca cofia.

¡La pícara y mala idea! ¡Qué temerarios somos hasta en nuestros mejores juicios! De repente el liceísta dió un paso hacia adelante; extendió el brazo; pasó

to de los Carmelitas enrojecidos por la savia, y sobre la rama seca de una higuera un mirlo escapado del Luxemburgo, que, estirado sobre sus patas, alegre y con el cuello extendido, respondiendo a algún llamamiento lejano traído por la brisa, cantaba, como en pleno bosque, el himno ardiente de la renovación. Entonces, ¡oh!, entonces no me pude contener: bajé de cuatro en cuatro los escalones, echando pestes contra París y contra los Latinos Junianos, que me habían ocultado la primavera. ¡Cómo! ¡Vivir separado del mundo creado para mí; caminar por un suelo artificial de piedra o de betún; tener un horizonte de chimeneas; no ver del cielo sino una faja irregular cortada por las techumbres, manchada por el humo, y dejar que se deslice esa estación hermosa sin aspirar los perfumes y la alegría que prodigamente esparce y sin renovar en su juventud, la juventud nuestra algo estropeada y oprimida por el invierno! ¡No, eso no puede ser; yo quiero ver la primavera!

Y la he visto, en efecto, pero truncada y en ramos, porque mi carrera irreflexiva me ha llevado a la plaza de

San Sulpicio, y había en ella un ramo de flores.

Muchas flores y poca gente, tarde. Yo gozaba lo indecible ante aquellas alineadas por especies y por desde el jacinto doble, delicadas porteros, hasta las primeras clavellinas apenas abiertas y cuyas hojas blancas o blancas, empezaban a salir de su casquillo verde; luego ramos de una misma clase de flores y de un matiz, envueltos sus tallos en papel; lilas, minutisas, reseda traída en jarras y cuya miel no libada por las jarras, embalsamaba el aire. Todavía una mirada para aquellos destellos parecidos. Las jóvenes les sonaban saber por qué. Hasta los cocheros, estacionados a lo largo de las verjas, se complacían con aquella vista. Yo oí a uno, cuyo rostro se asemeja a una asadura de ternera, rojo de nariz blanca, decir a uno de los pañeros:

—¡Francisco, que bien huele!

Yo iba despacio estudiando la posición, y al llegar a la última vuelta.

¡Gran Dios! ¡A diez pasos de Flamarán, el señor Charnot y la Juana!

Estaban parados delante de unos puestos por donde yo acababa de pasar. Flamarán llevaba debajo del brazo una cineraria en maceta, cuya planta se recía salirle del vientre; el señor Charnot, inclinado, dirigía sus lentes o un tubo clavado granadino; Juana vacilaba entre veinte manojos de flores, haciendo a unos y a otros su linda peinada al uso de la estación.

—¿Cuál, papá?

—El que quieras, pero elige pronto, nos espera Flamarán.

Otro segundo de duda; después, se arrastró por las afinidades de las vas.

—Este manojito de reseda—dijo.

Lo hubiero yo apostado. Debía ser el reseda, la planta rubia, fina, que se te como ella. Lascameillas y los otros para otras; para Juana, las flores más lindas.

Pagó, cogió el ramo, lo contempló un instante, lo apoyó en su pecho con un movimiento maternal, dejando sobre su brazo los rubios vástagos que unió a su padre, que no había querido más que cambiar de clavel. Corrió hacia San Sulpicio. A la derecha de la plaza, Charnot en medio y Juana a la izquierda. Ella se rozó conmigo sin decirme nada. Yo lo seguí de lejos. Los tres se pararon. ¿De qué? Lo adivino: ella, por el dieciocho años; ellos, por el placer de acompañarla. Al extremo de la plaza tomaron a la izquierdá; siguieron por largo las verjas de la iglesia y se dirigieron hacia la calle de San Sulpicio sin duda para acompañar al señor Flamarán, cuya cineraria se desmenuzó de los grupos. Iba a seguir yo el camino. Un ómnibus de la línea de Clichy se me interpuso. En un momento me vi envuelto por la ola de gente que arrojó sobre la vía.

—¡Calla! ¿Eres tú? ¿Cómo estás? ¿es lo que miras? ¿Mi tubo? Tubo de spárgens sónum, querido amigo, ma creación de León, aeriforme, libomba, evaporador.

Era Larivé que bajaba del ómnibus. ¿Quién no conoce a Larivé, el de los pasantes del bufete Machard? En todas partes se le ve. Buen momento con las patillas pequeñas y recortadas el bigote muy cuidado, vistiéndolo chabalemente, siempre de tubo, enguantado, al corriente de todas las frases ingeniosas, que luego repite como si fueran suyas. A creer lo que

acceso en todos los ministerios todos los ministros; invitaciones todos los bailes, y billetes de autor todos los estrenos. Unase a esto exactitud para asistir a los en su gran fuerza en Derecho y su en el Palacio de Justicia, su toda ponderación.

dirás, Fabián, lo que miras?

¡Ah! ¡Ya lo veo: a la pequeña Char-

la conoces?

¡Pardiez! Y al papá también. ¡Gen-

erose!

¡Enrojé de alegría.

modo que la encuentras...

gentil, lo afirmo; pero no tie-

costumbre de la sociedad: baila

eso todo lo malo?

tene algo más; los ojos.

¿Qué les encuentras?

que son un poco pequeños: ¿no lo

notado?

¿Qué le hace eso, si son amables

exigentes?

A mí? A mí no me importa nada.

es a quien creo que le importa al-

sois acaso parientes?

No.

Deudos?

Ninguno.

mejor. ¡Ah! ¡Y el viejo Mouil-

lard! ¿Siempre in-

teresa?

¿Y deseoso de sacarme de esta Ba-

lerna?

Le reemplazas tú?

Lo más tarde posible.

me habían dicho que no eras

bastante. Un bufete modesto, ¿no es

esto?

tanto. Veinticinco mil de pro-

veinte.

¿Neto?

bastante atrayente. Pero ¡la pro-

vincia mía, la provincia!

¿Te morirás allí?

Las cuarenta y ocho horas.

¿Cómo, pues, has podido nacer en

eso me admira, Larivé.

¿A mí también. Es una de las co-

sas que me hacen pensar. Conque hasta

ahora.

¿Sujeto por las manos, que me ha-

venido.

¿Dónde, Larivé. ¿Dónde has encon-

trado a la señorita Charnot?

¡Ah, truhán! Ahora caigo. Dispensa,

mi amigo. Siento extraordinariamen-

te haberte dicho que era un ángel.

¿Hubiera sabido...

¿Es eso lo que te pregunto. ¿Dón-

de has visto?

¡Pardiez! En sociedad. ¿Dónde quie-

re que se vean a las jóvenes si no

en sociedad? ¿Qué cosas tiene este

país!

se marchó riéndose. Cuando es-

ta veinte pasos, se volvió; colocó

las manos en la boca en forma de

una O, y gritó:

¡Es un ángel!

Larivé es decididamente un atur-

do cuyas palabras pueden darle por

suficiente las apariencias de hombre

de talento; pero es limitado, mero re-

corridor de efugios, y todo un egoísta.

su frívola apariencia. No me inspi-

ra confianza alguna. Es, no obstante, un

alumno de colegio, el único de mis veinti-

cinco compañeros de curso con quien he

tenido relaciones: cuatro han muer-

to y otros veintitrés andan dispersos en

la obscuridad de las provincias y pre-

dicablemente perdidos, por carencia de

talento, para usar el lenguaje del bu-

rocracia: el número veintiocho es

el que me quedo. Yo lo admiraba, en el octavo

año de su vida, a causa de sus largos pantalones, la notable audacia de su indisciplina y sus relaciones precoces con el cigarrillo. Lo prefería a otros buenos muchachos humildes. Los días de asueto compraba y goma arábica en la casa del heborista de la Chatre, la machacaba con un martillo en el fondo de mi cuarto, lejos de los curiosos, y llenaba con ella tres saquitos, cada uno con una etiqueta que decía: «pedazos grandes, pedazos medianos, pedazos pequeños». Cuando regresaba al liceo, con los saquitos en el bolsillo, sacaba uno u otro para ofrecer el contenido según la importancia del caso y el grado de simpatía. Larivé atrapaba el mayor puñado que podía. No por eso se mostraba más reconocido ni dejaba de burlarse de mí por aquellas mismas atenciones de que era objeto. Mentía a toda hora, y, sin embargo, yo le consideraba. Todavía miente; pero ha pasado para mí la edad de la goma arábica, y no creo ya en Larivé.

Si se imagina despoetizar a mis ojos esa niña encantadora, diciéndome que baila mal, se engaña. ¡Vaya una ganga, tener un mujer que sepa valsar bien! No es en su casa ni con su marido con quien valsa entre el armario de la ropa y la cuna, sino en casa extraña y con los extraños. Además, una joven que baila oye muchas necesidades. Puede tomar el gusto a los cuentecillos de los Larivé, a sus libertades de gesto y de lengua. ¿Qué acogida dará entonces al amor sencillo y tímido? Se reirá de él. Pero usted, Juana, no se reirá si yo le dijese que la amo. No; creo firmemente que no se reirá. Y si usted me amase, Juana, no frecuentaríamos la sociedad, y eso me haría feliz. La guardaría sin ocultarla. Encontraríamos la dicha en nuestra casa, en vez de ir a buscar en donde no está: en los salones y en los bailes. Imposible sería que ignorase usted el encanto que emana de su persona; pero no lo prodigaría a esa multitud, a esa turba de danzantes para no traer a casa sino los restos de su buen humor y de sus trajes. Juana: estoy contentísimo de que baile usted mal.

¿Adónde vas, amigo Fabián, adónde vas? He ahí que te dejas arrastrar por tu imaginación. En cuanto ella se remonta, te vas por entero. Razona, razona un poco. Has vuelto a ver a esa joven, es verdad; te ha agradado: es la

segunda vez. Por ella, a quien te permites llamar Juana, como si fuese alguna cosa tuya, no te ha visto, siquiera. Tú no conoces de ella más que su gracia virginal y veinte palabras de su boca. Ignoras si es o no libre, así como la acogida que daría a esos pensamientos que embarcan tu espíritu, si tú se los expresaras. Y dices: «¡Irámos, tendríamos!... No pases del singular, mi buen amigo. Ese plural está lejos, muy lejos, caso de que sea posible alcanzarlo.

27 de abril.

Fin de abril: ¡volad, estudiantes! Los primeros soplos templados hacen estallar los botones: Meudón ríe; Clamart gorjea; en el valle de Chevreuse los campos de violetas embalsaman; llueven semillas de sauce en ambas márgenes del Ivette, y más lejos, allá abajo, a la sombra de las verdes bóvedas de la selva de Fontainebleau, los corzos enderezan las orejas al ruido de las primeras cabalgadas. ¡Volad! Las sendas están floridas, las landas cuajadas de rosas, los matorrales



llo de alas que huyen. Todo París emigra hacia el campo engalanado. Los más pobres tienen un rincón preferido, un recuerdo del año anterior que desean volver a encontrar, un abrigo en donde durmieron, una avenida cuya sombra era aradable, un sitio en la orilla del agua en que los peces mordían el anzuelo. Todos dicen «¿Os acordáis?» Cada cual busca su nido como la golondrina a su regreso. ¿Existirá? ¿Qué estragos habrán causado en él los vientos invernales, las lluvias y los hielos? ¿Será aún hospitalario?

También le he dicho yo a Lamprón: «¿Te acuerdas?» porque ambos tenemos nuestro nido y días de sol que alegran nuestros recuerdos. El estaba con deseos de trabajar y vacilaba. Pero murmuré: «El estanque de Merle,» y sonrió, y... henos en marcha.

Por lo común, y ahora también, la cita es en San Germán; pero no en la ciudad, ni en el castillo italiano, ni en la terraza desde la que se ve el largo curso del Sena, y el campo esmaltado de villas, y Montmartre azuleando a lo lejos, sino la selva. Ella nos es más querida que a otros muchos, pues conocemos todas sus talas, todos sus árboles, todas sus grutas donde se internan todos los cazadores furtivos y todos los amantes. Iría, con los ojos cerrados, hasta el estanque de Merle, que nos fué descubierto por un corzo.

Figuraos, a treinta pasos de una alameda, no un estanque, porque el nombre es impropio, ni una balsa, sino una fuente cavada por la desaparición de alguna encina gigantesca. Después de la muerte del árbol rey, los abedules que sus extensas ramas habían tenido alejados no han vuelto a aproximarse, y la fuente forma el centro de un pequeño claro en que el musgo crece espeso en todo tiempo y esmaltado de claveles silvestres en el mes de agosto. El agua, por profunda que sea, no tiene menos deliciosa transparencia. A través de seis o siete pies de profundidad se distinguen en el fondo las hojas muertas, las hierbas, las ramas de árbol y algunas piedras de aristas irisadas. Todo aquello duerme allí: restos de pasados días que otros restos habrán de cubrir después. A veces, desde las profundidades de aquellas malezas acuáticas lánzase una salamandra; sube en espira agitando su cola listada de amarillo, toma una bocanada de aire y vuelve a bajar perpendicularmente. Fuera de aquellas incursiones, nada turba la placidez de la fuente. Esta se halla protegida del viento por un enebro que un rosal silvestre ha tomado por tutor y al que todos los años cubre con un manto de rosas. Todos los años también anida allí un mirlo, cuyo secreto le guardamos: él, por su parte, sabe que no lo tocaremos. Cuando veo de nuevo aquel pequeño rincón del bosque, que la costumbre nos ha hecho amar, sólo con mirar el agua experimento una impresión fresca que me llega hasta el alma.

—¡Magnífico sitio para dormir!— exclama Lamprón. Haz el cuarto, Fabián: en cuanto a mí, voy a descansar.

Habíamos ido muy de prisa. Apretaba de firme el calor. Se quitó la americana, la arrolló en forma de almohada y colocó en ella la cabeza al tenderse sobre la hierba. Yo me eché boca abajo en plena alfombra de musgo y me entregué al estudio minucioso de un pie cuadrado del suelo que tenía ante mis ojos.

La multitud de tallos de hierba era prodigiosa. Algunos ya espigados, rebasaban el nivel común y se balanceaban como palmeras, sorgo lanoso, grama de los prados, débiles cañas de trigo coronadas de espigas. Otras apuntaban a

medio desarrollar, en el centro de las masas sombrías de musgos, henchidas de agua y encargadas, sin duda, de dárseles a beber. Entre los innumerables tallos así elevados hacia el cielo, se cruzaban sendas llenas de bostáculos, cortezas, bayas de enebro, fabucos de abedules, y raíces enredadas por el curso de las aguas llovedizas. Pasaban por ella hormigas y escarabajos atrafagados, subiéndolo y bajándolo hacia un hito misterioso. Sobre ellos, una linda araña roja, ligaba un talla de gramínea a una hoja de orquídea, columnas elegidas para la tela futura, y cuando por entre las hojas que el viento agitó, llegó hasta allí un rayo de sol, vi dibujada ya toda la trama.

Ignoro lo que duró aquella contemplación. La selva estaba en calma. Aparte de un enjambre de moscardones que zumbaban sobre Lamprón dormido, nada se movía, ningún ruido sonaba alrededor de nosotros. Todo bebía silenciosamente en la copa del sol esplendoroso.

Muy a lo lejos, y en un rumor confuso, escuché el eco de dos voces. Me levanté y a paso de lobo me fui por entre los abedules y los nogales hasta el margen de la avenida.

En lo alto de la pendiente y hacia la parte a que daba sombra el arbolado, columbré dos paseantes marchando con lentitud. A la distancia a que aún se encontraban, sólo pude distinguir una cosa: el hombre vestía de levita, y la mujer traje gris; ésta debía ser joven, a juzgar por el flexible movimiento que al andar imprimía a su cuerpo. Y, sin embargo de no ver más, tuve desde luego el presentimiento de que era ella.

Me oculté: se aproximaron y la vi pasar, con efecto, del brazo de su padre, hablando tranquilamente, y feliz por haberse escapado de la calle de la Universidad. Miraba ante sí con los ojos muy abiertos. El miraba a su hija, más ocupado de ella que de la primavera en pleno bosque, y se inclinaba a la derecha siempre que el sol mordía la línea de la sombra; de vez en cuando preguntaba:

—¿Estás cansada?

—No.

—Cuando te canses, hija mía, nos sentaremos. ¿No voy demasiado de prisa?

Ella le respondía que no, y se reía, y ambos se alejaban.

Pronto dejaron la avenida y tomaron por una senda. Los perdí de vista. Entonces me sobrevino súbitamente algo como un crepúsculo: el corazón se me llenó de inmensa tristeza: cerré los ojos, y Dios me perdone, pero lloré.

—¡Magnífico!—exclamó Lamprón detrás de mí. ¿Qué papel es el que me haces representar?

—¿Cómo qué papel?

—Encuentro muy singular que me convides a tus citas.

—¡Una cita!... Pero si no hay tal cosa...

—¿Vas a decirme, tal vez, que has venido aquí por pura casualidad?

—¡Ciertamente.

—¿A la hora justa y al sitio preciso por donde ella debía pasar?

—¿Quieres la prueba de ello? Esa joven es la señorita Charnot.

—¿Y bien?

—Y bien, amigo mío; que yo no la he hablado después de mi única visita hecha a su padre, que no la he visto más que una vez en la calle y por un solo instante, y que, como comprenderás, no ha podido haber cita alguna para aquí. El primer sorprendido he sido yo. La casualidad, la bondadosa Providencia es la que se ha servido de la hermosura de la luz, de la brisa, de todas las dul-

zuras y de todos los encantos de abril, para traerla a la selva como nos ha traído a nosotros.

—¿Y eso te hace llorar?

—No, eso no.

—¿Entonces, qué?

—No lo sé.

—¡Ah, niño!, porque aún lo eres; te lo voy a decir: la amas.

—A la verdad, creo que tienes razón, Silvestre. Te lo confieso sencillamente como a mi mejor amigo. Esto data ya de algún tiempo; quizá del primer día que la vi. Al principio, su imagen se presentaba en mi espíritu y yo encontraba placer en ello. Luego no me bastó la imagen. He deseado volverla a ver realmente: la he buscado en la calle, en las tiendas, en el teatro. Aún estaba ciego y suponía que sólo era para hacer-

—Pues bien: toma informes de lo demás: háblale, declárate, pídelo, y ca-saos.

—¡Por Dios, Silvestre, qué de prisa vas!

—Querido amigo, es el mejor y el más moral de los sistemas; es necesario encauzar rectamente esos vagos idilios, o para romperlos sin gran pena, o para terminarlos en honrados desposorios. Yo, en tu lugar, empezaría mañana mismo.

—¿Por que no hoy?

—¿Cómo?

—Alcanzádoles, aunque no sea más que para volverla a ver.

Se echó a reír.

¡A mi edad correr tras de las jóvenes! En fin; puesto que he dado el consejo, adelante.



Cruzamos la avenida y nos lanzamos a través de la selva.

Lamprón se había conquistado en otros tiempos reputación de ágil y de infatigable entre los cazadores de zorras de la campiña romana, y aún la merecía: en veinte saltos se colocó delante de mí. Yo le veía salvar los matorrales, tronchar con su bastón los retoños de las encinas, y volverse para contemplarme, más apurado que él, arañado por los espinos y pinchado por los juncos. El vuelo de un faisán le detuvo. El ave saltó de sus pies y se elevó en alto.

—Está bien—dijo—; es un toque de atención: seamos más prudentes, pues de lo contrario espantaremos la caza. A doscientos pasos de aquí debemos encontrar el sendero que ellos han tomado.

En efecto, a los cinco minutos, parapeitado tras del grueso tronco de una haya, me telegrafió:

—Ahí están.

Juana y el señor Charnot se habían sentado en el tronco de un árbol caído a lo largo del sendero que se deslizaba a lo lejos semioculto por la maleza. Ambos nos daban la espalda. El padre, encorvado, con su bastón de puño de oro clavado en la tierra, leía en un libro que no podíamos ver, y Juana, atenta, inmóvil y medio vuelta hacia él, escuchaba. El perfil de su rostro se destacaba de una hermosa franja de cielo. La profunda paz del bosque nos envol-

vía, y la voz del sabio anelaba hasta nosotros.

—«En aquel punto, el dios dirigió a la nivea Nausicaa el discurso:

«Diosa o mortal, reina ante el postro. Si eres una de las que pueblan la inmensidad del mundo, reconozco en ti, por su bella gracia, por tu noble apostura, la hija del gran Júpiter. Si de las mortales que habitan en el mundo, tres veces dichosos tu buen padre, tres veces dichosa tu augusta madre; tres veces dichosos tus hermanos queridos. Sus almas mirarán constantemente a causa de al ver a una virgen tan hermosa en el coro de las danzas. Pero el mayor no será la dicha del que duzca a su rica mansión, cuando pléndidos regalos!»

Me volví hacia Lamprón, que me pasó delante de mí, un poco a la derecha. Había echado mano a su bastón y dibujaba apresuradamente en el al olvido la prudencia y al olvido la prudencia y al olvido la prudencia para acercarme a él. Por más señas que le dije más que intenté demostrarle que habíamos ido allí para pintar y dibujar, nada conseguí. El artista estaba engolfado en su arte. Se agachó una raíz recurvada, a la izquierda, y al descubierto, trabajó con otra precaución que el dibujo.

Sucedió lo que tenía que suceder. Pacientado por las dificultades que me quis, Lamprón hubo de mover los pies al mismo tiempo: una de ellas se rompió; hierbas secas que se le Juana vuelve la cabeza y ve que él la miraba embebecido, y a él se retrataba.

¿Cuáles pueden ser las impresiones de una joven que descubre repetidamente en plena selva cuatro ojos fijos en ella. Algún pavor en el primer momento, después, cuando la idea del pavor se disipado, cuando una segunda impresión permite reconocer que se trata de belleza y no de atentar a su libertad, movimiento de amor propio que no exento de confusión.

Y eso fué, precisamente, lo que me notó en ella. En el primer momento se echó ligeramente hacia atrás, cubrió las cejas, dispuesta a lanzarse, después sus cejas se dilataron, al ver de ser admirada, el rubor se le sorprendida y el deseo de ser recer cortada, todo se reflejó en sus jillas de rosa y en una vaga sonrisa.

Yo la saludé; Silvestre se adelantó.

Charnot no se movió.

—¿Es alguna otra ardilla?

—Creo que son dos, papá—dijo ella en voz baja, y prosiguió:

—«Oh, huésped mío!, respóndeme, vea Nausicaa, y te doy este mundo que no me parece ni vil ni insignificante. Júpiter distribuye por sí mismo a los mortales...»

Juana no escuchaba ya. Pero ella que En muchas cosas quizá, por seguridad, en retirarse. Lo último movimiento de su sombrilla que se frotó febrilmente círculos sobre el suelo. Le hice a Lamprón una señal para que nos fuimos retirando de espaldas. Pero todo fué inútil; el bastón estaba roto; la paz estaba turbada; tosía dos veces de un modo rítmico, armonioso.

El señor Charnot interrumpió la tura y se mostró inquieto.

CONTINUA EN
PAGINA 11

EL LOCO CARRIL

POR FONTAINE FOX

EL IRACUNDO
SR. FULMINO



« SÚBASE, SR. FULMINO,
Y LE LLEVO A SU
CASA EN UN INSTANTE. »



« ¡ POBRE DEL BESUGO
QUE SE TOPE ESTA
NOCHE CON
FULMINO! »



« HABLANDO DE BESUGO, CASI
SE ME OLVIDA. ¿ EMETERIO,
QUIERO QUE ME PRESTES TU
RED DE
PESCAR? »



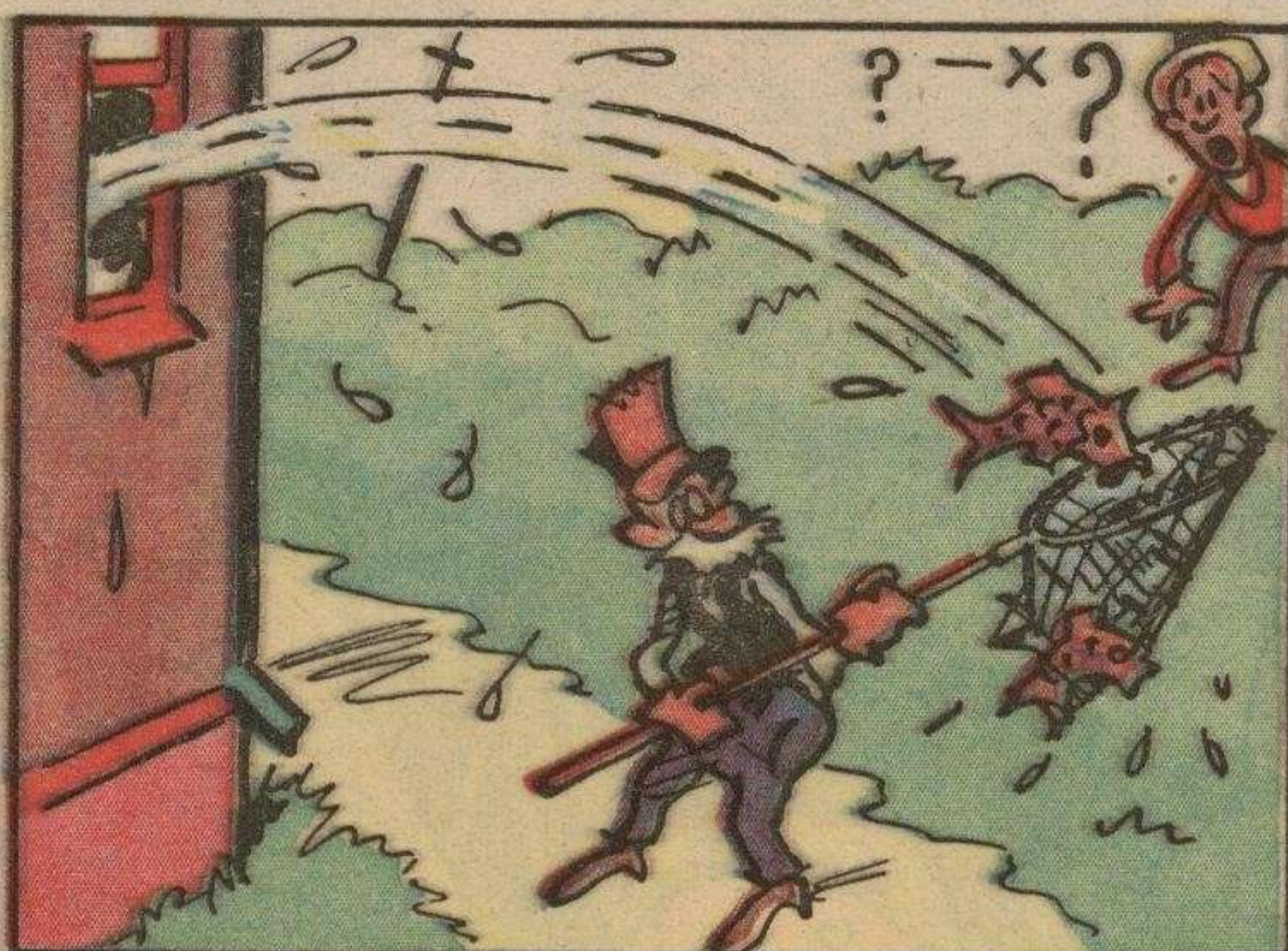
« CON ESTA RED VOY A PESCAR
DE UN MODO
ENTERAMENTE
NUEVO! »



« ¿ A DÓNDE DIABLOS VA?
POR AHÍ NO HAY NINGÚN
CHARCO PARA PESCAR. »



« ¡ DIANTRE, LOS PECES SALEN
POR LA VENTANA Y DON
CACARRIEL LOS REGOGE! »



« ¡ CREO QUE NO HAY
MÁS! ¡ SÓLO ERAN
CUATRO! »



« ¿ CÓMO DIABLOS SUPISTE QUE LOS
PECES SALDRÍAN POR LA
VENTANA? »



« ... ESO DE TRABAJAR DURO
TODO EL DÍA PARA LLEGAR A CASA
Y ENCONTRAR EL BAÑO LLENO
DE PECES. »



« ¡ PISTÓN, EL HIJO DE FULMINO, ME DIJO QUE
HABÍA PUESTO LOS PECES QUE HABÍA
PESCADO EN LA BAÑADERA, Y YA SABES,
YO CONOZCO BIEN A FULMINO! »

El Armisticio de 1918, Obra de la Casualidad

Por Thomas M. Johnson

Un famoso corresponsal de guerra narra la extraña cadena de sucesos que prolongo las hostilidades en la guerra mundial, y causo la muerte de millares de estadounidenses que pudieron haberse salvado

HACE VEINTE años tuvo lugar una de las batallas más grandes que se registran en la historia, que terminó en el triunfo de las democracias sobre las dictaduras, aunque hoy día estas últimas parecen más poderosas y más amenazadoras para el resto del mundo que aquellas. No obstante, la veleidat del destino nos sorprende menos cuando nos damos cuenta de que el triunfo y el armisticio, no fueron producto de un plan preconcebido, sino del azar, esta vez en manos de Marte.

El 2 de septiembre de 1918 el mariscal Foch, comandante en jefe de las fuerzas aliadas, y el general Pershing, jefe de las tropas estadounidenses en Francia, libraron una batalla de palabras que ejerció gran influencia en la sangrienta lucha que debía abrir el frente occidental de 650 kilómetros y en la parte que los estadounidenses tomaron en ella, en su gran avance contra el saliente triangular de St. Mihiel.

Pershing opinaba que el avance podía continuarse hasta interrumpir, o por lo menos amenazar seriamente, los vitales ferrocarriles estratégicos alemanes, conduciendo así a una rápida y cabal victoria. En lugar de esto Foch proponía que los estadounidenses se conformaran con cortar el saliente, para después atacar los ferrocarriles en la región más difícil del Mosa-Argona. Esta idea era del mariscal Haig y se adaptaba mejor a los planes británicos, que Foch favorecía, y de ahí su imposición al comandante norteamericano, al que también halagaba, pues le daba el control completo de las fuerzas de su mando.

LOS ALEMANES se preparaban a reforzar sus trincheras, especialmente en el lado sur del saliente, el que, de haber sido roto por los americanos, les hubiera dado la oportunidad de apoderarse de todo lo que había en él: tropas, cañones y vituallas, además de diseminar a la 77ma división de la reserva alemana, recientemente llegada de Rusia y minada por la propaganda comunista.

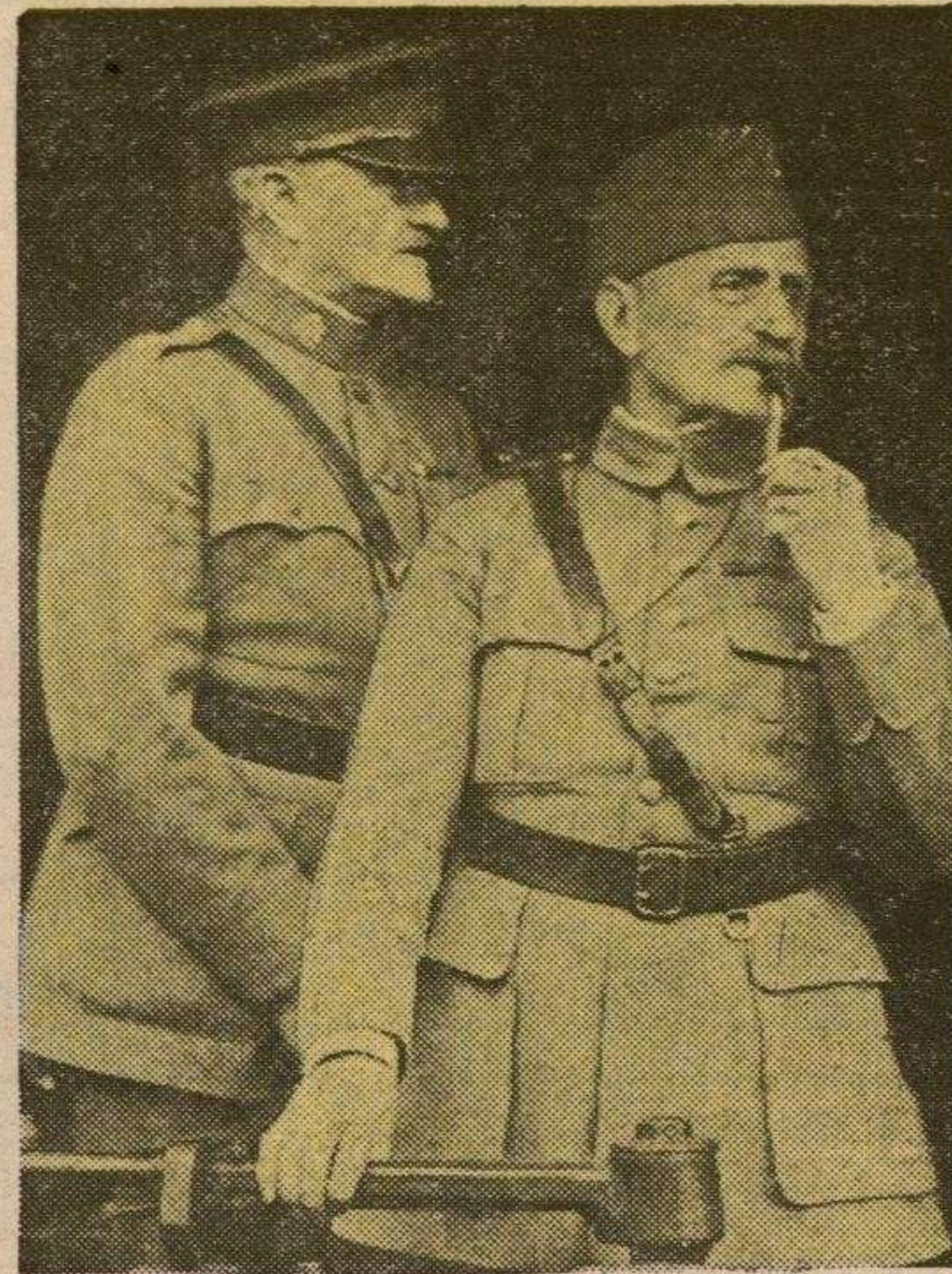
El comando alemán recibió nuevos informes de los preparativos de los estadounidenses y los generales alemanes Fuchs y von Gallwitz decidieron abandonar el saliente; para ello von Gallwitz necesitaba dos cosas: la aprobación de Ludendorff y sus dos divisiones de reserva para reemplazar a la 77ma y proteger la retirada. En vista de ello redactó y transmitió dos telegramas.

Al primero Ludendorff respondió: "Aceptado. Retirada a la línea Michel por la base del saliente."

Pero antes de llegar el segundo telegrama, el dios de la guerra le hizo una jugada a los alemanes: Ludendorff había abandonado su despacho por el resto del día y mientras Gallwitz esperaba la respuesta, promulgó un plan para el retiro gradual de sus tropas en un periodo de ocho días, comenzando a las doce de la noche del 11 de septiembre.

En este punto Marte hizo otra jugada: los estadounidenses ignoraban por completo esta orden, pero la una de la madrugada fue precisamente la hora escogida para iniciar su ataque. A esa hora, en la noche del 11, en medio de las detonaciones de las baterías franco-estadunidenses, compuestas de tres mil cañones que no cesaron de disparar, 110,000 franceses y 550,000 norteamericanos se lanzaron al ataque encontrando a los alemanes totalmente desprevenidos, co-

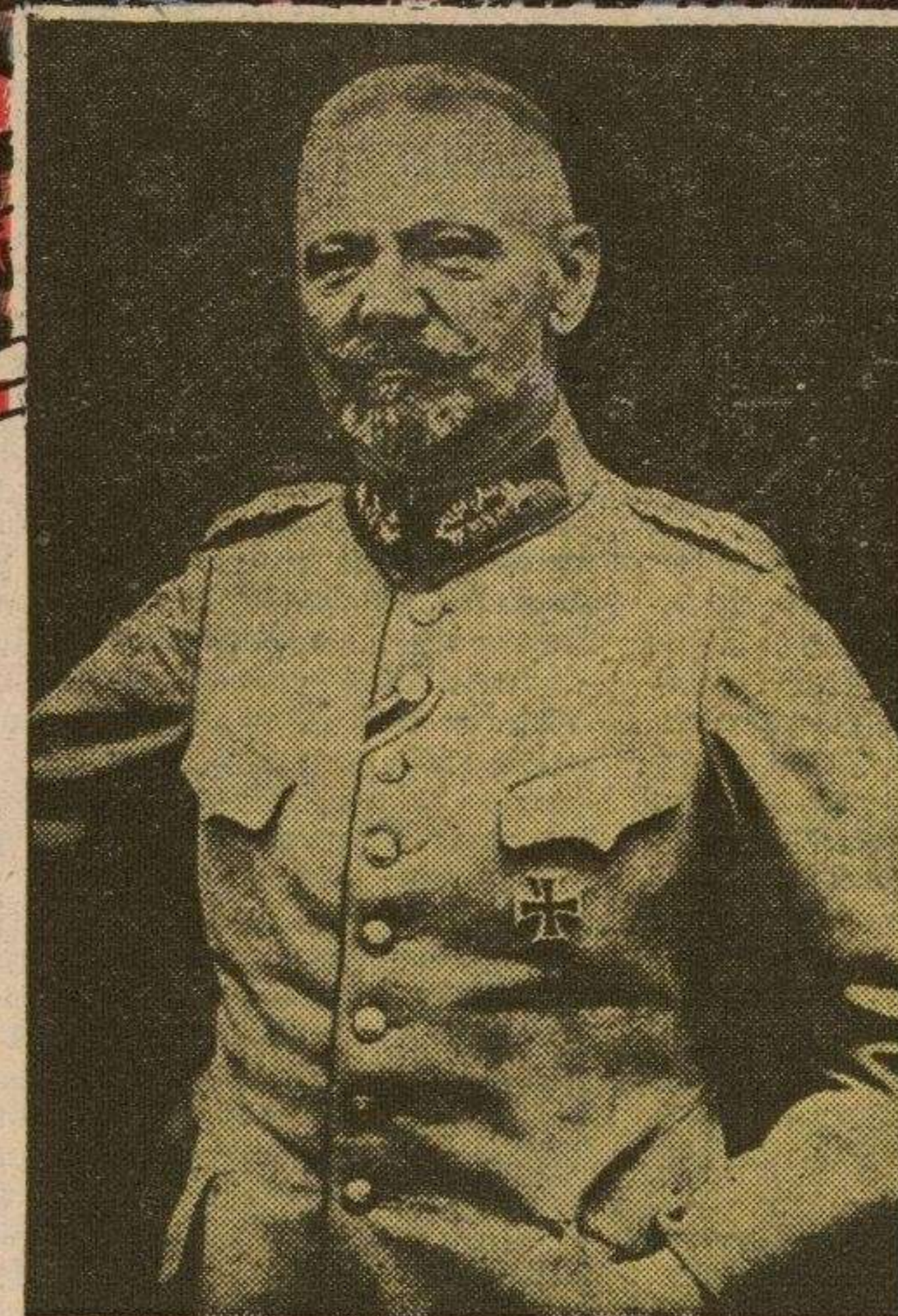
gidos de improviso. En aquellos instantes el segundo telegrama de Gallwitz permanecía sin abrir en el cuartel general alemán. Cuando Gallwitz lo había enviado a Fuchs, el desesperado general sabía que el ataque de los americanos estaba iniciado y ante su empuje una parte del frente, la parte correspondiente a la 77ma división de la reserva, quedaba rota, destruida. Aquel cuerpo de veteranos había recibido la noche anterior la orden de dar los primeros pasos en la retirada gradual. Toda su artillería y parte de su infantería se apiñaba en los caminos de retaguardia, justamente en el momento en que la artillería de los estadounidenses los barrían con sus proyectiles y la otra parte, en los sectores



La caballería norteamericana se encontró a millares de alemanes que huían. Pero cuando estaban listos para la carga, los caballos enloquecidos por el recuerdo de heridas anteriores, huyeron despavoridos.

(Arriba) El desmoronamiento de Pershing y Foch fué causa de prolongara la guerra.

(A la derecha) El alemán von Gallwitz que cursó un telegrama que, al no obtener respuesta, causó una derrota de los americanos.



en que las 2da y 5ta divisiones de los Estados Unidos se lanzaron al ataque, rompiendo la línea. Ante esto, los soldados de la 77ma división obedecieron sus órdenes, las de la propaganda recibida en Rusia, y se rindieron llenos de entusiasmo.

De este modo la revolución rusa y la negligencia de un general alemán, contribuyeron a una victoria de las fuerzas norteamericanas.

CON su ataque los estadounidenses rompieron el antiguo frente y amenazaron el nuevo que Ludendorff había ordenado a Gallwitz formar al retirarse del saliente. Los treinta mil alemanes que quedaron en el extremo de éste, quizá nunca hubieran podido llegar al nuevo frente, porque desde Thiaucourt los estadounidenses amenazaban coparlos.

¿Se dió Pershing cuenta de esto? Quizá comenzaba a comprenderlo, pero tal fué lo

que resultó el plan franco-inglés: si en lugar de detenerse hubiera seguido adelante en su avance, habría logrado en pocas horas una victoria abrumadora con la captura de un inmenso número de prisioneros y material de guerra... pero debido a su retardo en darse cuenta de la posibilidad que se presentaba, todo cambió.

A las tres de la tarde el general Pershing trató de enmendar el error y al dar la orden de avanzar sobre los objetivos que se designaban para el día siguiente, se encontró con que la artillería de la primera división se había separado de la división "Rainbow" por una controversia sobre el derecho que la una o la otra tenían sobre el camino. Sin embargo, se echó mano de la caballería.

Cuatrocientos jinetes, en su mayoría reclutas inexpertos, se introdujeron en un bosque espeso para tropezar con millares de soldados alemanes, con carros y cañones: treinta mil hombres retirándose en desorden. La caballería abrió el fuego y se preparó a cargar. Los alemanes respondieron.

Otro truco del azar había hecho que los caballos hubiesen salido recientemente de los hospitales de veterinaria, después de ser curados de sus heridas. Enloquecidos, los animales galoparon retrocediendo por el bosque, llevando encima a los reclutas para dar cuenta a retaguardia de que los alemanes se retiraban desordenadamente.

Con esto la infantería de la primera división estadounidense se dirigió al bosque para topar en plena oscuridad con la retaguardia alemana. Esa noche, hacia las diez, dominaban el camino principal de la retirada germana, pero no era éste el único y por la mañana se hizo evidente que los treinta mil alemanes que estaban copados, habían huido ayudados nuevamente por el azar.

Por milagro, la vieja "Landwehr" del general Fuchs había rechazado los furiosos ataques de los franceses hasta que los maltruchos austriacos cedieron ante el empuje de la 26ta división de los Estados Unidos, dejando expuesto el flanco alemán. Esto ocurrió al atardecer y cuando a las 7:15 de la noche Pershing ordenó el avance de esta misma división para encerrar al enemigo, la orden vino demasiado tarde, pues ya entonces los soldados del "Landwehr" marchaban 32 kilómetros al norte, con rapidez tal que el día 13 descansaban tranquilamente en la nueva línea.

Los estadounidenses tuvieron, pues, en su mano una victoria abrumadora, pero no llegaron a cerrar el puño.

DE no haber sido así, los alemanes, en lugar de perder el saliente, 15 mil prisioneros, 443 cañones e inmenso prestigio, hubieran perdido mucho más. Pero el azar les salvó descubriendo la primera face de la gran batalla que debía iniciarse el 26 de septiembre, la más tremenda, la del Mosa-Argona.

En esa región quebrada, nebulosa y oscura, cien kilómetros al noroeste de St. Mihiel, donde cayeron más norteamericanos que en ninguna otra batalla, éstos atacaron los mismos ferrocarriles estratégicos que dos semanas antes, en St. Mihiel, tuvieron al alcance de la mano de no haberlos detenido en su avance el plan franco-inglés que Pershing aceptó.

Este segundo ataque no se efectuó con las mismas divisiones veteranas que en St. Mihiel avanzaron con tal rapidez y en tan gran escala. Pershing no pudo obtenerlas a tiempo para recorrer los cien kilómetros para tomar parte en la primera face del nuevo plan preparado por Haig y por Foch.

En esta ocasión Marte pudo indudablemente haberse sentido satisfecho, pues los reclutas de Nueva York, Pennsylvania, Maryland, Virginia, Kansas, Missouri, e Illinois, aunque valientes, no pudieron adelantar como sus compañeros de armas más experimentados, que dos semanas antes triunfaron en St. Mihiel.

Además, esta vez von Gallwitz podía obtener reservas y los estadounidenses pagaron con docientos mil bajas entre muertos, heridos, desaparecidos y enfermos en los cuarenta y siete días de combate infernal.

Los caprichos del azar quedaron plenamente demostrados por el hecho de que, a pesar de haber abandonado Pershing su propio plan en favor del propuesto por Haig, y para ayudar a éste, nada indica que el sacrificio diera al comandante inglés los resultados que esperaba ni cuando los esperaba. Por otra parte, todo parece demostrar que el plan de Pershing habría sido mucho más eficaz, pues gracias a los errores de los alemanes y el azar mismo, hubiera podido llegar hasta los ferrocarriles en St. Mihiel, y entonces la costosa batalla del Mosa-Argona nunca habría tenido lugar y la guerra hubiera terminado antes del 11 de noviembre de 1918, fecha en que se produjo el Armisticio.

Quando Dorothy Lamour anunció que iba a tener un hijo, le llorieron las congratulaciones...



¿Por qué las ESTRELLAS NO TIENEN HIJOS?

EL NENE más caro del mundo es el de la artista de cine... norteamericana. Y aunque parezca paradójico, cuanto más dinero gana una actriz, menos puede permitirse el lujo de tener uno. No se trata, por supuesto, del dinero que la venida del nene a este mundo saque del bolsillo de su mamá. Se trata, simplemente, del que no le deja ganar.

Un nene le cuesta a la artista de cine de Hollywood, una inactividad que comprende de diez y seis a treinta y dos semanas. Y en algunos casos, lo que se juega la artista de cine que quiere ser madre es la carrera misma.

El público es siempre muy olvidadizo y, por otra parte, siempre hay artistas noveles dispuestas a superar a las consagradas en cuanto les dan la oportunidad. De ahí que en estos días una artista

de cine lo piense mucho antes de decidirse a ponerle un paréntesis a su carrera para tener un hijo. Y cuando alguna siente en lo más hondo de su alma la llamada de la maternidad y está dispuesta al sacrificio, siempre se encuentra con la oposición de los magnates de los estudios, capaces de contratar los servicios del mejor abogado del país para convencer a la chica de que lo que ha pensado hacer es una tontería...

HACE POCO Dorothy Lamour, la nueva estrella de la Paramount, anunció a los cuatro vientos que iba a trazar un compás de espera en su carrera, para tener un hijo. Como es sabido, la linda estrella de moda está casada con el director de orquesta Herbie Kay, y ansía la hora de ver santificada esa unión en un hijo. Pero, por lo visto, la gente del estudio le quitó la idea de la cabeza, haciéndole ver que para traer al mundo un nene tiene mucho tiempo por delante, mientras que su popularidad actual puede que se le eclipse mañana.

El número de nenes que han nacido a las estrellas de cine durante el año 1938 no llega a una docena, y entre ellos están comprendidos los hijos de las estrellas masculinas tales como Bob Burns, Bing Crosby, Patric Knowles y otros. Puede decirse que este año solamente tres de las actrices primeras figuras, han abandonado provisionalmente el cine para pasar por la prueba de la maternidad. Son ellas Joan Blondell, Sally Blane y Pauline Moore. Entre las que tienen anunciada la visita de la cigüeña —sabido es que los niños llegan a las madres de los Estados Unidos en una bolsa que las cigüeñas traen en el pico— sobresalen Margaret Sullavan, Katherine DeMille y Juliette Johnson.

PARA LOS estudios cinematográficos, la maternidad en las artistas representa una tragedia que a veces alcanza proporciones insospechadas. Porque cuanto más famosa, más popular es la actriz en trance de ser madre, mayor es también la pérdida que el hecho le puede causar al estudio.

Hay actrices que resisten mejor que otras el trabajo ante la cámara cuando la visita de la cigüeña se halla próxima. Pero todas ellas sufren de un nerviosismo acentuado que no tendrían que padecer en situación normal.

Joan Blondell se encontraba en ese caso cuando filmaba "Unfit to Print" —"De Publicación Prohibida"— y se dice que en una ocasión se refirió al exceso de trabajo por que la hacían pasar, con estas humorísticas palabras: "Por lo visto esta gente no cree que el hijo de una actriz nace como los demás, sino también por medio de un truco de espejos..."

A los ejecutivos de los estudios, la noticia de que una de sus actrices va a ser madre, les cae casi siempre como una bomba. Porque esos acontecimientos les echan por tierra buena cantidad de sus planes respecto a las próximas producciones. Por ejemplo, cuando hace unas cuantas semanas Margaret Sullavan anunció que le iba a venir un herma-



Paulina Moore estuvo a punto de perder su carrera, cuando decidió traer al mundo a su nene Wendy Machamer que tan feliz la hace ahora...

nito a su hija de tres años los planes que ya estaban hechos para la filmación de nuevas películas por la mencionada actriz, tuvieron que ser cancelados.

En esos casos el único recurso del estudio consiste en rebajarle el sueldo durante las semanas en que no pueda actuar y extenderle luego el contrato por el mismo número de semanas que haya faltado. Pero no se la puede penalizar, no importa cual haya podido ser el perjuicio que causara a la compañía, porque el nacimiento de un hijo es "un acto de Dios". Tal definición y precedente legal fué establecido en el caso de Helen Hayes, quien hace varios años fué demandada por un empresario teatral de Nueva York, cuyo espectáculo tuvo que ser cerrado cuando "la salud" de su estrella fué tan delicada que le impuso una ausencia total de las tablas.

UN NENE, repetimos, le cuesta mucho dinero a una actriz, Joan Blondell pongamos por caso. Se dice que Miss Blondell devenga un salario de 1750 dólares a la semana —una cifra que sin duda está muy cerca de la verdad— y esa suma se queda muy atrás cuando se tienen en cuenta sus emolumentos procedentes del radio. De ese modo el advenimiento a este mundo de su pequeño Ellen Powell le costó cuarenta y dos mil dólares. Y no importa que el contrato de la rubia y linda madre haya sido prorrogado durante el mismo número de semanas porque, de todas maneras, ese tiempo lo ha perdido del total del que alcance su carrera.

Al público, a lo que parece, le encanta que sus artistas favoritos tengan hijos. Tal, por lo menos, el caso de Dorothy La-

mour, quien empezó a recibir un tremendo número de cartas en cuanto los periódicos dieron la noticia de que quería tener un nene. La mayoría de esas cartas la felicitaban por su decisión y la alentaban a que persistiera en ella. No sabemos la actitud que habrán tomado esos mismos admiradores ahora que han sabido que Miss Lamour ha determinado posponer para más adelante el advenimiento de un hijo.

Por supuesto, también a la maternidad que aleja a sus estrellas favoritas de los estudios, saben sacarle partido los dirigentes de las compañías productoras de películas. El nacimiento del hijo de una artista, dá ocasión para que los periódicos le dediquen al recién nacido y a sus papás espacio extra, y para que durante muchos días se mantengan hablando de la marcha de la salud del nene y de lo bien que ha quedado la mamá después del feliz acontecimiento.

El solo anuncio de que una estrella de cine piensa adoptar un "baby" —y el hijo así adquirido no hace pasar a la mamá por todas las pruebas y dificultades que le trae consigo el hijo verdadero, ni estropea a los magnates de los estudios sus combinaciones— es suficiente para que alcance más publicidad y, por lo tanto, aumente su valía cotizante. Si las leyes de California concedieran a los padres adoptivos los derechos que conceden las de otras localidades —Chicago por ejemplo— probablemente el número de niños adoptados por las estrellas de cine sería más elevado...



—Tienes frío Juana?

—No, papá.

—Sí, sí, tienes frío. ¿Por qué no me has dicho antes? ¡Oh, las criaturas! Siempre lo mismo! ¡Imprudentes!

Se levantó en seguida; metió el libro en el bolsillo, abotonó la levita y, apoyándose en el bastón, miró un instante la copa de las hayas.

Después, uno al lado del otro, se alejaron ambos por el sendero.

Juana marchaba con soltura, erguida, delta, entre las tiernas ramas cubiertas de nuevas hojas, que la ocultaron muy pronto.

Entre tanto, Lamprón seguía fijando atención en aquel recodo de la senda donde ella había desaparecido.

—¿En qué piensas?—le pregunté.

Se pasó la mano por la barba, en que colaban ya algunas hebras de plata.

—Pienso, amigo mío, que la juventud vive de igual modo, sonriéndonos ligeramente y sin decir a dónde va, cuando, precisamente, más nos halaga. La mía me ha jugado esa mala pasada.

—¿Sabes que has tenido una buena idea al retratar a los dos? Enséñame el dibujo.

—¡No!

—¿Por qué no?

—No es ni siquiera un croquis: cuatro copias de lápiz únicamente.

—No importa, enséñamelo.

—Amigo Fabián, deberías saber que, cuando me empeño en una cosa, es que tengo ya una idea, como la burra de Salamá. No verás mi álbum, ni hoy, ni mañana, ni pasado.

Le respondí neciamente:

—Me es igual. ¡anda!

En el fondo yo estaba contrariado: y me despedí de Lamprón, en el andén de la estación, algo friamente.

—¿Es posible imaginar un capricho semejante? ¡No enseñarme un dibujo que he hecho delante de mí, un dibujo que representa a Juana!

28 de abril, nueve de la mañana.

Ocultas tus dibujos, amigo Silvestre; mételos en los cartones o guárdalos en los bolsillos: me importa poco. Tengo en mi corazón la imagen de Juana, y la veo cuando quiero, y la amo, la amo, la amo.

—¿Qué será de ella y de mí? Lo ignoro y espero sin saber qué espero, ni por qué, ni para cuándo, y esto por sí solo dulce.

Nueve de la noche.

A las dos de la tarde he encontrado a Lamprón en el bulevar de San Miguel. Va de prisa, con un cartón debajo del brazo. Me acerco a él. Hállase contrariado y rehúsa el ofrecimiento que le hago de acompañarle. La sangre se me sube a la cabeza.

—Está bien; hasta más ver, señor Lamprón, puesto que no me es permitido acercarme a ti; hasta más ver.

Reflexiona un instante.

—¡Bah! Sígueme si quieres; voy a casa de mi constructor de marcos.

—¿Un cuadro?

—Casi, casi.

—¡Vaya un misterio! Secreteas conmigo ayer con un dibujo, hoy es con un cuadro. Eso no está á bien, Silvestre, no está bien.

Me mira con aire de amistad compasiva.

—¡Pobre niño ingenuo!—dice.

Y luego, recobrando su voz clara y firme, añade:

—Tengo prisa; ven si quieres. Hubiera deseado más que lo hubieras hecho dentro de cuatro días; pero, en fin, la vida nunca llega demasiado pronto.

Cuando Lamprón no quiere hablar, es inútil interrogarle. Me resigné, pues, a meditar sobre estas palabras: «la dicha nunca llega demasiado pronto».

Bajamos por el bulevar a lo largo de las cervecerías. Mi amigo Silvestre va con arrogancia; no se confunde con



la multitud por entre la que se abre paso. Se adivina en este hombre, grave sin afectación, indiferente al ruido y a las curiosidades de la calle, un alma robusta y elevada. Es superior a los demás transeúntes. Al pasar, escucho en un grupo de estudiantes sentados a la puerta de un café este diálogo, que mi amigo pareció no entender.

—¡Calla! ¿Ves a esos? Pues el más alto es Silvestre Lamprón.

—¿El gran premio del Salón hace dos años?

—Sí, todo un hombre, como tú sabes.

—Demuestra serlo.

—A la izquierda—dijo Lamprón.

Tomamos a la izquierda y llegamos a la calle de Hautefeuille ante una casa de mala apariencia, en cuyo soportal había un tarjetón anunciador de habitaciones desalquiladas: en aquella casa habita el constructor de marcos. El corredor es oscuro; sus paredes aparecen estropeadas y hendidas por los golpes de tantos muebles como han entrado y salido por él. Subimos. El olor de cola y de moño que se nota en la meseta del cuarto piso basta a indicar el oficio del inquilino, y, a mayor abundamiento, en un cartelón clavado en la puerta se lee: **Plumet, constructor de marcos.**

—¿Plumet, un matrimonio joven?

Pero la señora Plumet ha abierto ya: es ella, efectivamente, la menudita señora Plumet del bufete Boule. Me reconoce a pesar de la poca luz que había en la escalera.

—¿Cómo, señor Lamprón, conoce usted al señor Mouillard?

—¿Y usted también, señora Plumet según parece?

¡Oh!, mucho: él es quien ganó el pleito que usted sabe.

—¿Contra el ebanista? Perfectamente. ¿Está su marido de usted?

—Sí, señor: está en el obrador. ¡Plumet!

Por una puerta entreabierta que da a otra habitación, vemos, en medio de sus operarios, amoldadores, doradores, bruñidores y encuadradores, un hombre pequeño, con perilla, que levanta la cabeza y se desata rápidamente los cordones de su mandil de trabajo.

—¡Voy, María, voy en seguida.

La pequeña señora Plumet hallábase algo contrariada por habernos tenido que recibir en traje descuidado y sin haber concluido aún de arreglar la casa. Lo conocí en lo colorada que se puso en el movimiento instintivo que hizo al lle-

fil, parecidísima; un rincón de la selva la sombilla en el suelo, el bastón clavado en tierra... Un cuadro de género de una finura de una verdad perfecta.

—¿Cuándo has hecho eso?

—Anoche.

—¿Y quieres exponerlo?...

—En el Salón.

—¡Pero, Silvestre, si en el Salón no reciben ya nada! Ha tiempo pasó el 15 de marzo.

—Es verdad; he hecho una calaverada: toda la mañana me la he pasado intrigando. Si hubiera sido por un cuadro, nada hubiera conseguido; pero se trataba de un dibujo tan pequeño, veinte centímetros por treinta...

—¿Corrupción de funcionarios, según parece?

—Con substitución prohibida. Había yo colgado allí, precisamente entre dos grabados, un paisaje al lápiz muy parecido a éste: se descuelga el uno, se cuelga el otro, y... todo se reduce a un pequeño acto misterioso de iniquidad de que estoy avergonzado todavía. Pasaba por ello en obsequio tuyo; confiaba en que ella fuese y se reconociese.

—Y seguramente que se reconocerá y que comprenderá; ¿cómo quieres que no adivine? ¡Ah, Silvestre, cuánto te lo agradezco!

Y eché mis brazos al cuello de Silvestre pidiéndole perdón por mis necias recriminaciones.

También estaba él algo enternecido, algo turbado por el placer que me había producido su sorpresa.

—Vea usted, Plumet—dijo éste, que se había aproximado a la ventana con el dibujo y lo examinaba como hombre inteligente—; ahí tiene usted un joven más interesado aún que yo en el asunto; un aspirante a marido a quien le puede usted ser muy útil. Si no le pone usted marco al dibujo, desaparecerá toda su alegría.

El encuadrador meneó la cabeza.

—Vamos, Antonio—exclamó una vozcita alamera. z

Y la señora Plumet abandonó la cuna para venir en socorro nuestro.

Desde aquel momento consideré ganada la partida. Aunque Plumet repitió varias veces, acariciándose la perilla, que aquello era imposible, ella aseguró lo contrario: él hizo además de volverse al taller, pero ella lo retuvo por una manga, y le hizo reír y consentir, diciéndole:

—Antonio, el señor Mouillard nos ha casado: justo es que tú le pagues en la misma moneda.

Yo estaba enajenado. Sin embargo, me asaltó una duda.

—Silvestre—dije a Lamprón, que levantaba el picaporte de la puerta—, ¿crees tú que ella irá?

—Hombre, yo creo que sí; pero no respondo de ello. Para tener esa seguridad, sería preciso que le dijese: «Señorita Juana, en el Salón está expuesto el retrato de usted». Si conoces a alguien que se cuide de llevar el mensaje a la calle de la Universidad...

—Desgraciadamente, no...

—Entonces, vente, y confía en tu buena estrella.

—¿Calle de la Universidad han dicho ustedes?—exclamó la señora Plumet, quien decididamente se tomaba el más vido interés por mi causa.

—Sí, ¿por qué?

—Porque tengo una amiga en ese barrio, y quizá...

Yo me atreví a darle a condición de que guardase el secreto, el número y el nombre, e hice bien.

En tres minutos combinó un plan: su amiga vivía precisamente junto al hotel de la calle de la Universidad..., una portera..., una persona de edad y de confianza. Por ella podría saber la señorita Juana que su retrato, o algo parecido, figuraba expuesto en el Salón...; discretamente, de eso no hay que hablar, y con tal naturalidad que excluyese toda sospecha.

¡Qué lista y qué inteligente aquella ex modistilla! Anduve acertado al servirla en otra ocasión. ¡Cuán ajeno estaba yo de que pudiera pagarme un día aquel servicio! Y sin embargo, héme ya pagado, capital e intereses.

A pesar de todo, aún vacilaba yo; pero ella me arrancó el consentimiento.

—Nada, nada—dijo—, déjeme usted hacer: yo le prometo, señor Mouillard, que se avisará a la señorita, y a usted, señor Lamprón, que su dibujo no se quedará sin elmarco.

Y la señora Plumet nos acompañó hasta el primer escalón, satisfecha por haberle ganado la partida a su marido, por haber demostrado su sagacidad y por tomar parte en un complot en que intervenía el amor.

Ya en la calle, Lamprón me estrechó la mano.

—Vete, vete, amigo mío: las personas felices van solas; es una necesidad del corazón. Dentro de cuatro días iré a buscarte a las doce, y haremos nuestra primera visita al Salón.

Sí; yo era feliz. Caminaba de prisa, sin fijarme en nada, con los ojos puestos y perdidos en mi pensamiento, escuchando en mi corazón una música divina. Se me figuraba llevar una aureola, y me sentía mortificado, porque es una insolencia ir diciendo a voz en grito: Mirad, soy yo, que la amo regocijadamente y a quien Juana va a concederle su amor. Verdaderamente, estaba fuera de mí.

Cerca de la fuente del Luxemburgo, delante del viejo palacio en que se reúne el Senado, juegan dos niñas: la una empuja, la otra cae.

—¡Fea, Juana, eres una fea!

Corro; levanto del suelo a la niña, y ante los ojos de su niñera, que se quedó estupefacta, la abrazo y le digo:

—No, señorita, es la joven más encantadora del mundo.

¡Y el señor Legrand! Aún me ruborizo cuando recuerdo mi conversación con él.

Hallábase en pie, con aire digno, en el umbral de su tienda: Especiería fina, comestibles, especialidad en géneros coloniales. Estamos en buenas relaciones: le compro naranjas, regaliz y rom para el ponche. Pero mantengo las distancias. Pues bien; le he llamado «mi buen señor Legrand»; me he acercado a él sin tener nada que comprarle; le he pedido noticia del estado de sus asuntos, y le he dicho:

—¡Qué tiempo más delicioso, señor Legrand! Nos encontramos ya en los días más hermosos del año.

Ha levantado los ojos hacia los tejados de las casas, los ha vuelto a bajar sobre mí, y se ha callado por deferencia.

Luego he visto que, en efecto, reinaba una neblina muy desagradable.

En fin, hace un momento, al regresar de comer, me he cruzado en la calle de Bonaparte con una familia de obreros, y el marido ha dicho, señalándome:

—¡Calla, un poeta!

Ha visto bien: en mí se ha borrado el pasante de abogado; ha desaparecido el doctor futuro: no queda más que el poeta, es decir, el fondo de toda juventud desprendida de las plantas parásitas de la vida. Yo siento que se despierta y se conmueve. ¡Cuán dulce es la vida y qué instrumentos maravillosos somos para que la esperanza, al tocarnos con la punta de su pequeño dedo, nos haga vibrar de este modo!

1ro. de mayo.

¡Cuán largos han sido estos cuatro días, sobre todo el último! En fin, ya sólo faltan dos minutos para las doce. Dentro de dos minutos, si Lamprón no se retrasa...

¡Pam, pam!

—¡Adelante!

—Son las doce, amigo: ¿vienes?

Es Lamprón.

Hacia ya una hora que tenía yo puesto el sombrero, colocado el bastón sobre las rodillas, y que hojeaba mi tesis con los guantes en la mano. Se burla de mí. Me tiene sin cuidado.

Salimos a pie, gozando de un día límpido y templado. Todo el mundo está en la calle. ¿Quién puede permanecer en su casa el día primero de mayo? En los alrededores del Cuerpo legislativo, desembocando por todas las calles vecinas, las pellizas blancas de los niños brillan y se orientan en dirección a las Tullerías. Lamprón tiene ganas de hablar. Está contento de su exposición y de su plan de ataque contra la señorita Juana.

—Está prevenida, seguramente, Fabián; de regreso quizá, ¿quién sabe?

—Diviértete, sí, búrlate. Pues sí, señor; posible es que se haya adelantado a nosotros. Todos estos días he tenido ese sentimiento.

—¿De veras?

—Me la he representado más de veinte veces subiendo las escaleras del palacio de la Industria, del brazo de su padre. Nosotros abajo, confundidos con la multitud. Su contorno cándido y delicado tiene

allí no está mi corazón. Saludamos con una mirada a un viejo galo herido, antepasado a quien rodean muy pocos, y subimos la escalera... sin que nos preceda Juana.

Henos en la primera sala de pintura. Silvestre está radiante. Se encuentra en su casa.

—Anda, Silvestre: ¿dónde está el dibujo? ¡Vayamos de prisa!

Pero me arrastra con él y visitamos muchas salas.

¿Habéis experimentado la embriaguez del color que se apodera de los profanos en el umbral de un museo? Tantos rayos convergen en los ojos y tantos pensamientos surgen y entrecocan en el espíritu, que los ojos se fatigan y el espíritu se turba. Flota sin detenerse, como los insectos en un prado cuajado de flores. La multitud que zumba y se cruza en todas direcciones contribuye a aquel aturdimiento. Distrae la atención que empieza a fijarse, y la lleva consigo allí donde ella se detiene seducida por un nombre, por un cuadro, por las dimensiones de un lienzo, por algo llamativo: un fondo amarillo, una veintena de ahorcados con otros tantos cuervos, un viejo prehistórico, horrible cazador completamente desnudo y armado de una estaca rematada en una bola de plomo. Sepárase uno, y vuelve a empeñar la lucha entre la mirada, atraída por cien cosas diversas, y el espíritu, que quisiera ver algo.

Con Lamprón no existe ese peligro. Abarca de una sola mirada toda la nave. Tiene



el ojo experto del cazador que, al remontar las perdices su vuelo, elige instatáneamente la que le ha de servir de blanco. No vacila.

—Allí es donde debemos ir: ven.

Y vamos. Se coloca erguido ante el lienzo, con ambas manos en los bolsillos del gabán y la barba metida en el cuello sobrepuesto del mismo: nada dice, pero goza: se impregna de un pensamiento que ha surgido de lejos en su mente: compara la obra nueva del pintor con otra antigua de la que conserve el recuerdo. Fija allí toda su alma, y cuando calcula que yo lo he comprendido y penetrado todo, indica su sentir en una frase acertadísima, resumen de una larga serie de ideas que yo he debido compartir con él, toda vez que como él he visto.

Salimos de las salas de pintura.

En la abierta galería que flanquea interiormente aquel vasto cuadrilátero y que domina el jardín, duermen, abandonados, los grabados, las acuarelas, los dibujos. Lamprón se dirige en derechura a sus obras. Yo les adjudicaría la medalla de honor: un retrato de un hombre al agua fuerte; un gran grabado al buril, *La Virgen dando el pecho a Jesús*, del Salón cuadrado en el Louvre, y, por fin, el dibujo que representa...

—¡Dios mío, qué encantadora está, Silvestre, y qué mal hará si no viene a contemplarse!

—Vendrá, amigo mío; pero yo no voy aquí ya.

—¿Me abandonas?

—Te dejo entregado al acecho: me interesa y no dejes de darme noticias tuyas.

—Te lo prometo.

Y Lamprón se fué.

El dibujo está colocado casi a la distancia de los dos huecos, guardados de cortinones, que comunicaban salas de pintura. Me apoyé en una de una de aquellas puertas, y esperé.

A mi izquierda tenía un verdadero desierto: apenas si algunos visitantes aventuraban a penetrar de vez en cuando en el reino de los dos lápices, y de ellos lo hacían únicamente para respirar aire más fresco o para mirar encima de la balastrada, la abigarrada multitud que se agitaba abajo en medio de las blancas estatuas.

A mi derecha, por el contrario, pasaban y volvían a pasar las confusas corrientes en las que se distinguía sin esfuerzo un elemento provinciano por la evidente tuga de su talante. Las gruesas manos cansadas, y los padres, faltos de aliento, obstruían la circulación dirigiendo las paredes una mirada desfallecida, mientras que en torno suyo se desfilaban revolvían, infatigables como en un desfile legiones de parisienses, pisando fuerte y prestando igual atención a los cuadros a su propia apostura y a los tocados de las mujeres.

¡Oh celadores, personas pacíficas que me néis a vuestro cargo el ejercicio de policía sobre aquel torbellino, si el incesante flujo y reflujo de aquellas damas blancas no extingue en vosotros todo sentido de la realidad, cuántas tonterías debéis oír! En un cuarto de hora he escuchado yo más de veinte.

De repente siento menudos pasos en la galería. Son dos jovencitas que acaban de entrar, dos hermanas indudablemente, que tienen los mismos ojos negros, los mismos vestidos de color de rosa y las mismas plumas blancas en los sombreros. Vacilantes, con el cuello extendido como las cabritas en el borde de un desfiladero, parecen contrariadas por el descubrimiento inesperado de aquellas galerías. Se miran y cuchichean. Una se acerca y la otra también. Vuélvense mutuamente de espaldas. Luego avanzan la una por la derecha y la otra por la izquierda para examinar los dibujos que cubren las paredes, examen ligero que, con seguridad, no tiene por impulso el arte: buscan y me imagino que bien pudiera ser el contrato de Juana. En efecto; la que se dirige del lado en que yo estoy, se detiene pronto, extiende el dedo hacia la red y exhala un pequeño grito. La otra se acerca y las dos palmean.

—¡Bravo, bravo!

Y helas que salen escapadas y que desaparecen por la otra puerta.

Adivino lo que van a hacer.

Tiemblo de la cabeza a los pies y me oculto algo más detrás del cortinón.

No ha transcurrido un minuto cuando ya están de vuelta; pero no son dos, son tres, y la tercera es Juana, a la que atratan asiéndola cada una de una mano.

La conducen hasta colocarla enfrente del dibujo de Lamprón, al que hacen una gentil reverencia. Juana se inclina, se detiene y aparece como que aprueba. Luego, asalta una duda, vuelve la cabeza y mira. Apágase la sonrisa; pónese encarnada cualquiera creería que de sus párpados iba a brotar una lágrima. ¡Qué feliz es Juana, estás conmovida; me has conmovido, Juana.

Invade mi alma una alegría profunda nunca por mí sentida.

Peró ¡ay!, en aquel mismo instante me oigo una voz que dice:

—¡Juana!

se yergue, ase de la mano a las dos y se va.
bien hubiera hecho yo en irme en llevar conmigo aquella ilustrante!

no: me asomo para seguir las conada. En el marco de la otra puerta al señor Charnot. Le acompaña. Este se dirige a Juana, la cual presta. Algunas palabras llegan a mis es nada, Jorge.
¡Juana ama a otro!...

2 de mayo.

qué disposición de ánimo he salido mañana para sostener mi tesis! Abastrozado por una noche de lágrimas indiferente a todo lo que pudiera serme, fuera próspero o adverso. creía y era, en efecto, muy desgraciado pero no sospechaba que hubiera de ser más triste y más desgraciado to-

un tiempo espléndido cuando a las mañana tomé el camino de la de Derecho con mi tesis anotada del brazo, más preocupado de mis y de los proyectos que había for durante la noche, que de la prueba iba a someterme. Encontré en el burgo a la niña que yo había abra semana última: detuvo su aro pararse en mi camino, desgredada, los ojos muy abiertos, con aire zalamaligno que quería decir: «¡Te re!» Pasé con aire estúpido. Ella himeca, y comprendí que pensaba: «¿Tendrá?»

he de tener! Cuando seas mayor, rubita, quiera Dios que no lo más que hoy.

por la calle de Soufflot y entré odia en el ahogante patio de la

terminado las clases de la mañana, muy pocos, estudiantes pa por el claustro. Procu evadirlos, so de encontrar entre ellos a almarada y de tener que hablar con vocados por la secretaria, acuden profesores, algo encendidos los ros que acaban de comer: son mis adores.

tiempo de que vaya a vestirme: idados tenemos, como los presidia nestro uniforme. El viejo bedel, que suministrado togas de alquiler no ntas veces, se imagina, al verme que sufro mal de exámenes, enfer especial muy parecida a la del sol sño que entra en fuego por pri rez.

encontramos solos en el obscuro ropia: da vueltas en derredor mío infunde ánimos al mismo tiempo cepilla: los doctores tienen un moral a aquella acepilladura. cosa marcha hoy bien, señor Moui no hemos reprobado a ninguno. tengo miedo, padre Michú.

que he dicho que a ninguno, ha sin embargo, un reprobado, una inapreciable. Figúrese usted—ten la bondad de volverse un poco, Mouillard—, figúrese usted un can que no sabía absolutamente una de nada. Eso es cosa que se ve do. Pero hete aquí que, al terminar do, él mismo se recomienda al ju cendiendo: «Sean ustedes indulgentes, no quiero ser más que juez de Habrá visto uste codsa igual?

es lo que dice usted? Vamos: no tiene usted ganas de reir padre Michú: cada cual tiene sus como puede usted comprender. me decía yo hace un momento al señor Mouillard debe de tener al ma—tenga usted la bondad de abo-

tonarse hasta abajo: se trata de una tesis de doctorado, señor Mouillard—; una pena del corazón, ¿eh?

—Quizá.

Guiñó el ojo, y, combando la mano junto a su boca para reflejar la voz hacia mí, dijo:

—¡Al grano, al grano! Es preciso, es indispensable que usted cambie, señor Mouillard: no hay en ello mal alguno.

—¿De corazón, padre Michú?

—Se encogió de hombros y procurando dominar una sonrisa destemplada y un ataque de asma, echó a andar delante de mí hasta la sala designada para el sostenimiento de mi tesis.

pezó a hablar en medio del silencio de los demás, fué para llevar de golpe la discusión a tan abstractas alturas, que una parte del auditorio, al no comprender nada de aquello, tomó furtivamente la puerta.

Cada contestación le animaba.

—Muy bien—murmuraba,—muy bien; prosigamos. Supongo que al presente...

Y el demonio de la lógica, hostigándolo sin cesar, hizo que nos enfrascásemos en plena locura, en un mundo de hipótesis en que nadie había entrado. Ya no examinaba, inventaba, se embriagaba en deducciones. Nadie tenía razón, ni nadie dejaba de tenerla. Discurríamos sobre qui-



Era ésta la más pequeña y la más sombría de todas. Recibe la luz de una calle que tiene muy poca y que suministra la menos que puede. A la izquierda, adosada a la pared, hay una tribuna, una especie de púlpito para el candidato. En el fondo, sobre un estrado y detrás de una mesa, se sientan seis examinadores con togas encarnadas, gorro con triple franja de armiño y toca con cinta de oro. Entre la tribuna y la puerta, un pequeño espacio para los espectadores. Había una treintena de ellos cuando yo entré.

La discusión del tema, que hubiera podido ser brillante, ha sido cualquier cosa.

Mis tres primeros jueces habían leído mi tesis, sobre todo el excelente señor Flamarán, que la poseía y la había saboreado todos sus atrevimientos y todas sus novedades. En el momento preciso de preguntarme, hizo una mueca preparatoria, un movimiento de gastrónomo que chupa una fruta madura. Y cuando em-

meras, él radiante, yo sin entusiasmo, ante aquellos colegas dulcemente regocijados. Hasta aquel momento no comprendí de qué es capaz la imaginación en una cabeza de jurista.

Flamarán, sudoroso, me consignó un blanco, habiendo excedido en diez minutos el tiempo reglamentario de su interrogación.

El segundo juez fué menos ardiente. Supuso poco y empleó todo su arte en convencerme de que exista una contradicción entre la página 17 y la página 69, y no cesó de repetir:

—Eso es grave, caballero, muy grave.

Pero me gratificó, sin embargo, con un segundo blanco. No obtuve que un blanco rojo del tercero. El resto del examen fué llevado a posiciones ajenas a los extremos de mi tesis, lucha ordinaria en la que respondí con argumentos gastados a objeciones mustias. Y se concluyó. Había durado el acto dos horas.

Salí de la sala en tanto que mis examinadores deliberaban.

Algunos amigos vinieron hacia mí.

—Te felicito, querido: apuesto a que tienes seis blancos.

—Dispensa, Larivé; no te había visto.

—Lo creo: no has mirado a nadie. Aún tienes el aire así... Se comp ende: la emoción inseparable...

—Quizá.

—El candidato es invitado a entrar en la sala de exámenes—dijo el bedel.

Y el padre Michú añadió en voz muy baja:

—Está usted recibido. Bien se lo decía yo a usted. Tenga usted la bondad de no olvidarse del padre Michú.

El señor de Flamarán me proclamó doctor con una sonrisa paternal y una frase encomiástica por aquel trabajo concienzudo lleno de nuevas orientaciones sobre un tema delicado.

Saludé a mis jueces. Larivé me esperaba en el patio, y tomándome del brazo, me dijo:

—Papá Mouillard se va a poner contento.

—Así lo creo.

¿Más contento que tú?

—Es muy posible.

—No es difícil. Eres verdaderamente extraordinario. Trabajar desde hace dos años como un centenar de negros para ser doctor, y ahora que has sido recibido como tal se creería que no te importaba serlo. ¿Has obtenido una sonrisa de Flamarán, y no te consideras como un privilegiado por la suerte? ¿Qué otra cosa necesitas? ¿Esperabas que el señor Charnot viniese personalmente a...

—¡Larivé!

—...asistir a tu examen y aplaudir con sus manos finas y enguantadas las respuestas que dieras a las objeciones de tus jueces? Sin embargo, sabes que eso no es posible ya mi buen amigo, y que ella se casa.

—¿Qué ella se casa?

—Hazte el ignorante.

—Lo sospechaba desde ayer: la he encontrado en el Salón y he visto a un joven cerca de ella.

—¿Rubio?

—Sí.

—¿Grueso?

—Quizá.

—¿Bastante buen mozo?

—No lo sé.

—Dufilleul, querido; el amigo Dufilleul. ¿No conoces a Dufilleul?

—No.

—¿Cómo que no? Un semicorredor de cambios; muy ducho en los naipes; que ha cursado su carrera de abogado con nosotros; a quien se encuentra siempre en la Opera con la pequeña Tigra, de los Bufos.

—¡Pobre muchacha!

—¿La compadesces?

—¡Eshorroroso!

—¿El qué?

—Ver a una infortunada joven casarse con un vividor.

—No será la primera.

—Un jugador.

—En cuanto a eso no cabe duda.

—Un tonto, según todas las apariencias, que en cambio de tanta gracia, de tanta juventud y de tantos hechizos, no le llevará más que una colección de ruinas de todo género. ¡Ah! Las pobres jóvenes se ven a menudo chasqueadas, engañadas, víctimas de su propia virtud que les hace creer en la virtud de los demás.

—¡Estás gracioso! Chicó, pues esa es la vida. Si las jóvenes inocentes no se hubieran de casar más que con jóvenes virtuosos bajo la tutela de virtuosos padres, el mundo se acabaría muy pronto. Yo te

(Continuará)

SAHONA

Reina de la Selva

por
W. MORGAN THOMAS

LOS GUERREROS DE SAHONA RODEAN A LA INDEFENSA PARTIDA DE BOB Y DEL PROFESOR VAN DYKE.

¡CUIDADO, BOB! ¡ESTAMOS RODEADOS!

¡ESPERA, NO DISPARES, SON DEMASIADOS!

DESPUÉS DE UNA RÁPIDA CONVERSACIÓN CON LOS LÍDERES DE LOS GUERREROS, BOB COMPRENDE QUE QUIEREN HACERLOS PRISIONEROS.

AL PARECER SE TRATA DE UNA CUADRILLA DE LADRONES... TENDREMOS QUE ESCAPARNOS...

¡ESTOY CONTIGO, BOB!

AL LLEGAR EL GRUPO A UNA PEQUEÑA COLINA...

VAN DYKE SE DESPRENDE DE SUS GUARDIAS Y DERRIBA A UNO DE ELLOS...

¡NOS SEPARAREMOS PARA REUNIRNOS MÁS TARDE!

AMBOS SE PIERDEN EN LA ESPESURA.

DESPUÉS DE VARIAS HORAS DE ANHELOSA MARCHA, BOB SE DETIENE ALERTA Y VACILANTE, PORQUE UN RUIDO HA LLAMADO SU ATENCIÓN.

CASI IMPOSIBILITADO DE SOSTENERSE POR EL CANSANCIO, BOB LEVANTA SU FUSIL DECIDIDO A VENDER CARA SU VIDA.

¡SALID O DISPARO!

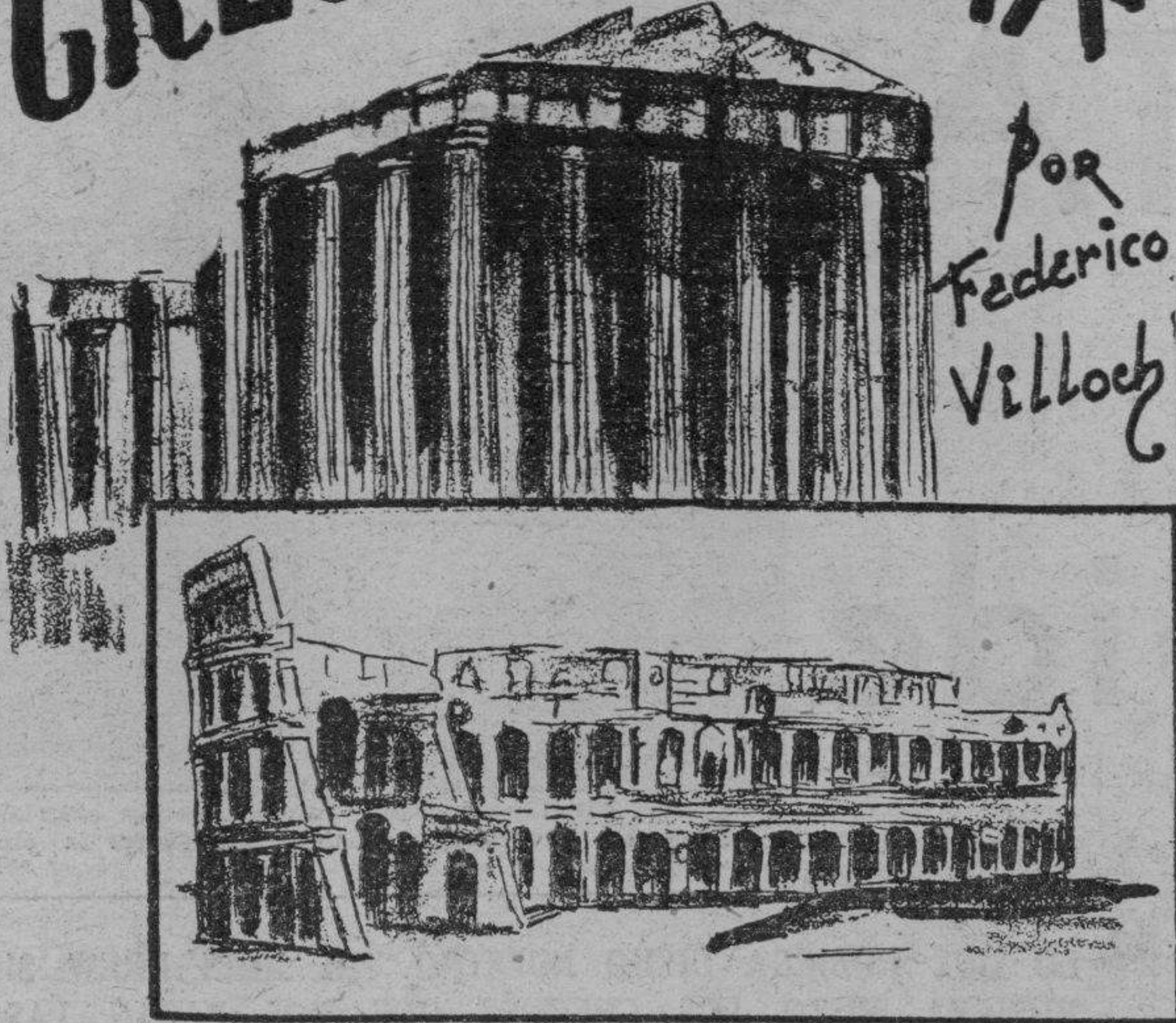
Editors Press Service, Inc.
220 E. 42nd St., New York

CON GRAN SORPRESA SUYA SAHONA SALE DE LA ESPESURA, ACOMPAÑADA POR DOS GUARDIAS.

10.

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

GRECIA Y ROMA



ciertos escénicos, al decir de nuestros provios rivales en el oficio; y una de las obras teatrales que escribíamos con mayor goce espiritual. Experimentamos una verdadera satisfacción artística con el trato de los principales personajes de la obra: Safo; Afrodita; Alcibiades; Espaminondas; Diógenes; Démo; Critilo; etc., etc., interpretados por los principales artistas del teatro «Alhambra»...

Mientras nos acompañaron aquellas sagradas sombras, hubo algo en nosotros de alto y noble que instintivamente animaba y guiaba nuestros actos; y que nos apartaba de la mediocridad ambiente. Pero pasado el tiempo, acabaron por alejarse y dejarnos solos—acaso para hacerles a otros la compañía—y vimos entonces que Cicerón se había convertido en un vocinglero orador de barrio; que Demóstenes era un vulgar secretario de comité que vociferaba sus ambiciones; que Sócrates era un pedante que peroraba en las escuelas públicas, para conquistarse un aula y entrar en negocios con los suministradores de bancos y pupitres; que Euclides era un geómetra a sueldo, que se ponía de acuerdo con los contratistas para explotar al Estado, y trazar caminos y carreteras Pro-domo-sua; que Justiniano era un mal juez, y un juez mal, que despojaba a huérfanos y viudas, y se ponía al lado del poderoso contra toda ley y razón; que Aristófanes, en fin, era un currinche que halagaba con sus creaciones y sus chistes, los más bajos instintos del populacho partidarista...

El Foro, el Agora, La Acrópolis: El Juzgado; El Mitin; la Secretaría tal o cual. Prevaricación; servilismo. Grecia y Roma, que perduran a través de los siglos en la Historia del Mundo, apenas son un alba risueña en nuestra historia particular. Los únicos seres que sobreviven, con lamentable supervivencia, son algunos emperadores romanos, perpetuados en sus tiranías; sus crímenes y sus vicios: Calígula; Nerón. Nunca mueren, siempre están vivos y latentes. Como repite y repetirá una y cien veces un disco su impresión... los tiranos que fueron el azote

de sus gobernados se repetirán hasta lo infinito una y cien veces; los mismos exactamente: Calígula; Nerón; Tiberio; todos del mismo barro, aun que con distintos nombres.

Cuando en los planes de estudios de aquella época figuraban en el segundo y tercer año de Bachillerato, y en algunos de la facultad de Filosofía y Letras, las asignaturas de latín y griego, no eran pocos los que les preguntaban a los alumnos de las mismas:

—Eso ¿de qué les sirve a ustedes?

A los otros no sabemos de qué les haya servido. A nosotros nos sirvió para incluir en algunas de nuestras modestas obras, cuando nos dedicábamos al teatro, muchas frases y aun escenas enteras de las comedias de Aristófanes, como en nuestra sátira política que ya citamos, «La República Griega», en la que incluimos sin quitarle una frase, la pintoresca y elocuente escena entre Demos y El Choricero, de la famosa sátira escénica titulada «Los Caballeros», de aquel genial autor dramático, de quien decía Platón, que «buscando las Gracias un santuario indestructible, hallaron el alma de Platón; y ya jamás la abandonaron».

En «Los Caballeros», el coro le canta a Démos, representación del pueblo: «Eres un imbécil, adulador e intrigante; te conducen asido por la mano, y tú, extasiado cuando te arengan, permaneces inmóvil con la boca abierta». Y resultaba lo más cómico ver, que el propio pueblo aplaudía oyendo que se le criticaba de su modo. Tal soplo de vida y realidad: tal suma de intención y fina gracia encierran las obras de Aristófanes y son tan de todos los tiempos, que si una empresa teatral del día organizase un escogido conjunto artístico y abriese una serie de representaciones con el repertorio del esclarecido comediógrafo ateniense—«Las Nubes», «Los Caballeros», «Las Tismóforas», «Las Ranas», «La Asamblea de las mujeres», «Las Avispas», etc., etc., seguro que obtendría el más ruidoso de los éxitos. Como que ese repertorio es la

rica cantera de donde han brotado la comedia social y el teatro político modernos. No habría más que ir sustituyendo los nombres de los personajes griegos, por los naturales y corrientes del día, para que adquiriesen esas obras el más completo sabor contemporáneo.

El público del siglo XX rió y aplaudió aquellas brillantes páginas aristofanescas, llevadas por nosotros a nuestro más popular teatro, con el mismo calor y entusiasmo con que seguramente las había aplaudido y reído el público ateniense, al oír las por primera vez, el año 427 antes de Cristo. Lysistrata, otra linda comedia de Aristófanes, también ha sido llevada varias veces con gran éxito al teatro moderno; y nosotros la aprovechamos en el nuestro para escribir una de nuestras producciones más reídas: «La guerra de las mujeres». No cabe dudar que «Las Aves», otras de las comedias más divertidas y perfectas de Aristófanes, le inspiró a Rostand su «Chantecler»; y en su consecuencia, proceden de la misma las parodias que de la obra francesa se hicieron en nuestro teatro vernáculo. Con «Mesalina» respiramos las auras de la Roma de la decadencia; y gustamos las orgías báquicas de Ostia, con Silio, Cleopatra y Calpurnia, las dos favoritas de Claudio... «Mesalina», uno de los últimos y más ruidosos éxitos de «Alhambra». Por aquella fecha ciertos aledaños de la Habana no mejoraban a la Subúrra de Roma; y no era insólito ver, después de media noche, merodeando por ellos a Clandio con su porra...

No queremos dar fin a esta postal descolorida sin traer a nuestra memoria un grato recuerdo de cuando, en el segundo año del Bachillerato, estudiábamos latín en el viejo y destartado Instituto de la calle del Obispo, con aquel correcto y elegante catedrático que se llamaba Dr. Francisco Navarro, yerno del también catedrático Dr. Francisco Morales López, profesor de gramática castellana. Cada diez o doce días estrenaba Navarro un nuevo y brillante «plastron»—corbata entonces de moda—y cuyo refinado gusto compartió más tarde también el no menos distinguido y joven catedrático de la Universidad de O'Reilly, el doctor Rodríguez Lendian. De los clásicos latinos, Navarros, tal vez por semejanza de gusto y caracteres, se inclinaba a Horacio más que a otros; sin desdeñar, desde luego, a Cicerón, cuyas catalinarias eran, como sabemos, el tema obligado de los primeros ejercicios de la lengua del lacio. El «quosque tendan abutere patientiae nostrae»; abusó durante años infinitos de la paciencia de los estudiantes; hasta que instaurado el plan Varona, fué regalado al petracismo. El recuerdo que queremos consignar se refiere a unos preciosos dísticos de Horacio que nosotros recitábamos de memoria, a fuerza de traducirlos, cuando íbamos a pasar nuestras vacaciones de estudiante, en un rincón agreste y pintoresco que nuestro padre había logrado levantar con sus ahorros en las cercanías de la ciudad de Matanzas.

Cantaba Horacio, en su granja de la Sabina, próxima a Roma, hacia el año 716, antes de Cristo:—«Hac erat in vobis modus agri non ita magnus—hortus ubi, el tecto vicinus jugis atque fous et paulun silvae super his foris»... que traducido en mal romance, quiere decir:—He aquí lo que deseaba; un campo no muy grande; un huerto y una fuente junto a la casa; y juntamente con esto, un pequeño bosque»...

CUANDO cursamos en la Universidad los primeros años de Filosofía y Letras, Cicerón, Justiniano, Sócrates, Aristóteles, Platón, Pericles, Aristófanes, etc. etc., llegan a tan familiares y asequibles, como con ellos en la más estrecha e íntima y simpática camaradería, tratándolos casi con el mismo cariño que aquellos compañeros quienes a diario nos vemos; y se conocen de griego y de latín. Llegan a adquirir con el tiempo, el aspecto exterior de no pocos de los faros de la humanidad, cuyos reflejos nos ayudan a recorrer el camino de la vida. Muchos nos recuerdan esas cabezas de Sócrates y Pericles con que tropezaron en los institutos provinciales, al concurrir a los estudios del Bachillerato; y la vida corriente se llamaban: el señor Gutiérrez; el señor Ramírez; el señor Hernández; el señor Lipa; el se-

ñor Luján; algunos del colegio San Juan del doctor José del Poo por los días de la Habana—recordamos un señor Ayerza profesor de griego y que vivía en la propia Atenas de aquellos siglos; y era por sus ideas y sentimientos, un puro griego contemporáneo de Pericles. Vivía en una habitación de la azotea del colegio, en la calle de Amistad entre Barcelona y una especie de Olimpo; de Jardines de Academia de Platón; y cuando contadas veces a la calle—el no ser para lo más preciso, llevaba siempre en la mano algún ejemplar de la biblioteca greco-romana. Según leía decía por centésima vez aquellos versos de la Odisea:

«... diáfano y sereno, ese divino espíritu profundo y completa, ese monstruo de Cicerón! ese chusco e intencionado, ese pícaro de Aristófanes! como me abisma ese monumental monumento!»

«... un griego sonoro y pintoresco que hacía entrever en nuestra canchales libertad un mundo ignoto, pleno de nuevas ideas. Seguramente de oírlo del día, vendedor de corbatas y abofofas, se reiría a mandíbula bamba aquel idioma desconocido, como nosotros cuando un rumano con pretensión de hablar de la manera más correcta el sonoro idioma de Cervantes», como ellos dicen.

«... El Agora; «La Acrópolis»; etc., etc., eran sitios que recorriamos con imaginación, tan familiarmente fueran nuestras propias casas; los patios; las rumorosas alamedas de nuestros pueblos natales. Vivíamos en una atmósfera de sonora elocuencia; de postulados irrefutables; de purgación y filosófica inquebrantable. «... las máximas máximas de Cicerón, las máximas máximas de Euclides y Aristóteles; las tradiciones de Esquilo, las comedias de Aristófanes, etc. etc., nos las sabíamos de memoria y hablábamos, y sentíamos, y no más que por los ojos de aquellos maestros, cuyos sabios principios cimentaban la base de muchos de nuestros ideales del día.

«... al modo arraigó en nosotros ese «genio griego», que andando el tiempo se fue alejando ya del «Prado de los Españoles», para desentendernos de aquellos maestros escribiendo una sátira dramática con el título de «La República Griega» que fué uno de nuestros mejores

Por la RUTA del Celuloide

Comenzamos hoy a publicar la biografía de los Barrymore—los célebres artistas norteamericanos de la escena y la pantalla—escrita por John, el más discutido de ellos y el que ha pasado por más y mayores vicisitudes. Los detalles íntimos de la vida de la familia, así como sus triunfos y sus derrotas durante más de cuarenta años de actuación, salen a relucir en ella.

En este primer capítulo John Barrymore cuenta como él y su hermano Lionel lograron convencer a Ethel, que no quería trabajar en películas, de que debía dedicarse al cine. «Por dos granujas y un trago de beneditino»—explicará ella más tarde.

DOR lo que respecta a mi hermano Lionel y a mí, la familia Barrymore ha mandado a paseo el teatro dramático. Lionel y yo actores de cine; nos gusta este oficio y estamos orgullosos de él. No creemos que estamos rebajando nuestro arte, ni desacreditando la fama de nuestros ilustres antepasados cuando permitimos que nuestras habilidades histriónicas sean grabadas en el celuloide y despachadas en cajas de lata a los cuatro puntos cardinales del planeta.

Opinamos mucho, y con profunda reverencia, que nuestros padres, Mauricio Barrymore y Georgina Drew, vieran con disgusto nuestras actuales ocupaciones. Estamos seguros de que si les mostráramos los cheques que recibimos de la compañía Metro Goldwyn Mayer, hasta nuestro tío John Drew tardaría treinta minutos en protestar: «Ah, con que los últimos dos Barrymore se han convertido en prostituidores del arte?»

Nuestra hermana Ethel es un caso distinto. Ella continuará manteniendo la antorcha del prestigio Barrymore en las tablas, hasta que caiga. No tolera la filosofía de Lionel ni la mía, al efecto de que es mejor agradar a Minnie Johnson de Topeka, a Henry Higgins, mujer e hijos de Tacoma y a Oscar Olson y su tía Agatha de Long Island, que gozar de la alta estimación y concepto pendante y aburrido del fenecido William Winter.

Ethel Barrymore es aún la reina de

LO QUE HUBIERA DICHO NUESTRO TIO JOHN DREW SI HUBIERA VISTO LOS CHEQUES QUE NOS PAGAN LAS COMPANIAS DE CINE.—CUANDO FILMAMOS LOS TRES HERMANOS LA CINTA «RASPUTIN».—COMO RECIBIO HOLLYWOOD A ETHEL BARRYMORE CUANDO AL FIN SE DECIDIO A HACER PELICULAS.—LA EXPERIENCIA QUE SAQUE CUANDO FILMABA LA PELICULA «GRAND HOTEL».—LA VERDAD ACERCA DE MI TEMPERAMENTO TERRIBLE. COMO BILL DANIELS CONVIRTIO A MI HERMANA ETHEL EN UNA ZARINA CASI AUTENTICA.

por
JOHN BARRYMORE

la familia, y no podría abandonar definitivamente el teatro como no podría la Reina Isabel abandonar las tradiciones y costumbres de la Casa de los Windsor vará convertirse en empleada de una tienda de escobas eléctricas o en vendedora ambulante.

Sin embargo, Ethel consintió en aparecer en el cine con Lionel y conmigo por primera vez desde la época, hace cuarenta años, en que representamos «La Dama de las Camelias» en un rancho de Staten Island.

Hace varios años estábamos filmando la cinta «Rasputin» o sea la historia del famoso Monje Loco de Rusia, en que Ethel hizo el papel de la encantadora Zarina. Lionel, con sus luengas barbas, era el Rasputin y yo un joven, un hombre muy joven llamado Pablo. Al cabo de una semana asesiné a Lionel, quien me está eternamente agradecido porque así no tuvo que continuar usando barbas.

Hace quince años, cuando el cine era mudo, trataron de meternos a los tres Barrymores en la versión cinemática de la obra «Peter Ibbetson» que habíamos hecho en el teatro. Ethel sería la Duquesa de Towers, Lionel, el Coronel Ibbetson, y yo, Pedro.

Ethel había filmado algunas películas silenciosas, y aunque eran buenas, la

muchacha no era una verdadera Barrymore, porque se perdía el efecto de su magnífica voz. Por eso ella miraba sin entusiasmo la carrera del cine y yo comprendía sus sentimientos.

En los días del silencio, yo me esforzaba por expresar con las muecas del rostro las ideas que no me era dable transmitir con la voz—como haría un hombre que sale en un tren y que en el instante de partir la máquina trata de decirle a su esposa en la estación que se le olvidaron las pijamas azules y que se las puede mandar al cuidado del señor Detwiler en el número 632 oeste de la calle 189 en Nueva York.

A Ethel la entusiasmó hasta la locura la idea de hacer el «Peter Ibbetson», y quería que se realizara el proyecto, «por lo mucho que gozaríamos los tres juntos en la obra». Lo que pasó fué que la cinta de referencia acabaron por hacerla Elsie Ferguson y Wallace Reid, y quedó espléndida.

Cuando hace algunos años Irving Thalbert, fallecido ejecutivo de la Metro, decidió hacer la cinta de Rasputin, concibió la idea de juntar a los tres Barrymores en la interpretación. Hollywood estaba entonces dominado por el fanatismo de las «estrellas». En la película «Grand Hotel» acababa de ser presentada una verdadera constelación: Gre-



Lionel, Ethel y John Barrymore, famosos artistas dramáticos norteamericanos, reunidos en Hollywood a la llegada de Ethel para filmar la cinta «Rasputin».

ta Garbo, Lionel Barrymore, Wallace Beery, John Lewis Stone y yo. Los tres en opinión de los productores una atracción de taquilla tan como un circo con tres ballenas.

Como Lionel y yo trabajábamos para Thalberg, no nos consultó sobre el asunto. Le telefoneó, sin embargo, a Ethel, quien se hallaba en Nueva York.

—No me interesa el cine—dijo—pero por tratarse de Lionel, haré.

Poco después Thalberg me llamó a su oficina y me informó que la película que haría iba a ser «Rasputin» con Ethel y Lionel en el reparto principal.

—¡Magnífico!—exclamé.

A Lionel le agradó el proyecto tanto como a mí. Pero como le preocupaba el caso, le dijo a la cámara que se serviría el higado en el restaurante.

—Los tres Barrymores van a ser tontos en una película. Imagínense que pasará al director que haga una mala producción.

A las tres horas lo sabía en Hollywood. Ethel lo oyó decir en un momento antes de partir. Todavía se acuerda los artículos que fueron publicados en el momento. La impresión general fue que nos tres individuos que nos dedicamos a inventar planes diabólicos para presentar a los directores, los autores, los supervisores y los cinegrafistas películas.

Para el público, los tres somos tres tontos de capirote!

Dicen que nos tenemos que esforzar para tratamos de salir mejor en las películas que no hacemos lo que el director quiere: que insistimos en alterar los planes según nuestra propia concepción.

Cada vez que leo estos artículos, me dan ganas de torcerle el cuello a Ethel es maravillosa. Lionel, como siempre, es la encarnación del silencio. Un seguro servidor de los señores y señoras, se portó magníficamente. Jamás di señales de ese temperamento terrible de que se me acordó en todas partes, al hacer aquellos artículos.

En primer término tres veces más nosotres no podíamos hacer nada que ayudar al director, y

Continúa en la Pág. VEINTIUNO

CARTAS DE BUENOS AIRES

Palabras para la Sonrisa de

BUENOS AIRES

(Especial Para DIARIO DE LA MARINA)

demostración artística, encuentran en su seno un signo de manifestación pública. Reúne en una misma hora todas las tendencias que puedan ofrecer las actividades humanas. La pasión deportista, que hoy ocupa una gran parte de la atención pública, ofrece campo propicio para que se pongan en juego todos los resortes, por así decirlo, del nervio de la ciudad cosmopolita.

Las expresiones de arte encuentran ambiente. Teatro como es de la fusión de todas las razas, se halla sometida a las fuerzas que pretenden borrar las propias costumbres, para ir las substituyéndolas con las nuevas corrientes que vienen avasallando el campo de la vida nacional.

Se multiplican las academias, se crean centros, peñas, las universidades atraen a la juventud y la intelectualidad se independiza de la tutela europea, y es así cómo va perfilando su faz la ciudad moderna—capital cerebral de la América latina—que asienta su espíritu en cruzadas y luchas de ideales.

Los que no quieren encontrar la poesía en este Buenos Aires febril se ahogan en una vida inútil. Hay poesía hasta en esas ramas perfumadas que se descuelgan de una pared de un viejo castillo de la avenida Alvear; hay poesía en esa franja azulosa de las aguas del Plata que parecen murmurar al oído muchas cosas. El viejo río parece sentir también la honda tristeza por tantos barcos que llegan y se van; hay poesía en las gavioetas que planean su vuelo lento sobre un trasatlántico que se mueve pesadamente buscando el puerto que acoge a todas las razas; hay poesía hasta en esos ojos que parecen indiferentes y que vemos que se abisman frente a un atardecer. Hay poesía hasta en aquellos que viven negando el acento de la poesía.

Cuando la ciudad recordaba a Guido Spano, es que creemos que no puede morir la nota sentimental; el anciano poeta llegó a ser en el país algo sagrado. Miles de niños desfilan anualmente ante su nívosa cabellera y su barba nívosa, y de flores, que el poeta recibía con una satisfacción muy íntima. Y cuando aquel mundo de minúsculas cabezas se iban en tumulto hacia la calle, el otro niño enfermo aspiraba el perfume de las rosas y se dibujaban en los labios ya marchitos mil besos de amor para aquella bandada de pájaros inocentes, y se quedaba triste, con su cara de apóstol y sus ojos plácidos y soñadores...

¡Y quién iba a creer que bajo aquella nieve que abismaba su cabeza, latía una juventud, brotaba un manantial inagotable de ternura y de amor juveniles! En

aquél poeta, en aquél bello anciano, se escondía el niño tímido, juguetón y travieso, que quería el sol para sus juguetes y las golondrinas para su mesa...!

¿No es eso la poesía de la ciudad? Ya lo creo que lo es! ¿Qué hacemos con negarla?

Guido Spano estuvo más cerca de su pueblo que Lugones—los dos diferentes hasta en la vida—y el pueblo se le acercaba a premiar lo único digno de premiarse: el sentimiento.

Alma fuerte, león rugiente en la selva del Parnaso, tendrá también su premio popular porque fué inmensamente grande para el sentimiento nativo; Carriego, cantor de lo humilde, fué, ante todo, el sentimental que recogía con el rictus contrariado y los ojos tristes el cansancio de pobres mujeres trabajadoras. Aún sigue en nuestros días el calor de la poesía entibiando el ambiente de esta gran urbe moderna, la ciudad que presencia suicidios de parejas que se han bebido todo el amor y cierran los ojos frente al sonriente cantar de la vida...

Muchacho aún ví en Los Inmortales aquella tragedia emotiva que fué Florencio Sánchez y muchacho aún pasé con aquél Angel Falco, escuchando su lirismo bajo el ala de cuervo de su sombrero interminable...

Hoy, Buenos Aires, se estruja tu alma; pero tienes alma de grande que no puede aplastar ni el fiero rascacielo—mole de piedra y hierro para evitar que el hombre se sienta pájaro—ni te desbarata el coruscante narcisismo de la venida histriónica; tu alma sonríe en el opulento obelisco, quien por puro porteñismo de buena ley se despojó de algo para que la ciudad hablara de sus defectos, como aquella gente indocta que no habló lo suficiente de Alcibiades para dedicarle sus alegatos al famoso perro con la cola cortada; tu alma sonríe en la calle que enseña al linajudo marahajá que llega sin elefantes y luciendo su cetrina cara de mercader de especies o de tees exóticos; tu alma sonríe en la letanía ipmiserlicorde del literato que llega del otro mundo conduciendo ciencia infusa o «dilettantismo» de burócrata de academia; tu alma sonríe ante un despliegue de fuerza, ante una amenaza gubernativa, ante un estado de sitio y sonreirá ante una guerra...

Buenos Aires, eres la ciudad de la risa. Es tu mejor elogio. Dice de un pueblo desprejuiciado, de un pueblo que lloró su cantor popular y que quemó a su héroe amado, arrastrando su estatua de quebracho por las calles llenas de risa y bullanguería...

Eso no lo vieron Kayseerling, ni Clemencau, ni Paul Fort, ni Gómez Carrillo, ni Ortega y Gasset, ni Waldo Frank, ni Vargas Vila, ni tantos otros que te han quemado mirra o te han tirado lodo.

Es el pueblo del aplauso peligroso, de la fe sincera, del elogio circunstancial, de la media palabra con más de un tiempo, del salto travieso, de la bondad infinita, del zarpaso incontenible, de las muchedumbres fuera de poco, de los negativos mal revelados cuando quiere nítido cuando se le antoja; es el pueblo de la contradicción, del vuelo pequeño para ver lo alto y del vuelo elevado para ver lo que pasa en la tierra; es la ciudad de la repercusión cómoda, de la adaptación sibarítica, del agasajo desmedido, de la prontitud para reaccionar; es la ciudad del alma blanda para el agasajo y arisca y montaraz para el equilibrista que se balancea en la cuerda; es la ciudad de la molición dirigida, después del trabajo; del acento zumbón, del perdón seguro, de la placidez cuando ama y de la embriaguez cuando odia; la ciudad que sabe que «mal ajeno de pelo cuelga» y se repliega y es escurridiza como pulpa de caracol...

¡Pero ciudad de mujeres y qué mujeres— Están hechos diciendo que están hechas de materia maleable, de una sustancia que los mismo pudiera servir para torso de madona que para animarla con la picardía más cortesana!

Ciudad que lo mismo apabulla el teatro de Pirandello, de O'Neill, de Gudermann, que lo destituye con una zarabanda; ciudad que deja la literatura de Gálvez, de Larreta, de Lugones, de Joaquín V. González, por seguir las huellas de Panait Istrati, de Dostoiwieski, de Axel Munthe, los que abandona luego para seguir escritores livianos y poetas que quieren serlo y no lo son y desdeña a otros de grandes virtudes poéticas que la vida implacable condenó al olvido; ciudad de recitadoras que llevan el euforismo hasta la grandilocuencia o la escuela hasta la ridiculez declamatoria y presuntuosa; ciudad de pintores que viven escondidos en sus caballetes y otros que mueren a la luz del tropo insustancial, de la imagen sublime, del verso con música; ciudad contradictoria esta Buenos Aires, que baña su cabellera en las aguas del Plata y escucha indiferente las campanadas de las torres de los ingleses, las campanas de la catedral y que los mismos recibe al presidente Franklin Roosevelt, que a Raquel Meller o al torero triyial a quien la prensa ha tejido una leyenda de amores; ciudad de las estatuas pulcras, de los tangos policromos; de las cancionistas almidonadas como los cuellos de plancha; pero qué hermosa ciudad! ¡Qué aires de gran señora en su Florida señorial, en su Palermo indiscriptible, en sus avenidas, en sus calles llenas de música milonguera, pasional y querendona! ¡Qué hermosa ciudad que visitan personajes funambulescos, músicos excéntricos, directores grandiosos de teatros líricos, gitanas que lucen el carnaval de sus harapos y el arpegio de sus collares de medallas y de pedrería multicolora! Qué distinción de su porteñismo, relieve de lo gracioso y del gracejo picante, rumor de la donosura impecable, espejo de las costumbres mundanas tan llenas de gracia intencionada!

¡Yo sí que puedo decirte esto al oído, ciudad contradictoria, neoplatónica, triste cuando lo quieres, alegre cuando no te lo imponen, amarga, honda, dulce, lijera, muelle! Yo sí puedo decirte, que he abrevado en tus fuentes puras, que he cono-

Continúa en la Pág. VEINTIOCHO

KEMAL ATATURK, PADRE DE LA NUEVA TURQUIA

EL DUELO DEL PUEBLO OTOMANO.—LAS PRIMERAS ACTIVIDADES DEL GRAN RENOVADOR.—UNA ENERGIA INCONTRASTABLE. — TURQUIA SE ALEJA DE BIZANCIO.—UNA CONSTITUCION MODERNA FRENTE A TRADICIONES MILENARIAS.—UNA VIDA DE TRABAJO Y DE PLACER.

(Por Renato Villaverde).



Attaturk, el dictador y reconstructor, que falleció hace poco.

TURQUIA, la que fuera la más misteriosa atalaya de la Europa mediterránea, hace dos o tres semanas viene viviendo instantes de verdadero luto. Mustafá Kemal, su animador más fecundo, ha muerto. La pena de la joven república turca todos la hemos seguido a través de los cablegramas que la prensa ha recogido provinientes de Ankara; en cien informaciones diferentes de las publicaciones de los cuatro ángulos del mundo; en las pantallas de los cinematógrafos vimos los suntuosos funerales que se le han hecho al padre de la nueva Turquía y hemos observado también las lágrimas y los sollozos de su pueblo al paso del féretro enguinaldado de flores y de majestad... Pocas veces cuando muere un gobernante la crónica puede registrar hechos semejantes. El sentimiento colectivo—aun aquel partidarista de la obra realizada sumerge sus emociones en un duelo oficial. Para hallar un paralelo en los últimos tiempos a la demostración afectiva que ha recibido Mustafá Kemal, tendríamos que recordar la congoja de Checoslovaquia al acompañar los despojos de Tomás G. Massaryk en la postrera ocasión en que recorrió las calles de Praga para ir a descansar por siempre a la mansión eterna del reposo.

Massaryk fué el creador de la República checoslovaca, el cerebro potente y pertinaz que hizo posible la realización jurídica de los sueños de los checos y de los eslovacos. Su muerte, ocurrida hace poco menos de dos años, le ahorró la pena de ver su obra desmoronarse en gran parte. Lo que en aquel momento, no obstante su edad más que avanzada, parecía una hecatombe nacional—los hijos creen siempre que los padres son eternos—ahora hemos visto que fué sólo un remanso amable que el destino abrió al Presidente Massaryk ante los tristes

acontecimientos que siguieron poco después, y cuya emoción no se ha borrado aún de la mente de nadie. Kemal dió a Turquía, como Massaryk a Checoslovaquia, lo mejor de su inteligencia, de sus arrostos, de su vida; uno logró la libertad total de una nueva república; otro consiguió—y quizás esto fuese todavía más difícil—arrancar las costumbres engoladas que unían a Turquía con Bizancio; Massaryk fué el creador de un pueblo, Mustafá Kemal fué el renovador en lo político y en lo social de un conglomerado anquilosado por tradiciones milenarias; ambos han muerto viendo sus ilusiones cristalizadas. La hermosa obra de Massaryk, a menos de dos años de haber abandonado la existencia, ha sufrido reveses tan hondos y tan importantes que no se puede con firmeza predecir su futuro. ¿Perdurará en Turquía la gigantesca labor de su Presidente fallecido? He aquí una terrible interrogación.

A Mustafá Kemal se le considera como el primer dictador europeo en todo lo que va de siglo. Su obra es un banderín de enganche que pueden utilizar con éxito los amantes de las dictaduras. Al morir no tenía todavía sesenta años de edad. Luchador infatigable, casi desde su adolescencia lo vemos enarbolando el estandarte de la inconformidad. Durante la revolución turca forma parte en la marcha sobre Constantinopla en 1908. Hombre de armas en su juventud, en la Gran Guerra se batió como brillante jefe que ya era. Los ingleses que en los Dardanelos pelearon en Gallipoli, no pueden haber olvidado el coraje de Mustafá Kemal. También contra Italia, cuando la campaña de Tripolitania, el acero de su sable brilla con el resplandor de la valentía. Con igual gallardía se bate en los balcanes y años más tarde, entre sangre y fuego, los griegos se ven obligados a retornar a sus territorios helénicos.

Después de la Gran Guerra, los prestigios adquiridos por el valeroso jefe indican al Sultán la ventaja de sumergirlo en Asia Menor. Pero el león que soñaba no se durmió en su retiro. Al no cumplir la orden de dejar desembarcar a los ingleses en Alejandría, viene la primera fricción seria con el Sultán. Poco más tarde será la ruptura completa. Es declarado traidor y condenado a muerte. La guerra es sin cuartel entre el Sultán y Kemal. La tradición se enfrenta contra la esperanza. La Turquía Legendaria va a sufrir la sacudida del progreso. En el cielo nebuloso de los otomanos apunta una nueva estrella. En 1923 triunfa la revolución ideada, animada y vigorizada por Mustafá Kemal.

Una nueva era comienza para Turquía bajo el comando de su impulsivo Presidente. Una Constitución que puede parangonarse con las más avanzadas de Occidente, entra en vigor. Las tradiciones son decapitadas, aherrojados los sentimientos religiosos, narcotizada la reacción, enguinaldado con bellos horizontes el porvenir de los turcos. Tres lustros ha durado la europización de Turquía. Entre las reformas más importantes realizadas por Mustafá Kemal—que desde entonces se llama Kemal Ataturk—señalaremos, a título de somera idea, las siguientes:

Introducción de los apellidos en los registros civiles. El escogido por él—Ataturk—significa «padre de los turcos».

Derechos electorales iguales para ambos sexos. Es ésta una innovación que muchos países no tienen todavía.

Modificación de la escritura y del alfabeto.

Supresión del Califato, que significa una fuerte atadura para los desvanecidos recuerdos islámicos.

Supresión del ridículo y antihigiénico velo que cubría los rostros de las muje-



Ismet Inonu, que ha sucedido a Kemal Pachá.

res. Esta medida es triste para los como nosotros, se sienten a ratos las cachemiras! ¡Pobre Pierre Lotti! melancolía la tuya si pudieses ahora te una vuelta por Constantinopla! queda de tus «desencantadas»; y el desencanto, con toda certeza, sería tuyo...

Kemal Ataturk, todo acción, todo mismo práctico, todo cooperación al venir, tiene paréntesis tenebrosos en extraordinaria actuación. Se le acusa algunas injusticias. Varios de sus pañeros, bifurcados en sus ideologías, pieron el peso de la maquinaria del progreso cuando se trata de entorpecer camino. Determinadas ejecuciones, en ellas la muy comentada de Djavaid sirven de plataforma a los detractores de Kemal Ataturk para criticarlo. Es posible que un sereno análisis de los acontecimientos trágicos pudiera res cierto brillo al concepto de justicia que aplicó la ley animada por Ataturk. Todos los grandes hombres tienen grandes pequeñeces... Desde Gengis Khan hasta Napoleón, pasando por toda la gama de cumbres que ha colocado la vida a cabeza de pueblos, encontraremos pocos que sean capaces de tirar la primera piedra. Las lagunas cenagosas que se le atribuyen a Ataturk podrán ser o menos profundas, pero no hay duda que siempre tendrán, si no la justificación, al menos la disculpa de haberse llamado y dejado su rastro en momentos de intensa conmoción nacional, en que el porvenir de un pueblo, como en toda revolución, se jugaba a golpes precipitados. Las más terribles tormentas son aquellas que dejan más diáfanas alboradas...

Kemal Ataturk ha muerto prematuramente. Si mis recuerdos son exactos tenía 58 años. El gran malabarista de Tur-

Continúa en la Pág. VEINTISIETE

POR QUE SE CASAN LOS HOMBRES CON Mujeres Asi?

POR KATHLEEN NORRIS

CUANDO un marido es egoísta, el hecho no tiene gran importancia. Los hombres son en su mayoría así y han sido entrenados para ello. Ellos son los mandatarios del mundo, las leyes civiles y religiosas, los socios y el hogar han sido creados de acuerdo a sus planes y para su satisfacción. No debe sorprendernos que insistamos en que en su casa las cosas se hagan del modo que ellos quieren.

«No puedo», dice, y el plan cuidadosamente elaborado por su mujer para el día del domingo fuera de la ciudad que ser revisado. No puedo y eso es el punto final. «Bueno, haremos algo», dice la madre resignada. Ese es el plan de la madre, proyectar las cosas para encontrar la manera de que los hijos estén satisfechos, recordar qué cosas le gustan a cada uno, mirar a las caras y darse cuenta de la manera que producen sus atenciones y sonrisas cuando ve felices a los demás. Las madres hacen esto diariamente en todas partes. La grandeza de muchos padres debe a estas silenciosas heroínas que sostienen la familia y el hogar; ellas dan la paz a su costa, saben que son necesarias pero pagan contentas ese precio que haya paz y dicha en el hogar, todo lo que ellas quieren en este mundo.

Cuando la mujer es la egoísta la situación del hogar se hace infinitamente más difícil que cuando el marido lo es. El egoísmo del hombre en el hogar se comprende hasta cierto punto. Trabaja fuerte, se fatiga mucho, su casa debe ser el sitio de reposo donde las cosas deben hacerse conforme a su deseo. Pero una mujer que carece de abnegación y generosidad es la destrucción cierta de la felicidad de marido y de hijos. Y si hay algo de que el hombre que se va a casar debe cerciorarse, es de que la elegida no es egoísta. Esto lo puede establecer, si algún juicio le ha dejado el enamoramiento, con sólo fijarse en la actitud de su amor para con su familia y la de ésta con ella. Si sus hermanitos se muestran felices en la mesa de que al fin Gertrudis se haya marchado, si su madre es la que lleva los platos a la cocina y su padre es el que sale a recoger la correspondencia a la puerta, entonces, joven, cuidado. Puede que Gertrudis sea la más



«Samuel empezó la trágica ronda a la busca de empleo, abatido, humillado, desesperado por las exigencias domésticas. Laura lo abrumaba a reproches»...

linda chica de la ciudad, la que baila mejor y cuyos abrazos embelesan, pero si su respuesta a la madre que le pide ayuda es: «Apila los platos en la cocina, que mañana los lavará la cocinera», entonces mientras más pronto el novio rompa con ella, mejor será para él.

Un hombre que yo conocí bien, se casó con una de esas preciosas inútiles hace 24 años. Laura era una de esas chicas mimadas por sus padres y su hermano mayor, solía vanagloriarse de que no podía prepararse una taza de té y sus lindas manos requerían dos horas de su atención diariamente. El pobre Samuel podía darse el lujo de una empleada en esos tiempos y así su Laura jamás lavó un plato o puso una mesa. Era extravagante y se dieron a vivir en un tren de 5,000 pesos al año cuando su renta era de 2,500. Samuel tomó trabajos extraordinarios de noche, se esforzó para obtener aumentos de sueldos y de alguna manera tiró adelante con algunas deudas aquí y allá. Cuando Laura tuvo un hijo no hubo elogios suficientes para su abnegación; uno habría creído que Laura había dado un heredero para el trono de Rusia.

Vivieron endeudados, siempre había más cuentas que pagar que las que se podía con la renta de Samuel. Era indispensable que Laura tuviera un abrigo nuevo cada invierno, y el heredero Juanito tenía que llevar los más lujosos atavíos infantiles. Toda la ayuda que Samuel recibió de su cuñado y sus suegros fueron elogios y más elogios para Laura, por lo bella y abnegada que era teniendo un hijo, por la maravillosa manera como se mostraba elegante y manejaba su casa con tan poco sueldo como tenía su marido.

Llegaron los malos tiempos hace como diez años y con ellos más trabajo y más preocupaciones para el pobre Samuel. Laura descendía alguna vez de su trono para hacerle ver cómo otros hombres parecían tener capacidad para escapar de la tormenta económica mejor que él. Y no le ocultaba la profunda pena que le producía ver que Juanito, ahora en la Universidad, tenía un automóvil viejo y no podía ir a Europa en las vacaciones como otros compañeros.

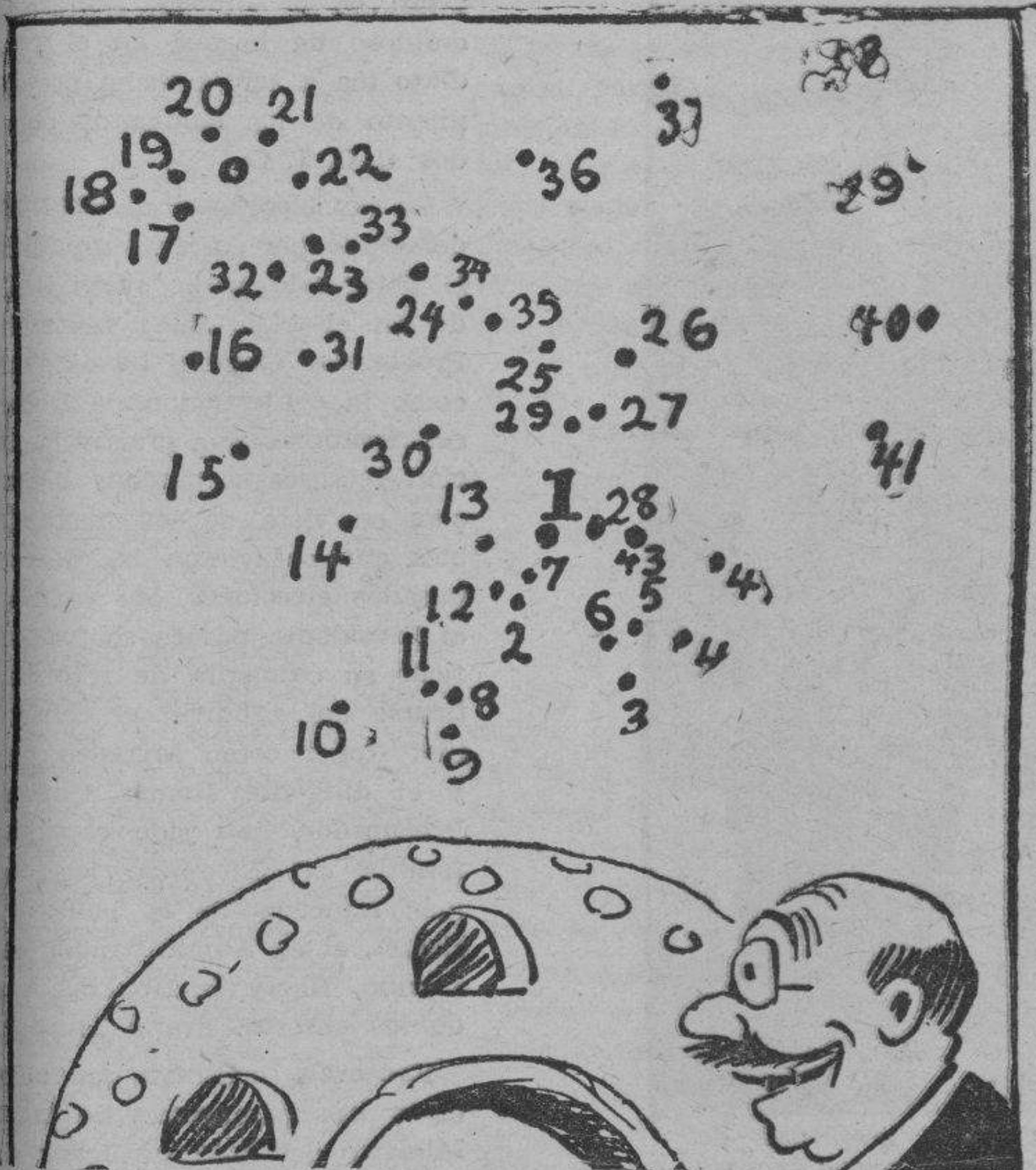
La empresa con que trabajaba Samuel quebró hace tres años. Samuel empezó la trágica ronda a la busca de empleo, abatido, humillado, desesperado por las exigencias domésticas. Laura lo abrumaba a reproches. Ella no podía entender cómo

una desgracia así podía caer sobre ella, que no había hecho otra cosa en su vida que ser una buena esposa y una buena madre y manejar su casa lo mejor que podía y dar a Juanito las mejores oportunidades.

Tras meses de inútil luchar, Samuel se recluyó en su casa y se entregó a jugar solitarios. Laura, entretanto, iba de amiga en amiga haciendo alarde de su valor para soportar estos quebrantos; pero algo se produciría al fin. Y se produjo; los nervios de Samuel no pudieron más. Abandonado, amargado y perdida toda ilusión en la vida, dejó un día su solitario, se fué a la sala de baño y se pegó un tiro. Una vez más fué una oleada de simpatía y elogios para la valiente Laura. Samuel dejó una póliza de seguro de 15,000 dólares, pero deudas por \$8,000. Laura discutió algunas, pero pagó todo. No era eso magnífico, decían su familia y amigos, como ella había sabido liquidar todo tan bien y honorablemente. Con lo poco que restaba, Laura creyó que ella se debía alguna satisfacción tras tantos sacrificios, y se marchó a Europa con Juanito. A su vuelta, sin recursos ya, se fué a vivir a casa de su madre; cuando ésta murió, se descubrió que a pesar de las apariencias, conocía mejor a su hija que la había conocido el malogrado Samuel; su fortuna había sido secretamente depositada en un fondo del cual Laura sólo podía retirar una pequeña pensión en intereses. Nuevamente sus amigas hablaron de la desgraciada de Laura, tan gentil y buena, que recibía golpe tras golpe. Laura se fué a vivir con su hermano, pero las cosas no iban muy bien con él tampoco, así es que tuvo que dejarlo.

Ahora esta linda parásita está pegada como un molusco a su hijo Juan. Su hijo es su adorado tormento y naturalmente, habla de lo que se preocupa de él y de los sacrificios que hace para tenerlo feliz y contento como a sus padres un tiempo y después a su marido Samuel. Juan trabaja bien y quiere economizar y casarse, pero sostener a su madre es una tarea que no permite nada de eso. Lo encontré race poco y me dijo con cara doliente: «Si sólo Dios quisiera que mi madre no contrajera tantas deudas...» La última vez que vi a Laura estaba comprando unas flores fuera de estación «para que se vea bien la mesa en que sirvo el «lunch» a mi hijo». Me dijo que adoraba unos toquitos así de lujo en su casa...

PASATIEMPOS



Torcuato está satisfecho de su obra, y convencido de que hay poca gente que pueda usar el seso con mayor provecho. De una llanta vieja de automóvil ha hecho una casa para... (Trace una línea continua que enlace todos los puntos en orden numérico).

Roosevelt coloca a MURPHY en su tabla de ajedrez



El anterior Procurador General de los Estados Unidos, Homer S. Cummings, acompañado de su esposa, se despide de su sucesor, el ex-Gobernador Frank Murphy, de Michigan.

EN el despacho del Presidente Roosevelt en la Casa Blanca prestó juramento como Procurador General de los Estados Unidos, el día 2 de enero, uno de los hombres más discutidos de la nación, el ex-Gobernador del Estado de Michigan, Frank Murphy. Hijo de un abogado irlandés que en cierta ocasión fué encarcelado por tomar parte en el movimiento sedicioso de los hijos de Erin, Murphy heredó de su padre la virtud de las convicciones, y de su madre, Mary Brennan Murphy, que aspiraba a que él fuera sacerdote católico, las características tradicionales del pastor: el ascetismo, el instinto de la caridad, la bondadosa expresión.

A los 46 años de edad, elevado al primer puesto jurídico de la república después de la presidencia del Tribunal Supremo, Murphy está conforme con el destino que le depara la política: el de servirle a su patria como un sacerdote de la reforma social, de la igualdad de las razas, y sobre todo, de un ideal que dice absorbió en el ejemplo de Lincoln, el de que los derechos humanos están por encima de los de la propiedad.

UN RETO AL ORDEN ESTABLECIDO

Por haberse inspirado en la vida de Lincoln mientras ocupó la gobernación del estado de Michigan, uno de los últimos reductos del monopolio industrial reaccionario de los Estados Unidos que Roosevelt trata de avasallar por medio de sus reformas, no lo quieren bien los republicanos de la Vieja Guardia, para quienes el joven tribuno es un radical y un apóstata de la Constitución y del orden establecido.

La acusación más seria que se le hace es que durante su incumbencia como ejecutivo de uno de los estados más importantes de la Unión permitió la legalización del método de la huelga sentada, como instrumento de lucha entre los patronos y los obreros, creando con ello un precedente favorable a la anarquía que luego ha dado mayor empuje a la campaña de organización obrera radical del caudillo proletario John L. Lewis.

Toda la vida de Murphy ha estado matizada por brotes intermitentes de disciplina y rebeldía. En la Guerra Mundial lo encontramos sirviendo como capitán en la Cuarta División de los Estados Unidos en Francia. Terminada la guerra, se traslada a Dublín y se mez-

Al designar al ex-Gobernador de Michigan para el cargo de Procurador General, desafía a los conservadores industriales. Su partido no puede ayudar a los republicanos con bloques disidentes en el Congreso.— Washington actuará con la vista puesta en las elecciones presidenciales de 1940.

cla en los levantamientos de los Sinn Feiners, con cuyos caudillos compartía el ideal de la libertad irlandesa. En el 1922 empieza a funcionar como ciudadano distinguido en las lides civiles, actuando como Juez y como Alcalde de la ciudad de

Detroit, centro de la industria automovilística norteamericana. En el 1933 el Presidente Roosevelt lo nombró Gobernador General de las Filipinas, y al ganar éstas el rango de Comunidad bajo el estatuto de la independencia, permaneció



El Presidente Roosevelt autografía la Biblia propiedad de Frank Murphy, sobre la cual juró su cargo el nuevo incumbente del Ministerio de Justicia de los Estados Unidos, Roosevelt, el ex-Procurador Cummings y el Procurador Murphy, en el despacho del Presidente.

en Manila como Alto Comisario de los Estados Unidos. Cuando llamado por el Presidente Roosevelt en el 1936 para gobernar el estado de Michigan se encuentra cogido entre el fuego del neado del Capital y el Trabajo, y a los poderosos intereses bancarios e industriales de la industria automovilística y frente al formidable movimiento radical de los gremios dirigidos por el C. I. O.

EVITO EL DERRAMAMIENTO DE SANGRE

Los industriales exigían que lanzara las milicias a la calle y expulsara por la fuerza a los huelguistas que ocupaban las plantas de la General Motors, pero Murphy se negó. Lo esencial en aquellos momentos graves, según él, era impedir el choque entre ambas facciones o cualquiera de ellas y las fuerzas del gobierno. Una ola de indignación se sacudió a los círculos conservadores que veían en la «huelga sentada» un presagio ominoso de lo que en el futuro inmediato iba a ser la lucha por el reconocimiento de los sindicatos obreros dados al C. I. O.

En las elecciones de 1937 Murphy derrotado por su rival republicano D. Fitzgerald, sobre quien había triunfado en el 1936. Su nombramiento como Procurador General ha sido interpretado como la contestación de Roosevelt a los conservadores que creían la Administración rectificaría muchas de sus tendencias en vista de los resultados favorables que obtuvieron las derechas en las pasadas elecciones. En vez de rechazar el Presidente parece se propone intensificar su campaña de reforma, y retirarse del gabinete el conservador niel Roper como Ministro de Comercio y el diligente Homer Cummings como Procurador, han sido escogidos para la familia del Ejecutivo los dos hombres más radicales de la política norteamericana, el ex Administrador de Obras Públicas, Harry L. Hopkins, y el representante de los obreros, Frank Murphy.

Roosevelt conserva en el gabinete otros tres campeones de la reforma: el Ministro del Interior Ickes, el Ministro de Agricultura Wallace, y el Ministro de Guerra.

Continúa en la Pág. VEINTISÉIS

Mientras las Fronteras se mueven,

HOLLANDA

guarda



monio de la futura soberana del Príncipe Bernardt van... en manos de las mujeres del país. La princesita ignora aún la misión que el destino le depara.

L mapa de Europa cambia. Lo que pacientemente creara Versalles deja de subsistir para permitir el trazado de nuevas fronteras así dramáticos problemas. El de Munich y la escuela de con que trajo aparejadas destruye aplaciones el ideal de los esta al terminar la conflagración orce. creyeron haber colocado de una paz perdurable. Inida, una nueva era, cuyas fu. ecuencias no se puede prever. resumir tan sólo que a cada ansurre se aleja más la posi. una guerra. El poderío que la otorgado a los armamentos y de que el triunfo guerrero sólo gracias a sacrificios que se mucho a las consecuencias de era derrota, inclina a las na. acidar sus diferencias por me. os, pero no menos enconados. comercial. la conquista astuta ados, las batallas que tienen ario la bolsa, la baratura y la sin competencia, son las ar. miento. Y esa brega implacable como la obra la neutralidad. Si circunstancias es posible eva. ención, en una contienda re. ble hacerlo cuando la lucha a. Y ése es el caso de Ho-

AMENAZA DEL RHIN

ria de algunos pueblos suele a de un río. Esa vía de pro. e trocarse, a veces, en hostil ora cuando surca la tierra aciones. En el centro de Euro. desde hace siglos en torno al a empecinada batalla y más amente atravesando las co. a más disputadas del viejo el Rhin bordea Alsacia, traza a y Francia un límite na. de la desconfianza eriza de ca. ariesa después, magnífico, du. cientos ochenta kilómetros,



La Reina de Holanda con su esposo el Príncipe Enrique y la Princesa heredera.

territorio alemán, para penetrar, por fin, en Holanda, llevando hasta el mar del Norte su carga de recelos y ambiciones. El mismo río que la vivifica, por lo menos en parte, trae hacia ella el rumorero amenazador de un mundo convulso, agitado, al que su fiebre de producción obliga a contemplar con amor desmesurado todas las vías naturales que pueden servir para el inagotable y creciente acarreo de sus productos.

LA LUCHA CONTRA EL MAR

Holanda no tenía más enemigo que el mar. De espaldas a Europa había enfrentado siempre a su inhumano adversario con paciencia y tenacidad admirables. Es preciso recordar que la quinta parte de la tierra holandesa se halla por debajo del nivel del océano y que desde el comienzo de su historia como nación ha debido combatir contra la engegueda fuerza de las aguas que, a cada instante, amenazaban con arrasarlo todo. Pero, mientras Europa, alerta en sus fronteras, revolviase contra sus vecinos, ansiosa de reivindicar derechos a territorios de paternidad dudosa Holanda, de espaldas a la disputa internacional, luchaba contra el agua invasora, transformaba a su enemiga en aliada de su comercio y de su industria y arrebatada al mar nuevas tierras. El «polder» d'Wieringermeer, de una superficie de veinte mil

hectáreas, fué desecado en 1930, y tres mil habitantes cultivan ya la comarca arrebatada a las aguas. Actualmente, pese a las dificultades económicas de las que el país no se ha librado, cuarenta y siete mil hectáreas se hallan en trance de trocarse también en tierras cultivables; esfuerzo gigantesco que cuesta cerca de dos mil seiscientos florines por hectárea. Y la energía salvaje que ha permitido al país sobreponerse a todas las dificultades y rehuir las rencillas internacionales amena de una mujer, la más rica de Europa y la única reina que actualmente tiene en el mundo un cetro de monarca.

DOS REINAS DEL PASADO Y DOS DEL FUTURO

Guillermina de Holanda ha llevado al gobierno virtudes que solo se hubiese creído aptas para el dominio pequeño de un hogar. Espíritu positivo, afectuoso, cerrado a todos los vientos renovadores que avasallan el siglo, ansía continuar desde su trono una línea de conducta trazada por sus mayores y ser la heredera de una sabiduría conservadora, en el mejor sentido de la palabra, que constituyó el legado que abandonaron en sus manos sus inmediatos antepasados.

Nacida en 1880, hija única del rey Guillermo III, ascendió al trono merced a que su padre, temeroso de que la ausen-

cia de un hijo varón pusiese en peligro la dinastía, logró que el parlamento modificara la constitución y legitimara la posibilidad de que una mujer tuviese entre sus manos el destino de Holanda.

El rey previsor murió en el año 1890 y la pequeña heredera tuvo que enfrentarse prematuramente con las obligaciones que le imponía su futuro «metier» de reina.

Emma, la reina madre, conservó la regencia hasta el año 1898, en que la joven Guillermina, apenas cumplidos sus dieciocho años, tuvo que consagrar a su país todas sus energías. Pero la joven heredera no había perdido su tiempo. Sabía ya cuatro idiomas, historia, economía política, derecho, etc. Pocos años bastaron para que la personalidad de la juvenil soberana fuese respetada en Europa. Aportaba a los problemas internacionales un juicio sano de mujer que

Continúa en la Pág. VEINTISEIS



La Reina Emma, madre de la soberana actual de Holanda, fallecida hace tiempo.

LA humanidad actual de la que formamos parte sufre en sus espaldas el duro y mortal, el contagioso y pérfido flagelo del cáncer.

Cuanto se haga por contenerlo, por aplacar su dureza y atajar sus estragos es poco todavía; tan terribles son los resultados de su paso, huellas tan profundas deja en el mundo de los vivos su afilada guardaño que cercena la existencia de millares y millares de seres, diariamente, fíjense bien, para arrojarlos en el abismo del NO SER.

Todos los gobiernos se preocupan hondamente en extirpar sus estragos, y no siendo suficiente el trabajo oficial, en todas las sociedades, en todos los países se ha organizado la caridad privada, en juntas, clubs, ligas, asociaciones para combatir el mal.

Cuba tiene su Liga contra el Cáncer, que preside una alta dama, la señora María Teresa Falla de Batista, toda bondad y desinterés, y el trabajo que realiza de misericordia, de humanidad, de altruismo, en una forma constante, científica, llena de empuje, nunca será suficientemente encomiado.

Para María Teresa Falla de Batista, toda generosidad, como un homenaje a su labor humanitaria y llena de patriotismo llegue esta información de lo que se hace en la Gran Bretaña para contener el mortal azote.

El día 1 de diciembre el gobierno anunció sus nuevos planes para asegurar un temprano y más efectivo tratamiento del cáncer, cuyo plan envuelve el inmediato establecimiento de lo que se llamará «servicio del cáncer» que dará las mayores facilidades, las más modernas, para el diagnóstico y el tratamiento de la enfermedad, en todos los rincones del país.

Estos planes se encuentran refundidos todos en forma de un proyecto de ley que ha sido presentado a la consideración de la Cámara de los Comunes por el Ministerio de Salubridad.

En Inglaterra el cáncer, como causante de la muerte, sólo cede el paso a las afecciones cardíacas. Ya no se considera como una enfermedad que sólo ataca a los de avanzada edad, pues el promedio de edad en las defunciones es de 49 años.

El Gobierno inglés al darle la batalla de frente al cáncer no sólo lo hace desde el punto de vista humanitario, sino desde el punto de vista del mejoramiento y conservación de una raza fuerte. Se estima que en la actualidad en este país, sólo uno de cada cuatro casos es tratado por los métodos modernos, si es que se trata. Se quiere solucionar ese problema de manera que, de cada cuatro casos, los cuatro sean tratados por dichos modernos métodos, ya sea la cirugía, el radium o los rayos X, pero de manera que esté al alcance de todos los pacientes.

Se estima que cuando el proyecto esté funcionando completamente costará al Estado unas setecientas mil libras esterlinas más de lo que hoy cuesta.

El proyecto de ley no solamente se ocupa del diagnóstico y del tratamiento del mal, sino también promueve la continuación de los trabajos de investigación que considera de la mayor importancia.

Algo que a mí me parece muy importante es la prohibición absoluta de la propaganda y anuncios para el público de «seguros remedios» contra el cáncer.

En Inglaterra ha dado muy buen resultado esa prohibición que se encuentra establecida en la ley de prevención de las enfermedades venéreas, en vigor desde hace años.

EL CÁNCER en la GRAN BRETAÑA

Por GABRIEL SUAREZ SOLAR

Consejero de la Legación de Cuba en Londres

En cuanto a los trabajos de investigación, desde hace tiempo se llevan a cabo muy valiosos por el Consejo de Investigación Médica, que se encuentra bajo el control del Lord Presidente del Consejo que a su vez está en íntimo contacto con el Ministro de Salubridad.

Precisamente el día 7 de este mes el Consejo de Investigaciones Médicas dió a la publicidad un luminoso informe sobre el tratamiento del cáncer en los dos diferentes métodos usados en las aplicaciones de radium: uno, la inserción en los tejidos de la agujas de radium, y otro, por la proyección de las radiaciones sobre los tejidos desde el exterior.

Antes de seguir adelante deseo decir que en la junta de Gobernadores del Consejo de Investigaciones Médicas se encuentran las más altas autoridades científicas británicas en esta materia.

La introducción al Informe de que vengo hablando está firmado por Sir William Bragg y por Lord Dawson of Pen, el famoso médico del Rey Jorge V.

Hacen notar que la protección de los operadores y pacientes, alcanzó un grado tan alto de eficiencia que no hubo un solo caso de daño causado por las radiaciones, lo cual demuestra que puede llevarse a cabo el tratamiento del cáncer con una gran masa de radium, con perfecta seguridad para operadores y pacientes, siempre y cuando se haga con todo cuidado y la necesaria vigilancia.

Muchos de los casos tratados fueron de los considerados «avanzados» encontrándose en muchos de ellos que los glándulas linfáticas dilatadas que respondieron a las radiaciones, desaparecieron para no retornar, lo que constituye un aspecto muy alentador.

Se decidió circunscribir las investigaciones a los casos de cáncer en la boca, la faringe y la laringe.

Entre las conclusiones a que se llegó están las siguientes:

(1) En aquellos casos en que el crecimiento de la tumuración es temprano y localizado, PUEDE ESPERARSE SU COMPLETA DESAPARICION.

(2) En aquellos en que existe una envoltura secundaria de las glándulas linfáticas en estrecha proximidad con el cre-

cimiento (tumuración) primaria, la dilatación de las glándulas PUEDE HACERSE DESAPARECER TAMBIEN; (3) aunque es bastante prematuro para pronunciarse definitivamente parecería que el tratamiento del carcinoma de la boca y de la garganta por emanaciones de (radium beam) es al menos tan satisfactorio como el que ofrece la cirugía o la terapéutica «intersticial» del radium, teniendo la enorme ventaja que los resultados se obtienen sin la mutilación del paciente.

El momento cuspide en esta campaña contra el cáncer llega el día 12 cuando el Ministro de Salubridad, Mr. Elloit toma la palabra en la Cámara de los Comunes para defender el proyecto de ley de que vengo hablando y obtener su aprobación en segunda lectura.

Considero tan trascendentales las palabras del ministro que no puedo resistirme al deseo de traducir algunos párrafos de su discurso.

Dijo que nadie se atrevería a negar la necesidad urgente de aprobar medidas con el fin de poner al alcance de toda persona facilidades más adecuadas para el tratamiento del cáncer. Existía un evidente campo para que el aumento de las investigaciones se tradujera en la prevención y hallazgo de la causa del cáncer, sin embargo, grandes progresos se han realizado en esta dirección en los últimos años y el mensaje que los investigadores pueden enviar hoy, prudente y cauteloso, es un mensaje de esperanza y aliento para los pacientes.

Los records llevados por los cirujanos sobre los distintos pacientes que han tratado demuestran que los que padecen de cáncer PUEDEN SER LIBRADOS de esa dolencia.

El tratamiento, ya por el radium o ya por los Rayos X se ha encontrado que produce una acción definitiva en las células cancerosas que conduce, o a su destrucción o a que se produzca algún cambio que parece su sustitución por tejidos sanos. Parece existir fundados motivos para crear que bajo ciertas condiciones los Rayos X podrían producir aún mejores resultados.

Pero para que estos métodos de tra-

tamiento produzcan un resultado factorio deben ser aplicados a la enfermedad se encuentra en los países antes de que esté profundamente arraigada. Es necesario por tanto de amplias facilidades para un diagnóstico y para un tratamiento adecuado, de las cuales en estos países se carece en este país. Existen muchas enfermedades que los que frecuentemente se importan en que lugares del país se encuentren, pueden ser tratadas con un tratamiento adecuado y moderado exterminarlas. Abriga la esperanza que las facultades que el proyecto se concedan al Gobierno, a su debido tiempo le permitirán a este obtener los resultados apetecidos, que sea para un azote tan terrible como es el cáncer.

El cáncer, dice el Ministro, es el vertido en la segunda causa de defunciones en este país. El número de defunciones causadas al año por esta enfermedad ha ido aumentando de año en una manera consistente y el total en Gran Bretaña durante 1937 fue de 10,000.

Del total de defunciones por causas durante el periodo útil de la vida, o sea, entre los 17 y los 65 años de edad, el 17 por ciento son por cáncer, y casi la mitad de las defunciones ocurridas por cáncer fueron antes de los 65 años; 10,000 antes de los 65 años cuando la capacidad para el trabajo en toda su plenitud y cuando los padres y los cabeza de familia son necesarios a sus hijos.

Esto comprueba el hecho de que el cáncer no es, como alguna vez se ha considerado, una enfermedad de la vejez, se trata de un asesino de las personas que en sus casos las ataca cuando están en la plenitud de su vida y en la plenitud de su poder.

En estos días en que vivimos no puede tolerar ninguna invasión que pueda ser evitada, en su cerebro y en su cuerpo, que son el verdadero capital de la nación.

El promedio anual de mortalidad por cáncer en la Gran Bretaña era de 1.624 en 1901, y de 1.624 en 1937.

Lo cual, significa que el promedio de defunciones por cáncer ha duplicado en el curso de un siglo.

Este aumento está en un notable contraste con respecto a otras enfermedades que han ido descendiendo de una manera constante.

«Esta cifra que acabo de dar quiere decir que desde el día 9 de noviembre del discurso del rey más de 6,000 personas han muerto de cáncer en la Gran Bretaña».

Es decir en menos de un mes. No se trata de un fenómeno que sólo a nuestro país. Todos los demás países que tienen el sistema de registro también un movimiento ascendente. En la Gran Bretaña el promedio de defunciones aumentó en el periodo de 1926-30, y el del día de hoy es de 14%. En Holanda el promedio del mismo periodo aumentó en 9.5%. En Francia 3.7%, y en Francia 3.9%.

Estadísticamente parece que en los países el promedio de mortalidad por cáncer es menor que el nuestro, lo que es imposible por razones de orden de tener la certeza que padecemos de los casos de cáncer que nosotros.

No se trata tampoco de una enfermedad producto de la civilización.

Entre las razas primitivas y en los nativos el cáncer no era desconocido, en algunas de ellas se han encontrado formas de cáncer más extendidas que entre nosotros.

Se han entablado muchas discusiones



Tres mártires del Cáncer, los doctores Turchini (de izquierda a derecha), Vaillant y Lobligois, todos amputados—algunos hasta cuatro veces—en la batalla tesonera contra el cáncer.

han llevado a cabo investigaciones con el propósito de asegurarse de si el constante aumento del número de defunciones significa un verdadero aumento de los casos de cáncer.

La opinión general es, sin embargo, que el aumento es en gran parte fácilmente explicable por otros motivos, tales como un aumento en la longevidad, un diagnóstico más preciso, etc.

Se ha notado que en los casos de cáncer en los órganos más accesibles al tratamiento, la mortalidad va descendiendo en casi todas las edades—por ejemplo en los labios, en la mandíbula, en el cuello. Es muy probable por tanto que el descenso se deba en parte a los efectos del tratamiento. Por otra parte contribuye al descenso también a la menor ocurrencia de cáncer en estos órganos. Sin embargo hay un aumento en las ocurrencias para otros órganos.

Algunas formas de cáncer están desapareciendo completamente. El cáncer de la piel, producido por indebida exposición a los Rayos X, es cosa que pertenece al pasado. Otras formas de cáncer en la piel, producidas por el exposición al alquitrán, las cenizas minerales hollín, etc., son en su mayor parte de carácter evitable, parte gracias al medio de un tratamiento preventivo que mejora las condiciones de la piel que previene la aparición del cáncer.

Es muy probable que alguno de nuestros servicios de salubridad tales como el control del de maternidad, el de enfermedades venéreas contribuya a la mejora de las condiciones enfermizas cuyo desarrollo pueda convertirse en cáncer. De acuerdo con investigaciones llevadas a cabo por el Ministerio se estima que el número de defunciones por padeciendo de cáncer durante 1937, en el Reino Unido.

El 50 por ciento de estos pacientes sufre de cáncer en órganos para las que hoy no se ha encontrado un tratamiento práctico. Otro 50 por ciento de los pacientes sólo podían ser sometidos a tratamiento quirúrgico, pero solamente en el caso de que su enfermedad hubiese sido diagnosticada durante las primeras etapas.

Es de que el cáncer hubiera progresado demasiado para ser sometido al cirujano, muy poco podría hacer por los pacientes. En este grupo se incluían los que padecían cáncer del estómago, y otros, que tomados en conjunto

son los que producen mayor número de defunciones.

Queda un remanente de 40,000 pacientes que sufren la enfermedad en otras partes más accesibles del cuerpo. Para estos el tratamiento quirúrgico, a menudo combinado con radiaciones, o las radiaciones solo, resultó efectivo, principalmente durante las primeras etapas de la enfermedad.

Se refiere después el Ministro, a la lista que existe en todos los hospitales de pacientes, que ansiosos esperan su turno para recibir un tratamiento.

Dice luego que uno de los propósitos de la ley es el de asegurar para todos, cualquiera que sea su domicilio, que se sospeche por su médico que esté padeciendo de la dolencia, un tratamiento adecuado.

En Londres, el problema no es tan agudo como en el resto del país, ya que se cree que de las once mil personas que actualmente se estima padecen del cáncer, diez mil reciben tratamiento.

Se tiene entendido que la contribución que se necesita del Tesoro público, cuando el servicio esté funcionando completamente será de quinientas mil libras esterlina para Inglaterra y Gales y 50 mil para Escocia, aunque se espera que el plan no podrá estar en condiciones sino dentro de cinco años. El inconveniente en este caso, como en otros muchos, estriba en que no podrá encontrarse antes de ese tiempo, el número adecuado de hombres expertos y con la capacidad requerida para este servicio. Este estimado está basado en que por lo menos se necesitarán 12 nuevos centros de tratamiento además de los 22 que ya existen.

No será nunca de más hacer hincapiés en el hecho de que el tratamiento por radiaciones debe ser administrado única y exclusivamente, por aquellos que han recibido una enseñanza especial.

En manos inexpertas, tanto el radium como los Rayos X, resultan muy peligrosos.

Pero debemos aprender a usar estas poderosas armas porque lo que nosotros queremos vencer es terrible y poderoso también.

Se necesitarán más de mil camas adicionales en los centros que ya existen o en los que inauguren.

Y entre 300 y 350 nuevos centros de consultas para diagnósticos y otros propósitos.

En cuanto a la adquisición de radium y de otras sustancias radioterápicas

se tiene el propósito de trabajar consistentemente con las dos organizaciones que ya existen, el National Radium Trust y la Radium Comisión. Fueron creadas los dos en 1929, el primero para adquirir y conservar el Radium, y el segundo para dirigir su distribución.

El Trust es dueño de 20 gramos de radium, que ha sido comprado con fondos, en parte por contribución pública y en parte con una donación de quinientos mil dólares de la Tesorería.

Además posee cerca de 18 gramos que le han sido prestados con una opción para adquirirlos a razón de cuatro mil quinientas libras esterlina el gramo, (22,500 dólares).

Estos 18 gramos en préstamo, no se pueden tener así indefinidamente, si se desea retenerlos para ser usados aquí, el Trust debe ser colocado en condiciones de comprarlo.

Por eso la cláusula tres del proyecto de ley, prevé el caso de que el Ministerio pueda, con dinero autorizado por el Parlamento, prestarlo al Trust, hasta un máximo de medio millón de libras esterlina, unos dos millones y medios de dólares, para la compra de radium y otras sustancias radioterápicas y aparatos destinados al tratamiento.

Con respecto a los trabajos de investigación y estudio, el Ministro Mr. Elliot dice que la Gran Bretaña juega un papel prominente en las investigaciones que se realicen bajo la égida de cuerpos organizados como el Imperial Cancer Research Fund, dirigido por el Royal College of Physicians and Surgeons; la British Empire Cancer Campaign, controlada por un grupo muy distinguido de médicos y legos de la medicina, o por institutos o organizaciones especializados, tales como la Royal Cancer Hospital, el Middlesex Hospital, St. Bartholemew's Hospital, London Hospital, Leeds, Edinburgh y otros hospitales, así como por investigadores privados.

Por fin Mr. Elliot termina diciendo: Pudiera ser muy bien que hoy en día estuviéramos en condiciones de demostrar que nuestro siglo lo mismo atacó los problemas de guerra como los de paz; y que en estos momentos, cuando tanto tiempo, tanto pensar y tantas angustias se consagran en esta Cámara y fuera de ella a las tareas de destrucción, resulta algo muy grato presentarse ante ellas con proposiciones constructivas, para la vida y no para la muerte, para mejorar las condiciones del pueblo y no para reducir las.

Después de un debate en que los La-

boristas y otros, apoyan al Ministro, y de algunas críticas de Graham-Little, que sabe mucho de estas cosas, el proyecto alcanza la segunda lectura.

Pero no se crean que el camino para la aprobación del proyecto está tapizado de rosas. Francis Wimbrook le dice al Gobierno lo que sigue:

El Ministro de Salubridad ha anunciado recientemente que está preparado para gastar una vasta suma de dinero en la adquisición de radium. El radium será empleado en combatir el cáncer. Contra este objetivo nadie puede presentar oposición, pero ¿esta concentración en una sola arma de combate, es prudente?

Yo mantengo que no lo es.

Daré un extracto tomado de una reciente edición del British Medical Journal. Dice:

¿Acaso ha cumplido el Ministro de Salubridad su promesa de consultar a aquellos expertos que son los únicos llamados a darles los mejores consejos?

Es una opinión muy generalizada entre muchos de los más distinguidos investigadores en el extranjero, que en el futuro el radium será usado solamente como «inserción», (implantación), en los crecimientos cancerosos y que los Rayos X serán empleados para atacar aquellas tumores profundos no accesibles a los insertos directos, (direct implantations).

La respuesta a la pregunta formulada por el editorialista de la Revista, es por supuesto, que el Ministro no ha consultado a los expertos de referencia.

El público por su parte, estará obligado a buscar el dinero que se necesita según el proyecto de ley. El debe entender algo respecto al problema del cáncer. ¿Cómo se maneja hoy el cáncer? Para ser breve, podemos decir que por la cirugía y por la radioterapia. Esto último significa prácticamente, por cualquier forma, de rayos, ya por los Rayos X o ya por las emanaciones del radium.

En este país tenemos que contentarnos con los rayos X, que funcionan a cerca de doscientos mil volts. En la mayoría de los casos, es suficiente. La mayor parte de los hospitales de 150 camas o más, poseen tales equipos, pero hay algunos lagunatos que llenar a este respecto.

Hay fundamento para creer que el supuesto plan del Gobierno envolverá no alentar más, el tratamiento del cáncer por medio de radiaciones, en todos aquellos hospitales con no menos de 300 camas; así como también la concentración de las investigaciones más sobre los efectos producidos por el radium que el obtenido por los Rayos X.

El público sin embargo, tiene derecho a conocer los hechos para que pueda formar su propio juicio.

Algunos de los hechos, son los siguientes:

Primero: a pesar de todos los modernos métodos, las defunciones causadas por el cáncer no han disminuido durante este siglo. En el caso de una de las formas del mismo, que más prevalece, han aumentado en un 25 por ciento.

Segundo: la cirugía no ofrece una solución final al problema del cáncer. Es muy dudoso que la radioterapia por su parte, pueda ofrecerlo, pero si se le han de dar su oportunidad, no debe ser conducida con andadores.

Tercero: En un pequeño porcentaje de casos de cáncer, el radium es superior a los Rayos X, pero en los presentes momentos, es empleado en este país en circunstancias bajo las cuales los Ra-

Continúa en la Pág. VEINTICUATRO

Victor Manuel III, Rey de Italia y Emperador de Etiopia

CUANDO LOS COMUNISTAS ITALIANOS SE APODERABAN DE LAS FABRICAS Y AMENAZABAN EL TRONO, MUSSOLINI REALIZO SU HISTORICA MARCHA SOBRE ROMA Y CATORCE AÑOS DESPUES PRESENTABA AL MONARCA, EN BANDEJA DE PLATA, EL TITULO DE EMPERADOR DE LA ANTIGUA ABISINIA.—LA VIDA DE VICTOR MANUEL HA SIDO PLACENTERA, AJENA A LAS CONMOCIONES Y TRAGEDIAS DE LAS DE OTROS REYES CONTEMPORANEOS.

EL CANCER EN...

Los rayos X dan tan bueno o mejor resultado.

Cuarto: El principio de los ingertos,—la inserción en los crecimientos malignos—de agujas, conteniendo en su cavidad elementos de radium, es conocido desde hace un cuarto de siglo.

El límite de su utilidad máxima, ya ha sido alcanzado.

Quinto: Recientemente se ha venido usando lo que se llama radium beam.

Esto es en realidad una imitación de la terapia de los Rayos X y envuelve el empleo de una, relativamente inmensa cantidad de radium, a cierta distancia del cuerpo. Si nosotros poseyéramos todo el radium del mundo, no tendríamos todavía para tratar por este método a nuestros pacientes de cáncer. Además, y a pesar de los resultados alentadores obtenidos en algunos casos, es muy problemático saber si resultan mejores los que se puedan obtener con tubos de Rayos X de un millón de volts.

Sexto: La Gran Bretaña posee 115 gramos de radium, para una población de 40 millones de habitantes. Alemania posee sólo 15 gramos para una población de 80 millones, y ella ha tenido que desarrollar un método para luchar con la clase de tumores para las que nosotros usamos el radium aquí, es decir, la clase de tumores accesibles en los cuales las gujas de radium son empleadas.

Muchas mujeres que hoy padecen la enfermedad, son llevadas a hospitales, donde se las somete a lo que en realidad no es otra cosa que una operación quirúrgica, ya que se requiere el uso de instrumentos y de anestésicos, y durante algunos días sufren bastante con el solo objeto de obtener una mejoría por medio del radium, cosa que igualmente puede lograrse por medio de los Rayos X, lo que es precisamente lo que se hace en otros países, aunque sin interrumpir la vida diaria del paciente.

Cada uno de los hechos que yo señalo en los párrafos numerados es una verdad y un reto a cualquiera a que pruebe lo contrario. ¿Cómo es posible que ahora el Gobierno quiera sacar adelante un proyecto de ley para que a costa del contribuyente se mantenga en un tratamiento anticuado?

Evidentemente porque el gobierno no ha pedido el consejo de aquellos organismos

que son los únicos capacitados para darlo, el más importante entre ellos, la Asociación Británica de Radiólogos, (British Association of Radiologists).

Sir Francis Freemantle, con motivo de la lucha contra el cáncer, escribe en The Times, del 17 de noviembre:

«Dos puntos son de capital importancia: primero, el training del personal en los métodos más modernos y al día en cooperación estrecha con la Asociación Británica de Radiólogos; y segundo, ¿Qué es la Asociación Británica de Radiólogos? Es un organismo que incluye prácticamente a todos los radiólogos de nota, no sólo en este país, sino en los Dominios de gobierno autónomo, en la India y en Egipto. Sus miembros y sus asociados con responsables en un noventa por ciento del tratamiento radio-terápico del cáncer en todo el Imperio. Controla los más altos diplomas de exámenes de radioterapia, únicos que hoy existen de esa índole y en su Junta de Examen, tienen a hombres eminentes en medicina, cirugía y patología, así como también a especializados radiólogos.

Yo estoy en situación de decir que la cooperación de este organismo no ha sido siquiera solicitada. El anuncio del proyecto fué una completa sorpresa para el mismo.

Los comentarios son pues innecesarios.

El artículo de Mr. Wimbrook continúa pero hace referencia a otros aspectos que atañen a la controversia local más bien que a la parte esencial de la lucha contra el cáncer.

De todos modos, yo quiero hacer resaltar el hecho una vez más, de que la guerra contra el cáncer es más formidable que la guerra entre naciones, ésta se acaba, aunque sea terrible y muy intensa, pero la lucha contra la espantosa enfermedad, ya emprendida, todavía no se ha terminado y lo peor del caso, es que no se conoce bien aún el arma que la vencerá.

Pero eso es más notable, más digno de encomios y de alientos la labor enorme que realiza la Liga contra el Cáncer en Cuba, por eso es merecedor de elogios el trabajo que todos los que cooperan llenos de entusiasmo, en la obra que lleva a cabo de una manera infatigable, llena de altruismo, y de humanidad, su Presidenta, María Teresa Fiala de Batista. Empezar la batalla que ha emprendido en lucha gigantesca, es tener alma de temple de conquistadores.

VICTOR Manuel III, rey de Italia y emperador de Etiopia, no puede decir como Luis XIV el «Estado soy yo».

Mientras el hijo de Humberto I desempeñó con mayor o menor idoneidad su oficio de rey constitucional de Italia, Víctor Manuel, como todos los reyes, hurgó cada vez que quiso en la cosa pública. Claro que no deseó en todas las ocasiones hacer su voluntad. Pero hubo ocasiones en que ejerció sus deberes constitucionales con inteligencia y otros en que tal parecía que la inteligencia se le había declarado en huelga.

De todas maneras, todo eso pertenece al pasado y ya conocemos el refrán aquel que dice «agua pasada no mueve molino». Y el molino italiano lo mueve desde hace diez y seis años, un hombre que no es rey ni emperador, pero que se llama Mussolini.

En distintas ocasiones se ha dicho que Víctor Manuel no marchaba de acuerdo con «su hombre de hierro» y que estaba dispuesto hasta a llegar a un rompimiento con él. De haber verdad en esos rumores, acaso Víctor Manuel tuvo a bien recordar lo que le ocurrió a Alfonso XIII, que también sintió la necesidad de romper con Primo de Rivera. Aquel rompimiento con el hombre que en su histórico viaje a Roma Alfonso había declarado «su Mussolini», trajo como consecuencia la caída de Alfonso, la intromisión en España de las fuerzas corrompidoras rusas, y la guerra civil más encarnizada, sangrienta y espantosa que el mundo ha conocido.

El rey Víctor Manuel nació en Nápoles el 11 de noviembre de 1869. Cuando el 29 de julio de 1900, una bomba anarquista fué lanzada contra su padre el rey Humberto, que murió a resultas del brutal atentado, Víctor Manuel subió al trono.

Era en la época en que los anarquistas tiraban bombas contra los monarcas, pero en la que éstos se sentían tan seguros en sus tronos, como si hubieran sido blindados. Fué cerca de cuatro lustros más tarde, cuando las testas coronadas comenzaron a sentirse mal, fuera de uso.

Treinta y seis años después de aquel primer coronamiento de Víctor Manuel III, tuvo lugar el segundo—como emperador



VICTOR MANUEL

de Etiopia—realizado el 9 de mayo de 1936.

Se había casado el actual rey de Italia el 34 de octubre de 1896, con la princesa Elena, hija del rey de Montenegro, de quien tuvo los siguientes hijos:

Yolanda, nacida el primero de junio de 1901, y casada el 9 de abril de 1923 con el capitán conde Carlo Calvi di Bergoglio.

Mafalda, que nació el 19 de noviembre de 1902, y se casó el 23 de septiembre de 1925 con el príncipe Felipe de Hesse.

Humberto, príncipe de Piemonte y heredero del trono, vino a este valle de lágrimas y de gases asfixiantes el 15 de septiembre de 1904 y se casó con la princesa María José, hermana del rey de Bélgica, el 8 de enero de 1930.

La princesa Giovanna, que se casó el 25 de octubre de 1930 con el Rey Boris de Bulgaria, nació el 13 de noviembre de 1907.

La vida del rey de Italia ha sido, aparentemente, placentera y feliz, ajena a las conmociones y las tragedias por que tuvieron que pasar varios de los reyes de Europa que ocupaban sus tronos cuando subió al suyo Víctor Manuel, o los escalaron después. Ahora acaba de ser anunciado el matrimonio de su última hija la princesa María, nacida el 26 de diciembre de 1914, con el príncipe Luis de Borbón-Parma. La boda se celebrará en Roma el 15 de enero.

PENSAMIENTOS Por DIOGENES

A mujer habla para muchos y escucha a pocos.

* * *

Tan malo es bostezar mucho en la cama como fuera de ella.

* * *

Si el silencio fuera realmente oro, las mujeres ya lo habrían descubierto.

Los INGLESES Aprenden KENDO

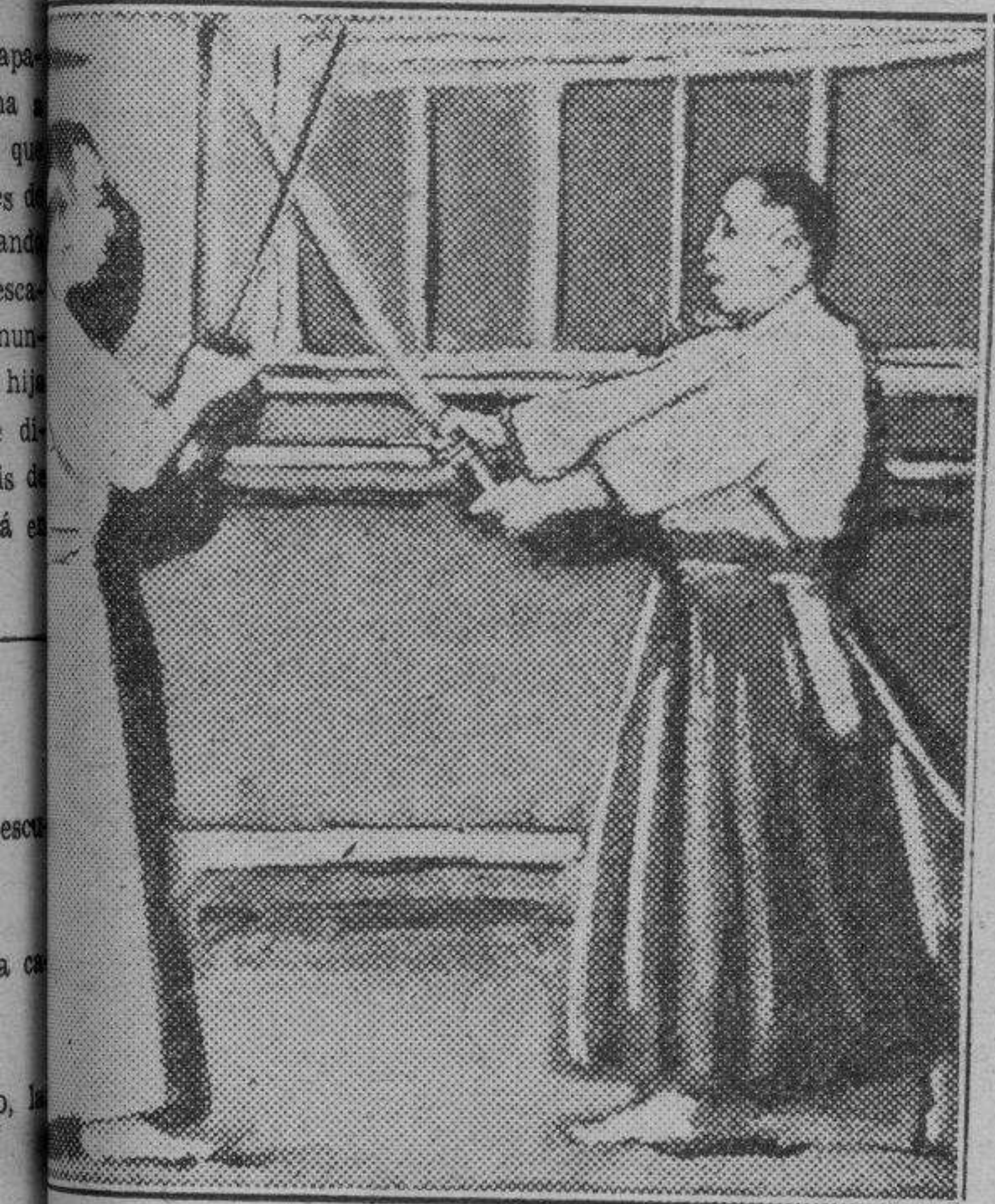
Un profesor nipón ha impuesto en Londres, como modalidad de esgrima, el primitivo sistema de lucha de los hijos del Celeste Imperio

por HENRY K. McKREA

«AKAMA», «hoshit», «do», «men», «kote», «shinai», «katama». Palabras guturales que dejan su eco exótico en el argot de los esgrimistas londinenses. Palabras que kimonos y cerezos, como este Kudzutani, atento y amable, de esa asiática y terrible musculatura revive entre los ingleses el arte y bárbaro, pero emocionante, manejar la espada con las dos manos, manejaban sus antepasados ante el comodoro Perry, al mando de la expedición naval, abriera al occidental los más importantes del Imperio del Sol Naciente y a aquel país atrasado a este

respecto entonces, el uso de armas más modernas y tácticas más racionales de combate.

El ancestral método de lucha japonés se ha hecho en la ciudad de las nieblas, bajo el afán deportivo de los hijos de John Bull, arte complejo y emotivo. Es una nueva modalidad de esgrima que se impone por momentos. Se llama «Kendo», y requiere astucia oriental, músculos de hierro y coraje de espíritu. Entre los súbditos del Celeste Imperio, hoy tan bien armados y preparados militarmente como los súbditos de otro imperio cualquiera, se considera todavía factor de importancia en la educación física. Fuera del Japón, el profesor Kudzutani es el más ferviente propulsor de su práctica.



Un combate de «Kendo», singular modalidad de esgrima a dos manos que practicaban hace un siglo los japoneses y cuyo uso está reviviendo en un club de Londres el profesor nipón Kudzutani, que aparece aquí «cruzando» su espada con su compatriota y colaborador, profesor Karu Mishiku.



Los luchadores japoneses. Uno de ellos prepara al otro antes de presentarse en una exhibición de «Kendo».

Lo cultivan los estudiantes de Bellas Artes del club de esgrima de Bayswater, en Londres. Lo enseña en el Anglo Japanese Judo Club de la capital de Inglaterra, el profesor en cuestión. Lo contemplan con curiosidad creciente los esgrimistas británicos.

Para la práctica del «Kendo» usan sus cultores una pintoresca coraza que consiste en un casco (men) hecho de un tejido grueso con una fuerte rejilla de acero a guisa de careta; una pechera (do) de cuero duro lustrado, reforzado con metal; un protector del vientre «koshite» de tejido grueso y cubiertas de cuero; gruesos guantes (kote), y una camisa, (hakama). Debajo de la pechera suelen usar una prenda de algodón (keikogi), que muchas veces está artísticamente bordada.

Nosotros hemos sido invitados por el profesor Kudzutani a presenciar una sección del «Kendo» en el Anglo Japanese Judo Club, en el Anglo Japanese Judo Club hay más de japonés que de otra cosa. Japonés el profesor y su ayudante; japoneses la vestimenta y el ambiente, el arma y la actitud. Y hasta en esa silenciosa solemnidad de la pelea hay algo asiático que impresiona e inquieta.

La lucha empieza tras los saludos de rúbrica. Ambos contendientes, enfundados en sus extraños petos, esgrimen con las dos manos la pesada «katama», espada que tiene tres pies y seis pulgadas de largo. El objeto es golpear con el arma en la parte superior de la cabeza del adversario; sobre su oreja, al costado de su cuerpo y en sus muñecas. Cuéntase también como un punto de asestar un puntazo en la garganta. Cualquiera de esos golpes es fatal en una lucha verídica. En

las prácticas las espadas son sustituidas por otra de bambú, llamadas «shinai»; pero cualquiera cree, al contemplar el gesto grave, reconcentrado y solemne de los extraños contendores, hallarse en presencia de los fanáticos japoneses en trance de practicarse el «kara-kiri»...

Para los hijos del Sol Naciente el «Kendo» encarna un profundo símbolo. Cada encuentro es el símbolo de la vida. La espada es el arma con la que el hombre debe abrirse paso por ella. Nada debe tocar el filo excelente de la «katama» como no sea el cuerpo del enemigo.

Y de lo arraigado que está este simbolismo en la mentalidad de los nipones nos da idea un hecho que observamos en el Anglo Japanese Judo Club. En las panoplias donde fueron tomadas las fotografías que ilustran esta nota, las espadas se encuentran colocadas con el filo hacia arriba. Ni la panoplia misma debe entrar en contacto con él.

Ello ofendería la santidad del arma, esa espada con la que hace un siglo se abrían el cráneo los japoneses unos a otros en trance de guerra, o se clavaban en el vientre ellos en holocausto de su patria y de sus dioses...

Esa arma terrible de tres pies y seis pulgadas, cuyo uso se ha revivido ahora, al cabo de cien años, para recreo de estudiantes londinenses de bellas artes, curiosidad de esgrimistas británicos y suerte de un profesor atento y amable, de leve sonrisa artística y musculatura de acero, que se gana la vida fuera de su patria, la celeste e inefable de los cerezos en flor enseñando la nueva y desconcertante modalidad de esgrima.

EL INCENDIO en el Hotel de los Inválidos

PARIS es una ciudad de construcciones históricas y de recuerdos monumentales. En sus reducidos límites urbanos cuenta con palacios famosos, museos, universidades e iglesias. Las estatuas de 180 personajes célebres adornan sus hermosas avenidas y parques. Cada vez que estalla una bomba lanzada por anarquistas o se produce un incendio, la gente de París piensa instintivamente en los edificios que pueden haber sido destruidos por el percance. Hace pocos días corrió la noticia vibrante de un incendio importantísimo, no por las proporciones de los estragos que estaba causando, sino por el lugar del accidente: el famoso Hotel de los Inválidos, enclavado en uno de los puntos más céntricos de la ciudad.

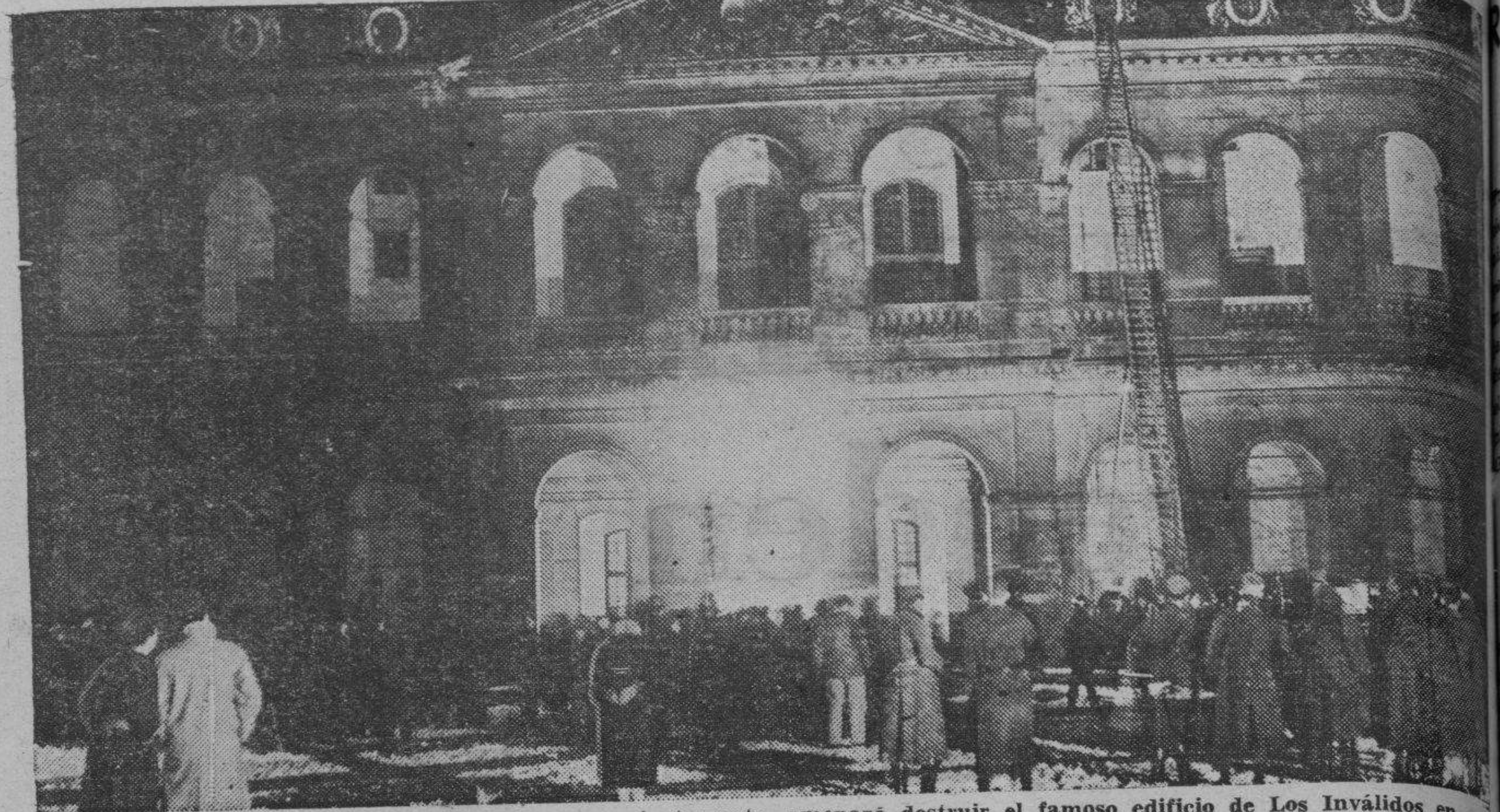
En momentos de zozobra nacional como los que pasa Francia en estos días, un incendio en los Inválidos le causa escalofríos hasta al Premier Daladier. ¿Significa esto que Francia está amenazada de algún peligro inexorable? En las criptas de este antiguo edificio reposan las cenizas de dos fuerzas latentes del alma nacional: Napoleón Bonaparte, que una vez soñó con hacer a su patria dueña del mundo; y el Mariscal Foch, que en la Guerra Mundial de 1914 tuvo que sacudir profundamente el patriotismo plebeyo para que le abriera una sepultura a los alemanes que estaban a las puertas de París.

LA TUMBA DEL HEROE DE AUSTERLITZ

El Hotel de los Inválidos fué construído bajo los auspicios de Luis XIV para que sirviera de refugio a los soldados lisiados en el servicio de la Corona, aunque luego recibiera los despojos de aquel Corso que no creía en otras coronas que las que llevara él. Los monarcas de Francia siempre tenían algún gesto que los hacía simpáticos al pueblo, y muchos de ellos eran hombres de talento singular.

Por el trono augusto de los Luises pasó uno que todavía ejerce grande influencia en la historia de su patria, y ese fué el fundador del Hotel de los Inválidos. Como espíritu refinado que era, Luis XIV abrigaba sentimientos hermosos para sus vasallos, especialmente para los que hacían las armas por su Rey y por su Fe. El notable arquitecto Jules Hardouin Mansard recibió del soberano, entre otros cuantos, dos encargos que estimaba arduos: el hotel para los soldados lisiados y el castillo para su juiciosa cortesana, Madame de Montespan.

Fué Mansard también el encargado de levantar los planes y dirigir la construcción del Palacio de Versalles, calificado por algunos como el monumento más completo ideado por la vanidad humana. No tan imponente como este palacio por donde lució sus galas imperiales la frívola María Antonieta es el Hotel de los Inválidos, pero acaso reúne aspectos de mayor interés. En los vastos terrenos que



Una vista del espectacular incendio que recientemente amenazó destruir el famoso edificio de Los Inválidos en la capital francesa.

PARIS, CIUDAD DE MONUMENTOS Y RELIQUIAS HISTORICAS, SE SIENTE CONMOVIDO POR UN SUCESO DE BOMBEROS.—LUIS XIV HIZO CONSTRUIR EL FAMOSO ESTABLECIMIENTO AL MISMO TIEMPO QUE MANDABA HACER EL CASTILLO PARA MADAME MONTESPAN.

ocupa el establecimiento están radicados el Cuartel del Gobernador Militar de París y el Museo de Artillería, una de las armerías más amplias del mundo, sino la mejor.

Mansard erigió entre las construcciones de los Inválidos dos templos hermosísimos, la Parroquia de San Luis y la Iglesia Real. En la cripta central de la

Iglesia Real, está el sarcófago en que se guardan los restos de Napoleón. La cúpula de la capilla es una pieza arquitectónica como en raras ocasiones las concebía Mansard, excepto cuando se trataba de satisfacer los anhelos de su protector el Rey. Noventa y dos pies de diámetro tiene el detalle, con una luz como mandada hacer para el bello mau-

soleo de Visconti a la memoria del Gran Corso, una cripta circular de ocho metros de profundidad y del mismo diámetro de la cúpula. El sarcófago es de porfiro, tallado en un solo bloque, y descansa sobre un embaldosado de mosaico en forma de estrella, con inscripciones alusivas a las victorias del Emperador.

LOS MANES DE FRANCIA SIEMPRE ALERTA

Cerca de los restos de Napoleón están las tumbas de sus dos amigos, Duroc y Bertrand. Encadenados en la historia de Francia aparecen los personajes como los hechos. Ha sido Luis Felipe en el 1840 quien ha concebido en las Tullerías otro monumento de la monarquía francesa que forma parte del alma de París: la petición de Thiers para que se trasladaran al continente los restos del destruido de Santa Elena.

Inglaterra consintió a través de Lord Palmerston, que respetaba los sentimientos franceses tanto como desestimaba sus ambiciones políticas en Europa. Los nervios latinos suelen calmarse con desfiles magníficos, ceremonias reverentes a los fantasmas de la gloria envueltos en bordados finos y exquisitos terciopelos. De todos modos, había que permitirle a Francia el gusto de enterrar a Napoleón, en medio de un coro de trescientas voces que elevaban el Te Deum como si se tratara de la liberación del vencido de Waterloo.

Pero no es todo superficie en las emociones que sienten los franceses por estas cosas. El incendio en el Hotel de los Inválidos ha debido resucitar el espíritu de la solidaridad nacional frente a las amenazas que se ciernen sobre el país. Los manes de Francia siempre están en vela. De seguro el Cuerpo de Bomberos de París ha trabajado con ardor patriótico el día del incendio, pensando que había que preservar una parte de la patria: de las tradiciones históricas que tienen incontables similitudes en los bellos edificios de París.

MIENTRAS LAS FRONTERAS SE...

ama la paz sobre todas las cosas y que se resiste a las innovaciones. Holanda comenzó a ser administrada con los mismos medios que sirven para regir una casa. En 1901, rompiendo con la tradición que exige que una reina sólo contraiga matrimonio por razones políticas, se casó por amor con un oficial alemán, el duque de Mecklemburgo Schewrin. En 1909 nació Juliana, heredera actual del trono, casada a su vez por amor con el príncipe Bernardt van Lippe. Una nieta, nacida en junio de 1937, asegura la continuidad femenina del trono de Holanda. Cuatro reinas, dos del pasado y dos del futuro, prometen al animoso país una era de paz ininterrumpida.

LAS RIBERAS DEL ESCALDA

La guerra del 14 comenzó con destruir la tranquilidad prometida. Pero el sano positivismo de Guillermina le permitió liberarse rápidamente de sus graves consecuencias. Y no porque careciera de problemas. Entre Bélgica y Holanda existe uno de difícil dilucidación. El dominio de la ribera izquierda del Escalda. La frontera actual otorga a Holanda la posesión de las dos márgenes, pero los belgas reclaman. Este problema, que a fuer de hallarse localizado carece de repercusión internacional aparente, no es por ello menos grave. Si se recuerda que la intervención de Inglaterra en la contienda pasada se originó precisamente en instantes en que la invasión alemana llegaba a la boca del Escalda, amenazando con destruir la gran cantidad de intereses británicos depositados en esos lugares, se comprenderá hasta qué punto es vidriosa la situación que debe enfren-

tar la reina del país de los tulipanes.

LAS FRONTERAS SE MUEVEN

El mundo produce mucho más de lo que precisa. Otros dicen que son sus apetencias las que han crecido. Pero el hecho es que, como lógica consecuencia, la necesidad de hacer vías de comunicación, salidas al mar y territorios coloniales que sirvan para abastecer la urgencia de materias primas y consumir la ya manufacturada, se ha acrecentado en forma harto peligrosa. Y esto último, sobre todo, para los países que, sin pertenecer a los pocos que pueden llamarse de primer plano, poseen desembocaduras al mar y también grandes extensiones de tierra bajo mandato.

Ese es, precisamete, el caso de Holanda, dueña de colonias riquísimas sobre las que se detiene, sin duda, la atención de potencias mucho más poderosas, pero carentes de grandes extensiones en otros continentes.

Justamente en estos instantes se debate ese grave problema. El derrumbamiento del edificio de Versalles trae como consecuencia una revisión absoluta de todo lo que se había convenido. Alemania reclama sus colonias y Portugal y Bélgica, poseedoras actuales de territorios que pertenecieron hasta la guerra mundial al imperio de Guillermo II, se hallan ante la amenaza de tener que restituirlos. Holanda mira con desconfianza ese manejo. Ningún dedo la señala aún, pero las fronteras amenazan mudarse de sus sitios como esos soldados de Shakespeare que, sosteniendo los árboles arrancados de cuajo, avanzaban hacia el castillo de Macbeth.

ROOSEVELT COLOCA A MURPHY EN SU TABLA DE AJEDREZ

(Continuación de la Pág. VEINTE)

trabajo. Madame Perkins. En la dirección de las carteras meramente administrativas permanecen leales hombres de partido como Farley, Presidente del Congreso Nacional Demócrata, o figuras alejadas de la política activa, que no pueden afectar la tremenda influencia que el Primer Magistrado ejerce en los ministerios de Estado, Hacienda, Marina y Guerra.

ESTRATEGIA POLITICA DE ROOSEVELT

Aunque se espera que en la presente sesión del Congreso surjan voces de protesta contra las designaciones de Hopkins y Murphy para el gabinete, los observadores más perspicaces creen que el presidente ha dado un admirable golpe a sus adversarios. A dos años de las elecciones presidenciales el 1940, el bloque conservador demócrata no puede oponerse a las maniobras de los republicanos reaccionarios y los representantes de los intereses creados en el Capitolio para combatir al jefe del partido en un momento en que por tradición se respetan las determinaciones del Ejecutivo, como la selección de su gabinete. Eso equivaría a darle alas al renacimiento de las derechas y podría culminar en un derrocamiento de proporciones nacionales al echar del poder a los demócratas dentro de dos años. Por mucho que le opongan a las reformas de Roosevelt, los miembros de su partido no se despojarían de la faja burocrático federal por nada del mundo, después de haber libado las urnas del presupuesto durante los últimos seis años. En cambio, si los republicanos arman un escándalo ahora, el mismo de la campaña contra Roosevelt habrá perdido todo su ímpetu para ganar y la gente estará más inclinada a decir: «Eso ya lo sabemos desde 1938; hagan otras pruebas más».

El genio demagógico de los apóstoles del Nuevo Trato se encargará de preparar el terreno para cuando llegue el momento de la batalla decisiva. Roosevelt, de la manera de los grandes jugadores de ajedrez, está colocando sus figuras cuidadosamente para darle mate al Rey. En la pantalla nacional ha destacado a tres personajes que constituyen lo que aquí denominamos «madera presidencial»: Hopkins y Murphy. Ni los católicos en su mayoría irlandeses; ni los judíos perseguidos por las dictaduras europeas; ni los obreros de la Federación Americana del Trabajo o de la C. I. O., a quienes negarle su apoyo a cualquiera de los candidatos, que cuentan también con el respaldo de más de once millones de desempleados y de cientos de miles de familias que viven bajo el ala protectora del Auxilio de Emergencia.

El Congreso Demócrata de los Estados Unidos, según los indicios presentes, le dará este año y en el 1939 como gusto a Roosevelt, con la vista puesta en Casa Blanca para 1940. Las elecciones últimas revelaron que la reacción republicana puede voltear la tortilla y apoderarse de nuevo del poder. Para que el presidente sea más impresionante, Roosevelt plantea la situación en una forma que no puede ser; o con los conservadores ultra-republicanos del partido de los plutócratas,

dominado por los magnates industriales del Norte, o con los reformistas amigos de los agricultores del Oeste y del Sur, que están respaldados por las fuerzas liberales y el movimiento obrero de la nación.

Quien está con Roosevelt—piensan los Novotratistas—tienen que aceptar a Ickes, a Hopkins, a Murphy y a toda la familia ejecutiva, tantas veces tildada de radical.

KEMAL ATATURK...

Continuación de la Pág. DIECIOCHO

quia no sólo llevaba una intensa vida de hombre público, de hombre-centro, de dictador único. Al mismo tiempo sus ratos perdidos los quemaba animosamente en todos los placeres epidérmicos. La buena mesa, los buenos vinos y sus bellas paisanas desprovistas de velo incitaban a Ataturk tanto como sus anhelos de renovación. El hombre que con su voluntad y su inteligencia ha podido en unos quince años cambiar radicalmente la estructura social y política de un pueblo tan tradicionalista como el otomano, quemó

su propia existencia en placeres secundarios. Sabía que si no dejaba las disipaciones sensuales moriría fatalmente; pero como el personaje de Pitigrilli que prefería la cocaína a la nariz, Kemal Ataturk escogió una muerte precipitada dando de lado a las pocimas, a los regímenes alimenticios y a las tisanas... Después de todo, su obra estaba terminada. El impulso que le ha dado a Turquía en buena lógica debe continuar imperturbable. Sus últimos años, menos agobiado de inquietudes, los repartió entre el deber y la satisfacción material. Ha sido, pues, en este orden de cosas un hedonista a medias. Pero su grandiosa labor es completa. La Historia recogerá su nombre en capítulo especial. Su apellido Ataturk—padre de los turcos—si no lo hubiese escogido él mismo, la posteridad, agradecida, se lo hubiera otorgado. En el fondo, son los pueblos los que juzgan a los hombres. Kemal Ataturk ya ha sido juzgado por el suyo. Paz a sus restos.

Paris, diciembre de 1938.

MUY BREVES

DETECTIVESCA

Escribe un veterano detective que el llamado crimen perfecto es una ilusión que jamás existió ni existirá. A mí se me ocurre que sería perfecto el asesinato de esa señora que está aprendiendo canto en mi vecindad.—(London Opinion).

EFIMERA

Inocente o malévolos pocos días después de la capitulación de Munich, un teatro londinense anunció así la exhibición de las notas cinematográficas sobre el acontecimiento: «Chamberlain, el hombre que nos dió la Paz. Sólo por una semana». (Current History).

¿SE SIENTE UD. DEBIL, FATIGADA, DESGANADA?

Recupere las energías perdidas TOMANDO

QUINIUM LABARRAQUE



El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)

A. ROGER

CARTAS DE BUENOS AIRES

Continuación de la Pág. DIECISIETE

cido muchos de tus hombres, que he seguido el curso de tus mujeres, el perfume de tus jardines, tus noches de rebozo, tus mañanas desnudas, tus días grises!

Yo sí puedo decirte que eras una ciudad única, que tienes el eje meridional de América, que tienes una cumbre en el pensamiento, que sabes amar la libertad, que eres dueña de tu destino, y que, tanto el musárabe, el beduino, el sajón, se funden en tu fuego y tuyos son en cuerpo y alma porque sabes amar como mujer que entrega el secreto de sus besos endemoniados!

Yo sí puedo decirte eso sin pedir que me oiga el oído del elegido ni deje de escucharme el prevenido!

Te canto y te quiero, te pellizco en tus carnes mozas, cliente a pecado original o a virtud de reclusa, te muerdo y te beso, te llamo y te sueño!

Ya sabes que soy otro y diferente al personaje del barco, turista sin alma y con mucha curiosidad y máquina fotográfica, que desde Londres dirá de tí cosas que no son tuyas o desde New York ensayará recordar a qué país de América podrá colocarte la armazón de cemento armado de su prosa de rascacielos o en qué bar bebió el zumo supraterráneo de un whisky con soda...!

Yo soy algo de tus calles, algo de tus llantos, algo de tu boca que sabe cantar su vidalita a ese cancionero que encrespa las aguas del Plata!

Cartago, se te llamaba. Cartago, primero; ahora, tal vez, Atenas. De una y otra tienes algo. De aquella, los personajes que niegan tu poesía de ciudad moderna, del periodismo ágil, antena milagrosa que recoge los menores ecos del mundo para el zumbido de esta columna universal; de la otra, todo lo tienes: el poeta romántico, el trovador medieval, el músico extasiado, la dama que pone música en los versos, el político atrabiliario, el traficante de contrabandos, el vendedor de alcaloides, el pintor desdeñoso. Todo se funde en tí. Un mahometano de Persia, un hindú color de canela, un árabe triste y sibilino, bien caben en tus calles y te perfumen de leyendas que en vano te niegan los que usan la seguridad de los lictores romanos y no la trampa mágica del hechizo...

¡Buenos Aires mía, eres un templo en donde descansan los ojos de las mujeres, que al acercarse a Dios le piden la bendición de amor para estas benditas tierras de la paz!

Yo puedo decirte con don Fradique, de la comedia «Ganar amigos», de Alarcón:

«Cumplirla no es obligaros,
Que es pagar mi obligación
Y nadie obliga pagando».

Así te digo, ciudad, en que todavía se escucha el lírico organito de barrio, con la cordial cotorríta que saca la suerte con su pico, y pasa desgranando tangos llorones y vales caducos; así te digo, ciudad porteña, que te pago mi deuda cantándote esta triste canzoneta, como algún viejo pescador de Nápoles..

Estás en mi corazón. Estás con «rouge» y con «rimmel», con amor y con gracia, con vigor de lirismo y fortaleza de amor. Estás en mis ojos con las imágenes deducidas, la boca sin veneno y las manos libres para decirte lo que siento sobre tu frente juvenil...

Manuel García HERNANDEZ.



AUN A CIEGAS,
RECONOCERA EL

Dentol

Por su sabor agradable,
Por su perfume discreto,
Por su poder antiséptico



Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los microbios nocivos de la boca y en pocos días dá a los dientes, una blancura resplandeciente.

Tubo mediano \$ 0.20
Tubo grande \$ 0.40

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS
A PARTADO 2143
HABANA

POR LA RUTA DEL...

Continuación de la Pág. DIECISEIS

para que la obra resultase perfecta. El evangelio de todo actor es que la función debe proseguir sin interrupciones, que el director sabe su oficio y que la obra es buena. El actor hace sugerencias, y en mi caso algunas veces con cierto acaloramiento. En la mayoría de los casos hace sugerencias porque es joven y carece de la experiencia necesaria.

Si hubiéramos sido tres tonticos, con la educación de una sirvienta y la habilidad dramática de una mula, seguramente que habríamos molestado a todo el mundo, protestando y convirtiéndonos en un fastidio inaguantable. Pero nuestro deber es hacer la mejor representación de que somos capaces. Nos gusta luchar entre nosotros porque es muy divertido, aunque sin menoscabo del respeto mutuo. Ethel posee un ingenio rápido y elegante. Lionel mata con su ironía, y yo no me quedo atrás gastándoles bromas a los dos.

Al llegar a Pasadena en el tren, acompañada de sus tres hijos, Ethel fué recibida por mí, pues Lionel estaba trabajando. Lo le silbé, gritándole luego:

«¡Jéy, ¡Búscate a Bill Daniels!»

Nada de saludos ni ceremonias, sino una broma pasada. Ella me miró llena de asombro, sin saber qué era eso de Bill Daniels. Los periodistas y fotógrafos la rodearon, y en las fotografías se veía como una mujer con la mente en blanco. Por fin nos metimos en mi auto.

—¿Quién demonios es ese Bill Daniels—me preguntó.

—El mejor cinegrafista de Hollywood. ¡Te hará parecer a Mona Lisa el día de sus bodas!



Ethel Barrymore, acompañada de sus hijos Samuel Colt y John Barrymore, en el jardín de su casa de California.

Al llegar al estudio de Thalberg, lo primero que exigió fué que buscaran a Bill Daniels. Y lo buscaron para que hiciera la película.

Daniels es el cinegrafista de la Garbo y es un mago de los lentes y las luces.

Cuando trabajé en «Grand Hotel», lo vi por primera vez en mi vida. Me preguntó:

—¿Cómo lo iluminan a usted? ¿Qué presencia quiere tener?

—¡No sé cómo me iluminan, ni cómo iluminan a los cocuyos! Pero sí sé la presencia que me interesa. Tengo 50 años de edad y quiero ser tan joven como el nieto de Jackie Cooper.

—¡Muy bien!— contestó Bill.

Y eso tengo que agradecerse a Ethel, la estrella de Rasputín.

Con unos toquitos de pintura en los ojos, Daniels transformó a Ethel en una criatura encantadora, como la Zarina rusa, a quien, entre paréntesis, se parece mucho. Pocas noches después de llegar a Hollywood, Ethel fué a visitarme a casa. Mi mujer—la otra—Dolores Costello, le preguntó qué la había instado a probar fortuna en el cine.

—¡Dos granujas y un trago de Benedictino!—contestó para vengarse, y no quiso explicar su frase.

Al día siguiente, le pregunté a Lionel el significado, y después de mucho pensar caímos en la cuenta.

Hacia tres años que Ethel y mi prima Georgina Mendum habían estado en Los Angeles haciendo la obra «El Reinado de Dios». Mientras tomábamos la cena en el patio, junto con Lionel, Ethel matizaba la comida con hirientes críticas de su dos hermanos que habían abandonado los altos ideales del arte por el negocio rastrero de hacer películas. De repente, saltó de su asiento y miró el reloj:

—¡Ya es tarde, Georgina!—gritó alarmada.

—¡Pero puede aguardar a tomar el Benedictino!

—¡Ni un segundo! se nos ha hecho tarde.

Al acompañarlas al auto, le dije a Lionel:

—Es una tragedia que tú y yo hayamos desertado del glorioso arte dramático para meternos en las rastreras pe-

lículas. Fíjate en estas dos mujeres que van a trabajar para hacer perdurable la tradición de la familia. Recitarán su parte del diálogo y gozarán de lo lindo, mientras tú y yo nos veremos obligados a permanecer sentados en el patio de la casa, tomando Benedictino a la luz de las estrellas.

—Tienes razón, John,— contestó Lionel. Retornemos a nuestro Benedictino y no sintamos envidia.

—¡Váyanse al infierno los dos!—gritó Ethel y se metió en el auto.

Nadie lo creerá, pero a las pocas semanas de empezar a filmar la cinta de Rasputín, Ethel se pasaba el tiempo tomando Benedictino a la luz de las estrellas. Todavía no se ha orientado del todo bien, como Lionel y yo, pero sabe el camino.

Antes de empezar la cinta, ya se rumoraba que me picaba la envidia porque Lionel consiguió el papel del monje de las barbas. Eso pudo haber sucedido años antes, pero no entonces. Hace mucho tiempo la cinta del doctor Jekyll y Mr. Hyde, y no hay duda de que hice un Mr. Hyde magnífico. Todo lo que hice fué hacer muecas, llevarme la mano al cuello, y dejarme caer al piso. Los críticos dijeron que eso era arte, y yo llegué a creerlo también, con perdón de mis distinguidos antepasados.

Desde entonces cada vez que me llamaban a trabajar, por ejemplo con la compañía Warner, les rogaba me dieran un papel semejante. Yo creía que eso era un arte vigoroso, fuerte, dramático, y no los papeles cortesanos en que exhibía mi perfil y vestía a la manera de la hija de la Duquesa de Rutland.

Hice una cinta titulada «El Genio Loco» y los niños cuando la vieron huyeron despavoridos de los cines. Hice «Sven gali», y aunque mi mirada y mi personalidad fascinaron a Trilby, la muchacha de la obra, el público llegó a la conclusión de que yo estaba loco. Al principio no me daba cuenta de lo que opinaban los espectadores y los empresarios de mí. En Hollywood, los amigos comenzaron a decirme que, como Sven gali, les había «arrancado el corazón». Así de tremenda era la impresión que causaba.

Por fin había encontrado un medio fácil de ganarme la vida. La labor de personificar a un caballero inglés, a un Duque o a un traficante de la bolsa, necesita calidades, elementos exactos con los cuales el público está familiarizado. Para realizar este trabajo se necesita esfuerzo y comprensión.

Pero nadie ha conocido a las criaturas excéntricas, como Svengali, ni a los genios locos. Ningún crítico podía censurar mi obra. Todo lo que debía yo hacer era inventar muecas, torcerme el cuello, agarrarme los cabellos, resollar profundamente y desplomarme en el piso. Eso era faena de actor!

Sin notarlo, me estaba hundiendo en el abismo, desapareciendo como actor, porque al año o cosa parecida ya el público se empezaba a cansar de estos trucos. Al ser contratado por Thalberg, éste me dijo que buscara un traje de caballero y echara las barbas al canasto de los desperdicios.

Así me salvó de la catástrofe. Quemé las barbas y empecé a hacer papeles de galán en las cintas «Arsenio Lupin», «Grand Hotel», «Rasputín» y «Divorcio».

De ese modo logré que las madres no siguieran asustando a sus hijos, amenazándolos con las terribles palabras: «Si no te portas bien vendrá John Barrymore, y te llevará».



John y Lionel Barrymore, «posan» para las cámaras al terminar sus labores del día en el estudio.

Del BUEN HUMOR ::: AJENO :::

PENSAMIENTOS

Por Diógenes



La grandeza puede ignorar su importancia pero jamás el egoísmo.

ooo

El mejor juicio del hombre siempre se muestra al día siguiente.

Los amigos son tan escasos como los paraguas en el momento en que se les necesita.

ooo

Las cosas buenas de la vida se van con tanta facilidad como vienen las malas.

ooo

La oportunidad hace al hombre después que el hombre ha hecho a la oportunidad.

ooo

Cualquier hombre podría ser casi perfecto con que sólo siguiera los consejos que él dá a los demás.

ooo

Hay dos clases de matrimonios: los que son un completo fracaso y los que sólo son una molestia pasajera.

ooo

No hay argumento más difícil de destruir que el silencio.

ooo

La mujer vive en busca de la felicidad; sin embargo, no hay nada más difícil que para una madre convencer a su hija de que se case con el hombre que la hará feliz.

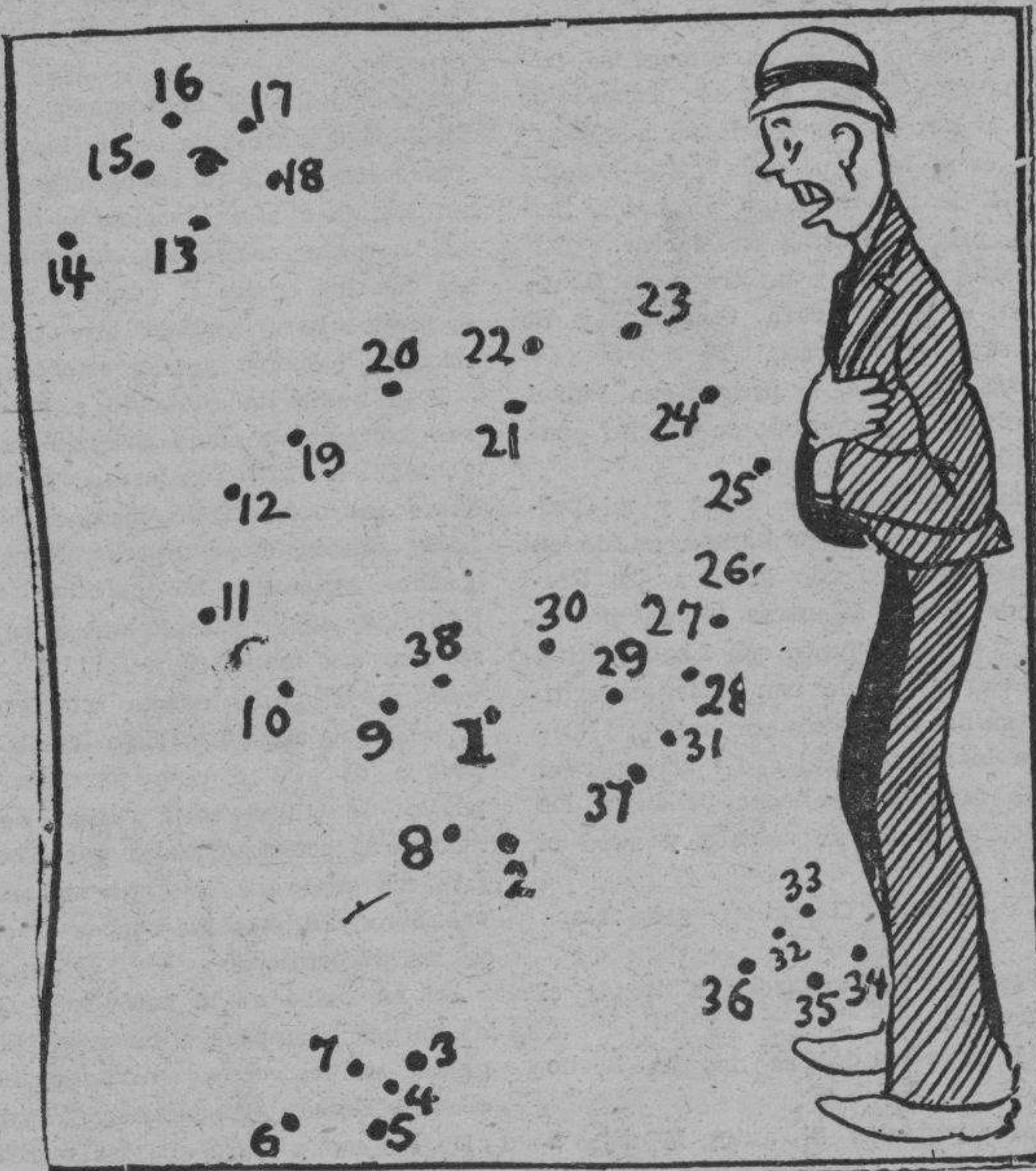
ooo

Hay hombres que creen que son inteligentes porque no tienen hijos que le digan lo contrario.



(© 1938, by Bell Syndicate)

La precavida Flora se estuvo tres días a dieta para aprovechar la cena del día de Año Nuevo...



Perucho el Largo se acercó demasiado a los animales en el zoológico, hasta que al fin ha quedado en el estado en que le vemos: quejándose porque ha recibido una cox propinada por un... (Trace una línea continua que enlace todos los puntos en orden numérico).



Ni los tirantes ni los cinturones me sirven, para poder mantenerme los pantalones en su lugar será preciso que use... (Trace una línea continua que enlace todos los puntos en orden numérico).

ooo

La juventud es teoría, la vejez es un hecho.

ooo

Qué pobre sería nuestro aspecto si los malos pensamientos dejaran marca en nuestra fisonomía.

Cuando le faltan las palabras en una discusión la mujer tiene siempre el recurso de las lágrimas.

La ciencia del abogado consiste en convertir un mal consejo en buen honorario

No hay nada más fácil que hacerse un gran financista cuando uno tiene dinero suficiente para los experimentos.

Cuando un hombre te habla de las ventajas de la pobreza mira si tiene rodilleras en los pantalones.

La actitud razonable consiste en sacar el mejor partido de lo peor que a uno le acontece.



(© 1938, by Bell Syndicate)

Cuando alguien dice que las cosas están flojas, la niña impresionable se forma la ilusión mental de que del pavo sólo han quedado los huesos...



(© 1938, by Bell Syndicate)

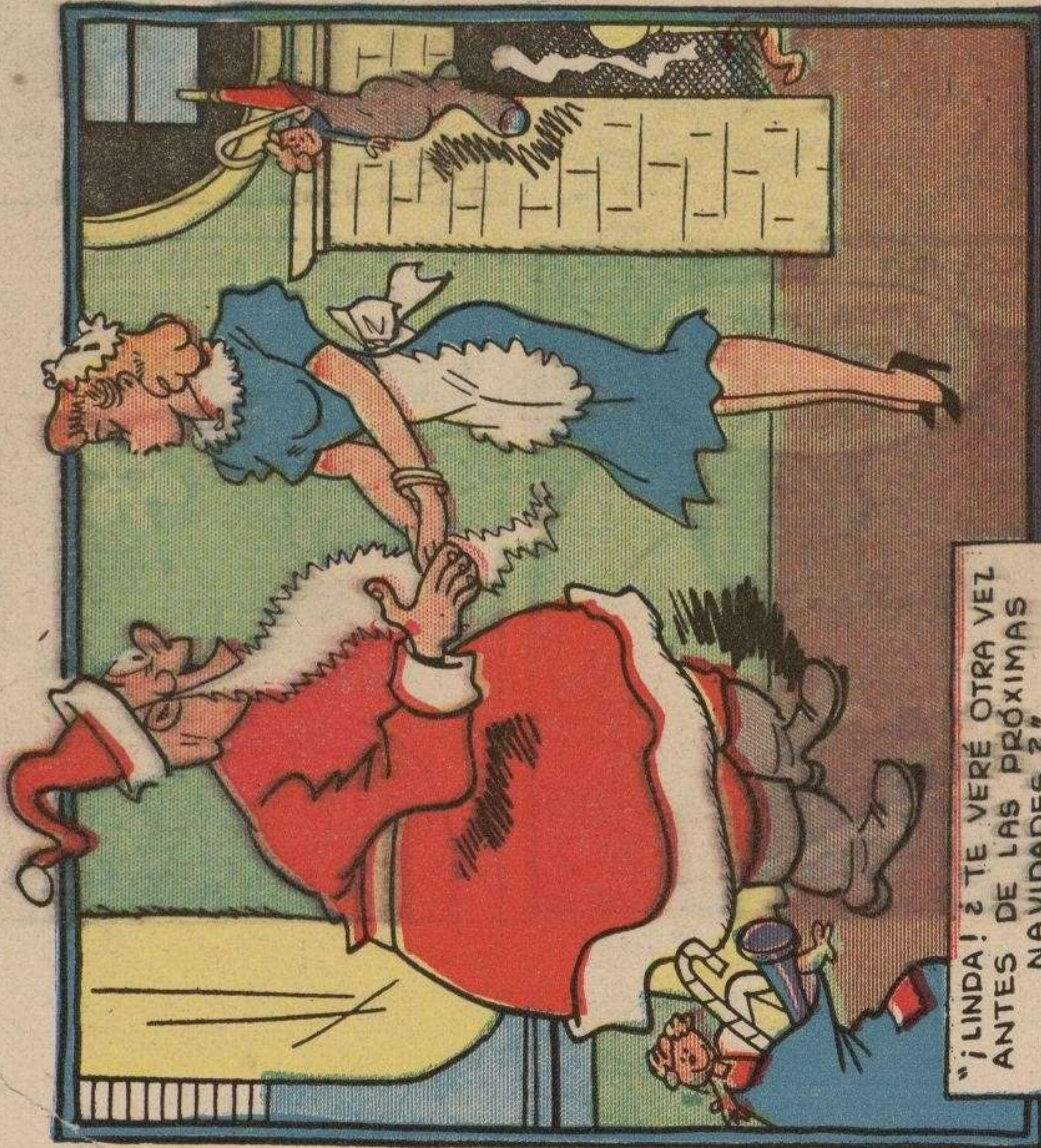
Después de la Navidad muchas personas tienen que devolver los regalos recibidos en la tienda, aunque pierdan algo en el negocio...



(© 1938, by Bell Syndicate)

Hay mujeres que usan los esquís para convertirse en arados de la nieve...

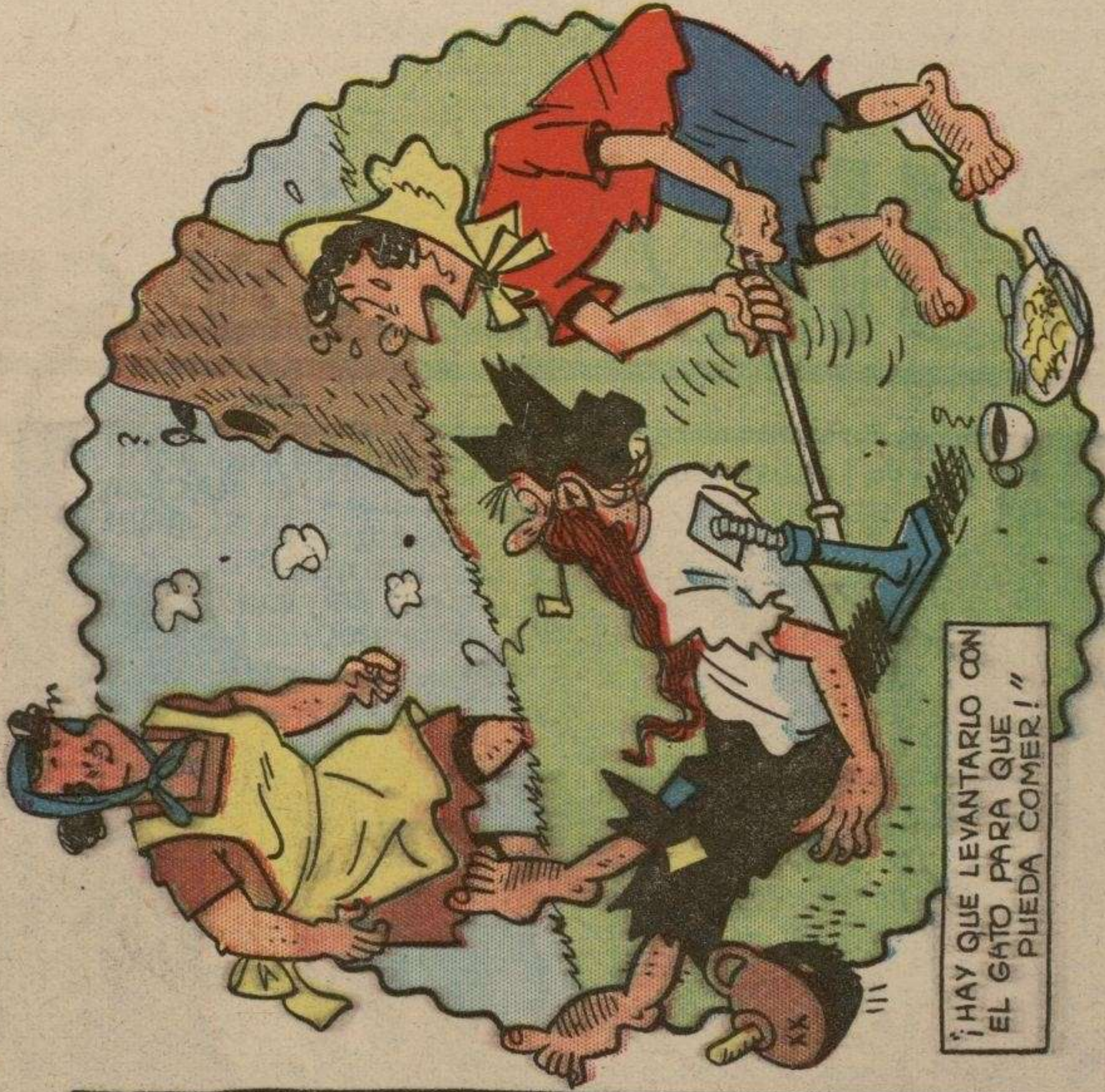
LA VIDA ES ASI...



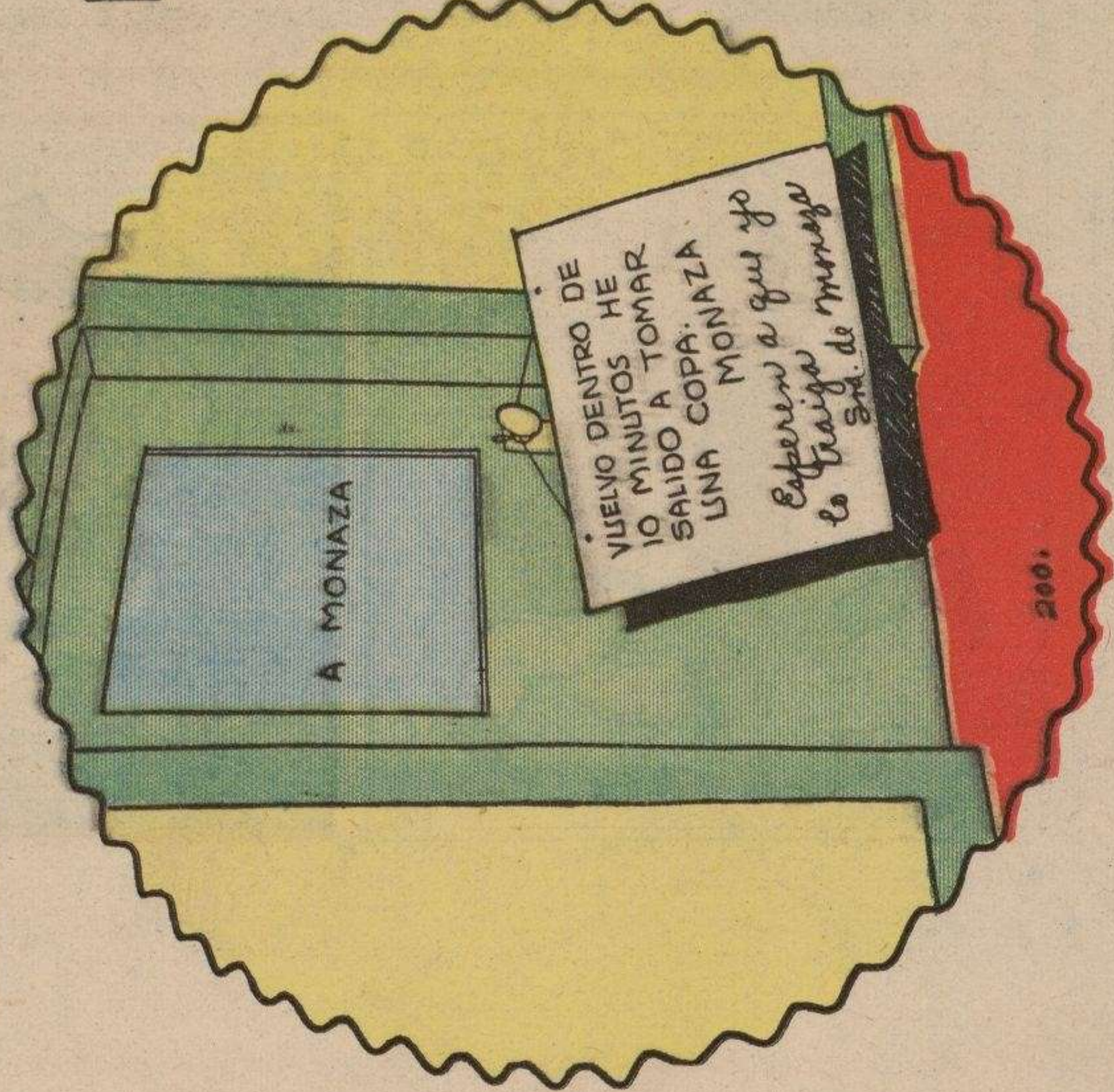
"¡LINDA! ¿TE VERÉ OTRA VEZ ANTES DE LAS PRÓXIMAS NAVIDADES?"



"¡DE AHORA EN ADELANTE, GORDIL, TENDRÁS TÚ QUE SUBIRTE POR EL TUBO, PUES TIENES QUE REBAJAR!"



"¡HAY QUE LEVANTARLO CON EL GATO PARA QUE PUEDA COMER!"



A MONAZA

VUELVO DENTRO DE VIELO DENTRO DE 10 MINUTOS HE SALIDO A TOMAR UNA COPA. MONAZA Esperen a que yo lo traiga de marriage S.M. de marriage



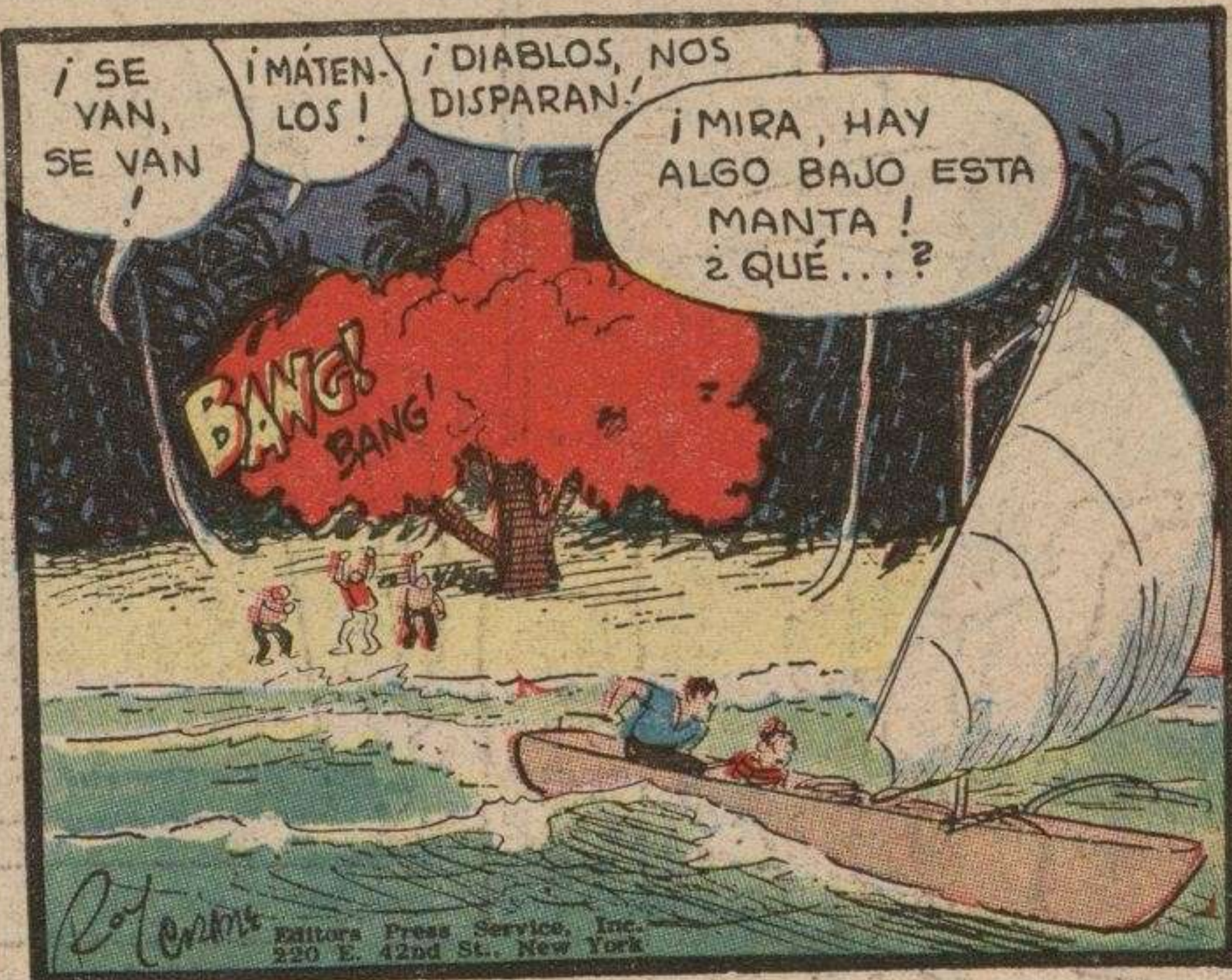
PERINQUILLA

"¡QUE ATERRICE UD. BIEN, SEÑORA!"



"¡EVARISTO, DAME UNA EXPLICACION GRACIA DE LA INGOGNITA QUE VES EN EL TECHO Y QUE TODOS LOS ENAMORADOS PONEN AL FINAL DE SUS CARTAS!"

EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE



DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 22 DE ENERO DE 1939

EL BUEN TOMASÍN
POR WALT DISNEY
WALT DISNEY

¡PISAUDO FUERTE Y CONFIADO. TOMASÍN SE SIENTE TRANSFORMADO EN UN HÉROE POR LA BELLOTA MÁGICA.

¡AHORA SI QUE ME SIENTO IRRESISTIBLE Y NO TENGO MIEDO A NADIE!

¡GUARDARE ESTA BELLOTA, EN EL BOLSILLO Y YA VERA GACHO GORILLA SI ME BIRLA LA NOVIA!

¡RS-S-S-T! ¡AHÍ VIENE! ¡PREPÁRENSE!

¡HOLA, TOMASÍN! ¿A DÓNDE VAS?

¡POR AQUÍ NO PASAS!

¿QUE NO? ¡PUES YA VEREMOS!

¿QUÉ PASO?

¡NO PUEDO CREERLO!

PERO, ¿ESE ERA TOMASÍN?

¡ANDA, PRIMOR, DALE UN BESO A PAPÁ!

¡O-OH! ¡DEJAME GACHO! ¡SUÉLTAME!

¡SUelta a mi novia, MAMARRACHO!

¿TU NOVIA? ¡NO ME HAGAS REIR!

¡SÍ! ¡MI NOVIA! ¡LO HA SIDO SIEMPRE Y LO SEGUIRÁ SIENDO!

¡ESCÚCHAME, POLLO! ¡DECIDIREMOS ESTO EN BUENA LID! ¿TE ATREVES?

¡ESO NO ES JUSTO! ¡TÚ ERES MAS FUERTE QUE EL!

¡DESCUIDA! ¡SOY MAS FUERTE DE LO QUE CREES!

¡Y RECUERDA! ¡EL VENCEDOR SERA EL NOVIDO DE FELINA PARA SIEMPRE!

¡JA, JA! ¡ACUERDATE TÚ... MIENTRAS PUEDES PENSAR!

1-15

WALT DISNEY

EL RATON MIGUELITO

¡VAYA UN POS-TIN! ¿QUE SUERTE PODER TOMAR PARTE EN ESTE CONCURSO, ZEN, PLUTO?

CONCURSO DE PERROS DE RAZA

¡ESO ES! ¡DEMUÉSTRALES QUE ERES TAN BUENO COMO CUALQUIERA!

¡OH! ¡OH! ¡ESE ERES TÚ, PLUTO! ¡AHORA A LU-CIRTE....!

¿EN QUE CLASE ESTA INSCRITO ESTE ANIMAL? ¿PUEDA SA-BERSE?

¡PERROS DE CAZA, SEÑOR! ¡ES UN PRODIGIO!

¡AH! ¿ESA ES LA CLASE DE CAZA A QUE SE REFIERE?

¡JA, JA! ¡JO, JO, JO!

¡PLUTO! ¡NO HAGAS ESO! ¡PIDELE PERDON AL SEÑOR JUEZ!

¿QUE DIABLOS?... ¡GLUB... BLUB...

¡ESO LO HACE PARA DEMOSTRARLE AFECTO, SEÑOR JUEZ!

¡HABRÁSE VISTO!... ¿QUIÉN ADMITIO EN ESTE CONCURSO A ESTE PERRO RONOZO, PLEBEYO, PUL-GUIENTO, IDIOTA....?

¡OH! NO, SEÑOR! ¡ES MUY INTELIGENTE Y... IEH, PLUTO!

¡I-I-I-AU! ¡AU!

¡SOMÉTA-LO A UNA PRUEBA, SEÑOR! ¡CREAME USTED QUE...!

¡BAH! ¡RETÍRESE CON SU PERRO ASQUE-ROSO Y NO VUELVA...!

¡NO TE APURES, PLUTO! ¡PARA MI SERÁS SIEMPRE UN CAMPEÓN!

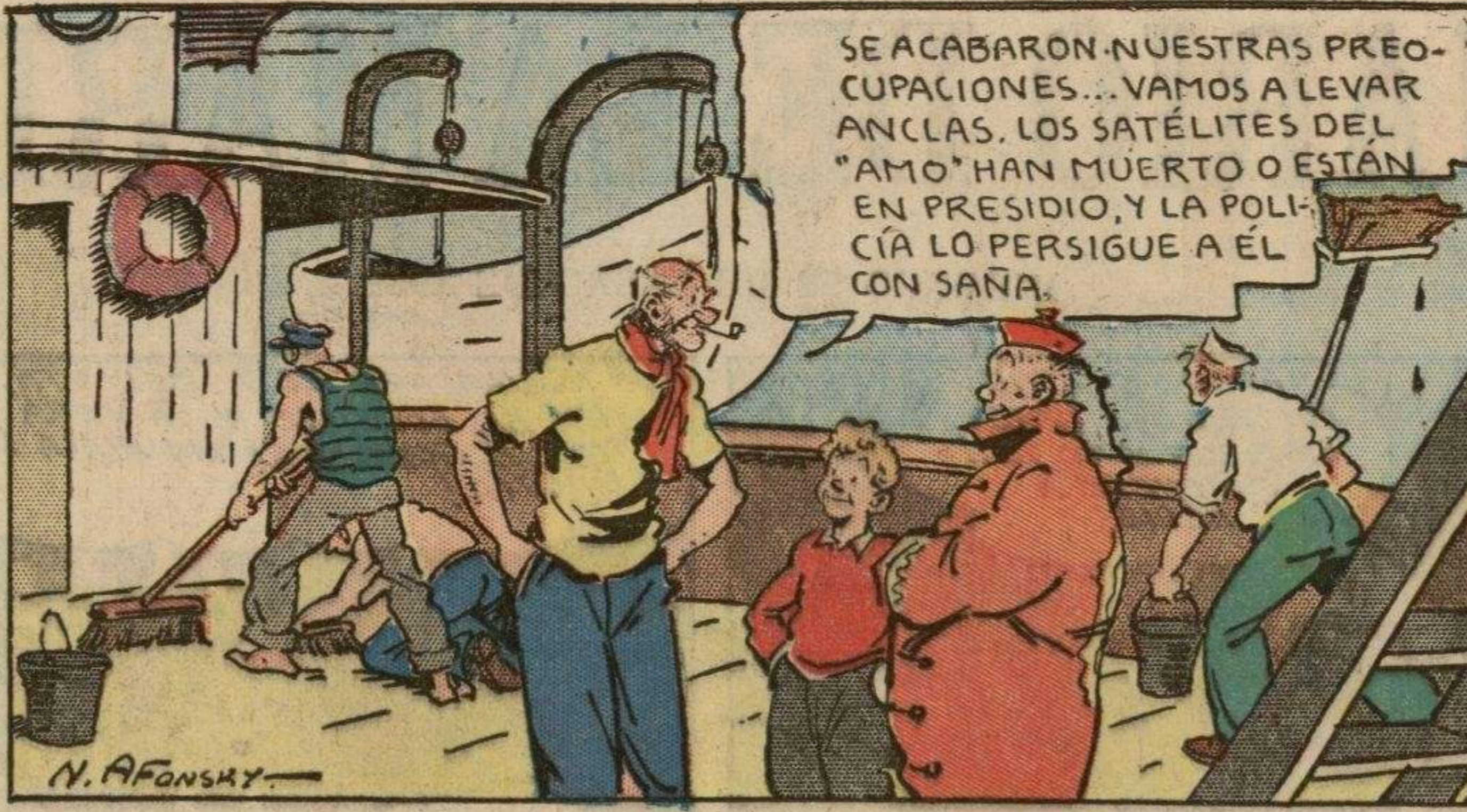
1-15

WALT DISNEY

WONG-LO

POR BRANDON WALSH

APUNALANDO A DOS DE LOS GUARDIAS, EL "AMO" Y LOS CINCO MIEMBROS RESTANTES DE SU ANTES NUMEROSA BANDA SE ESCAPAN DE PRESIDIO Y TRATAN DE ASESINAR A WONG Y TOMÁS... SILENCIOSAMENTE ENTRAN EN EL CUARTO DE ÉSTOS Y HUNDEN SUS PUÑALES EN DOS MANIQUÍES QUE ENCUENTRAN ARROPAADOS EN LAS CAMAS.



SE ACABARON NUESTRAS PREOCUPACIONES... VAMOS A LEVAR ANCLAS. LOS SATÉLITES DEL "AMO" HAN MUERTO O ESTÁN EN PRESIDIO, Y LA POLICÍA LO PERSIGUE A ÉL CON SAÑA.



ESCUCHA LAS PALABRAS LE ESTA HUMIL. LE PELSONA... EL TIGLE, AUNQUE LE COLTEN LAS UÑAS, SIGUE SELIENTO LE SANGLE.



PERO ¿QUE NOS PUEDE HALER AHORA ESE LAORÓN? ITENDRÁ SUERTE SI SE ESCAPA DE LA POLICÍA, QUE LO ANDA BUSCANDO POR TODAS PARTES!



SOMOS DUEÑOS DE ESTE BARCO. TOMÁS ESCOGIO LA TRIPULACIÓN... PUES ¿QUE HEMOS DE TEMER?

ESTE POBLE NECIO LE CUELA LA QUE UN SOLO FOSFOLO PUELE CONVETIL UNA CIUAL EN CENZAS.



MAR TRANQUILO Y UN BUEN BARCO PARA EMPRENDER EL VIAJE DE REGRESO. ¿QUE MÁS PUEDE QUERER UN MARINERO?



NO OBTANTE TOLAS ESTAS INLICACIONES LE SEGULIAL, SE ME HA ECHALO UNA LOZA SOBRE EL COLAZÓN... NO LEJO LE PLESENTIL PELIGLOS... EL TEMOL ME LOBA EL LESCANSO.



EN LA BODEGA DEL BARCO UN SUTETO FURTIVO, ANDRATOSO, EXAMINA CON CUIDADO CADA BULTO DE MERCANCIAS.



¡IDIOTAS! ¡HAN CREIDO BURLAR AL "AMO"! ¡IJA! ¡IJA! ¡IJA!

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U.S. Patent Office

Brandon Walsh



¿CÓMO ESTA ELLA? ¿QUE DICEN LOS MEDICOS?

¡ESTAN PREOCUPADOS!



¡GANAS ME DAN DE ESTRANGULAR A LA MENTECATA DE SU MADRE POR HABERLA DEJADO ATRASCARSE DE PESADOS ENTREMESSES!... Y ANITA ¿NO NOS CHASQUEARÁ? ¡HEMOS VENDIDO TODAS LAS ENTRADAS!



SÉ QUE ANITA HARÁ LO QUE PUEDA PARA REPRESENTAR BIEN EL PAPEL DE ESA NIÑA. NO SE LO HE REPASADO.



EL DIRECTOR ACABA DE REGRESAR DEL HOSPITAL. FLORITA SE SIENTE MEJOR; PERO SE PREOCUPA PORQUE NO HAS TENIDO TIEMPO PARA APRENDER SU PAPEL.



HE ESTADO VIÉNDOLA TRABAJAR DURANTE TODA LA SEMANA, Y EL SR. BARNES ME AYUDARÁ, SI OLVIDO... CLARO QUE NO LO HARÉ TAN BIEN COMO ELLA...



¡CARAMBA! ¡ESTOY TAN BIEN, QUE PAREZCO OTRA! ¡ME HAN PINTADO COMO UN BONITO CROMO!

DATE PRISA, ANITA, O NO ESTARÁS LISTA PARA ENTRAR EN ESCENA.



ESTÁN LLAMANDO A LA PUERTA.

ES PAPA... CORRERÉ A...



NO TE PREOCUPES POR FLORA, QUE ELLA ESTÁ MEJOR; SIGUE REPRESENTANDO BIEN SU PAPEL: NO DEBEMOS CONTRARIARLA.

DIGALE A FLORA QUE SEGUIRE PARTICIPANDO CON TANTA... ¡PALABRA!



¡MIRA, MAMÁ, QUE CRISAN... FLORES TAN HERMOSAS HA TRAI DO PAPA!



MODESTO RIZOS

RIZOS, DISFRAZADO COMO PITA, OBSERVA COMO LA PALOMA RONDA LA CABAÑA DEL ERMITAÑO!

ENTRARE EN LA CABAÑA A ENCENDER EL FUEGO.

¡AH! LA PUERTA ESTÁ ABIERTA... YO LA DEJE ABIERTA.

¡ES LA MISMA PALOMA QUE VI AFUERA! PERO, ¿CÓMO VOLÓ HASTA AQUÍ? ¿POR UN AGUJERO ARRIBA? ¿Y QUIÉN ES ESE HOMBRE?

PALOMITA... PALOMITA.

¡Y LA PUERTA SECRETA... ESTÁ ENTREABIERTA!

¡ME METERÉ POR ELLA EN LA CUEVA QUE ESTÁ DETRÁS DE LA CABAÑA!

HUMM... NO SE PUEDE LEER LO ESCRITO.

EL DESCONOCIDO DESPRENDE UN PAPELITO DE LA PATA DE LA PALOMA Y LO LEE.

¡SE ME FUE! NO PUEDO CATCHARLA...

¿ME TRAES UN MENSAJE, PALOMITA? ¡VENGA!

¿QUIÉN ES ESE TURCO? ¿ERES TÚ?

1-15 CONTINUARA

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Registered U. S. Patent Office

TE MUESTRO EL TESORO DE LA ENSENADA NEGRA, LORONO, TESORO QUE JAMÁS POSEERÁS...

¡SI APRECIAN LA VIDA, NO TOQUEN LAS JOYAS!

¡TOMA UN PUNDAO DE ELLAS, ARUSA Y ENTREGAMELAS!

ESPARCÍ LAS MINÚSCULAS ARÁÑAS PONZONOSAS SOBRE LAS JOYAS PARA PROTEGERLAS.

¿SÍ? PUES LAS DESTRUIRE A ELLAS Y A TI, RAN-DO!

¿Y POR QUÉ NO ERES MI PRISIONERO, RAN-DO? ¡SI YO QUISIERA, MIS HOMBRES TE MATARÍAN...

EL GUERRERO DA UN GRITO DE DOLOR.

LAS RAMAS VERDES PRODUCIRÁN BASTANTE HUMO PARA ASEIXAR A TODO SER VIENTE!

LYMAN YOUNG

¡NO, NO! ¡NO TE ACERQUES AL TESORO! ¡SERÍA FATAL!

¡IDIOTA! ¿QUE LE HA PASADO?

NO ME OBEDECISTE Y LAS ARÁÑAS LO PICARON!

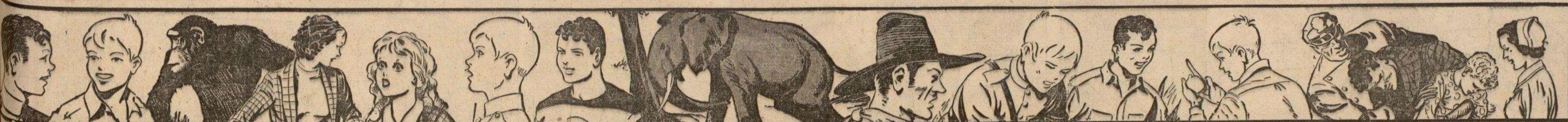
¡MIRE, AL ROD, EL HUMO QUE SALE POR ESE AGUJERO!

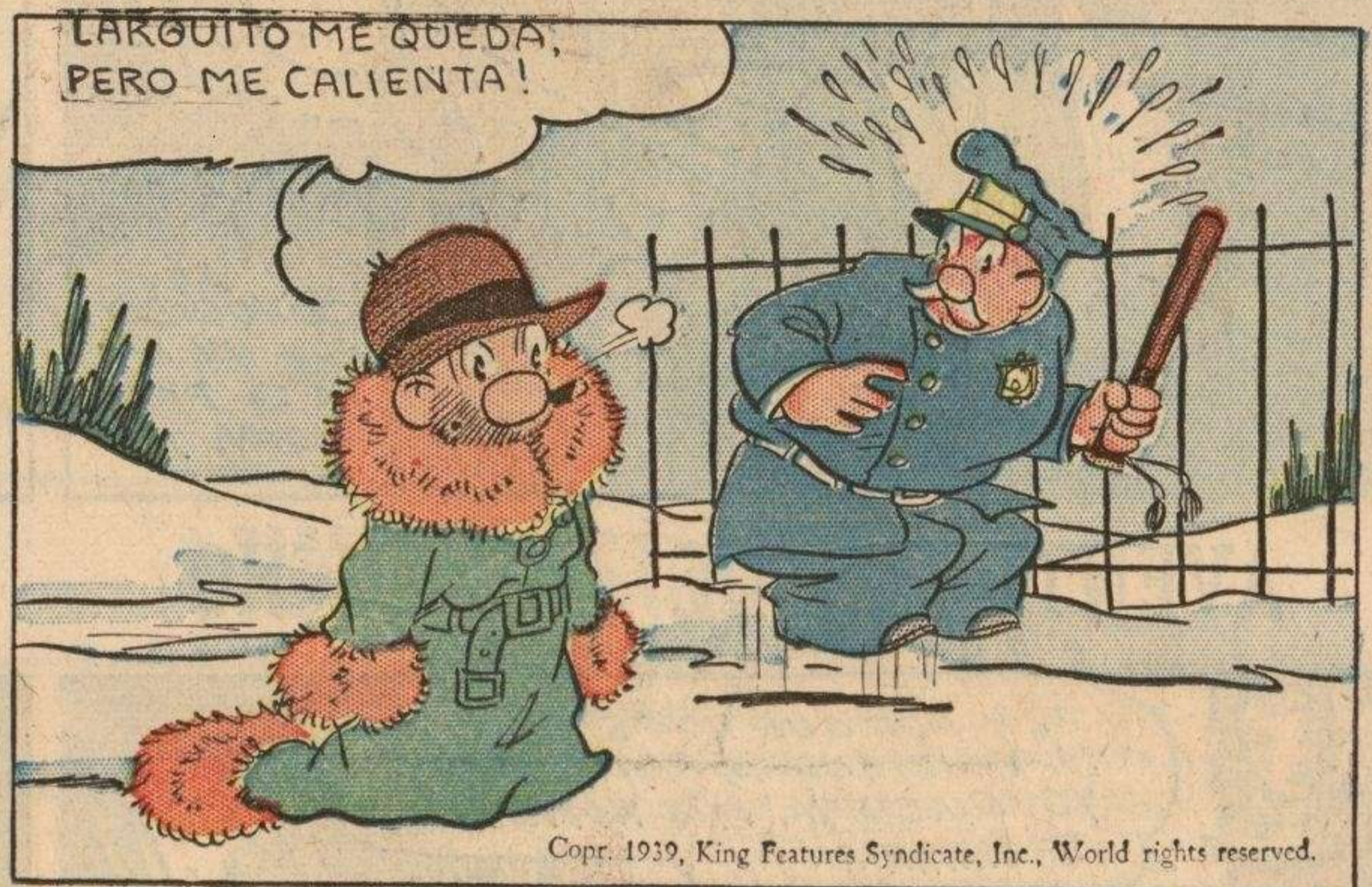
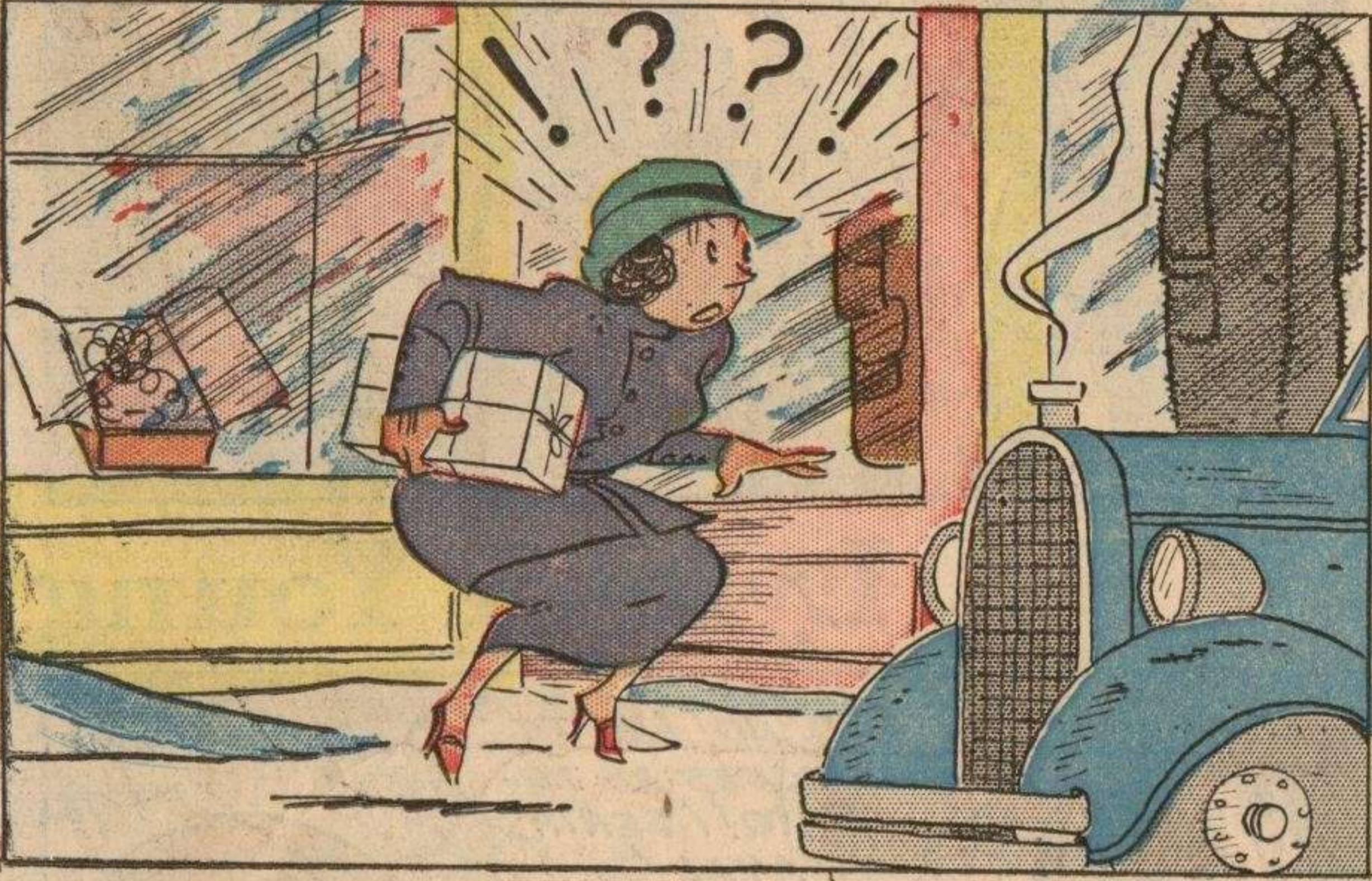
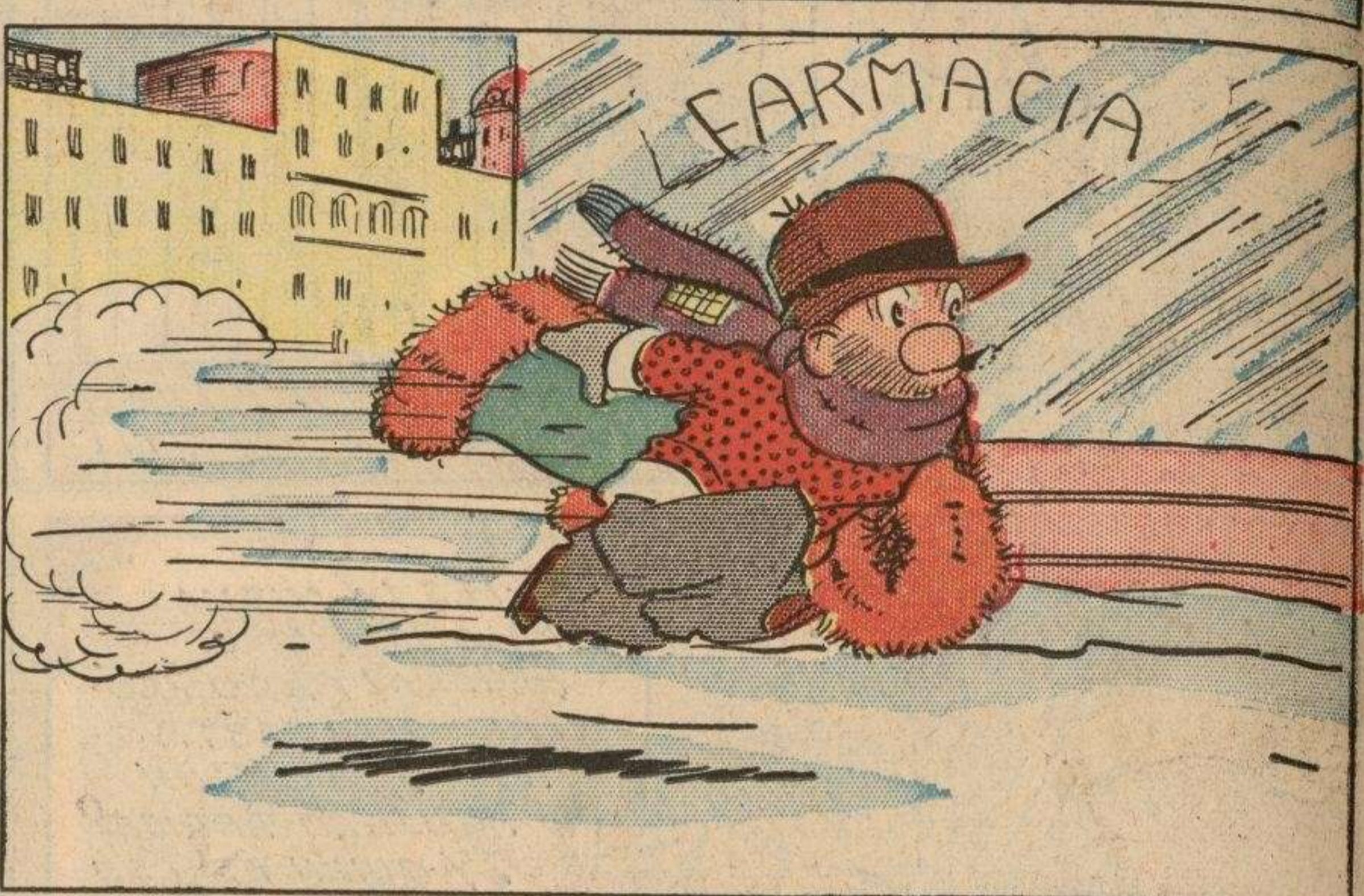
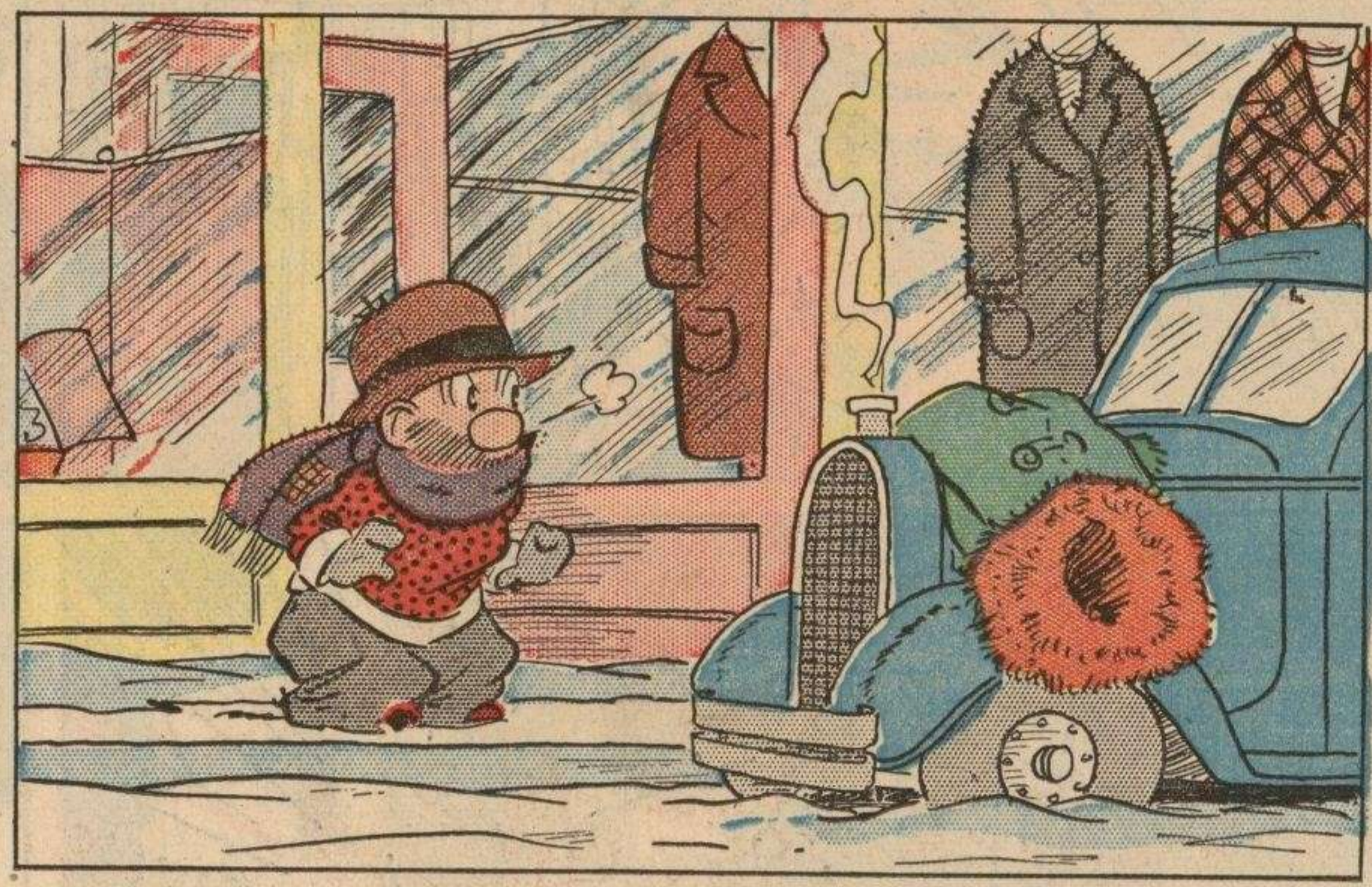
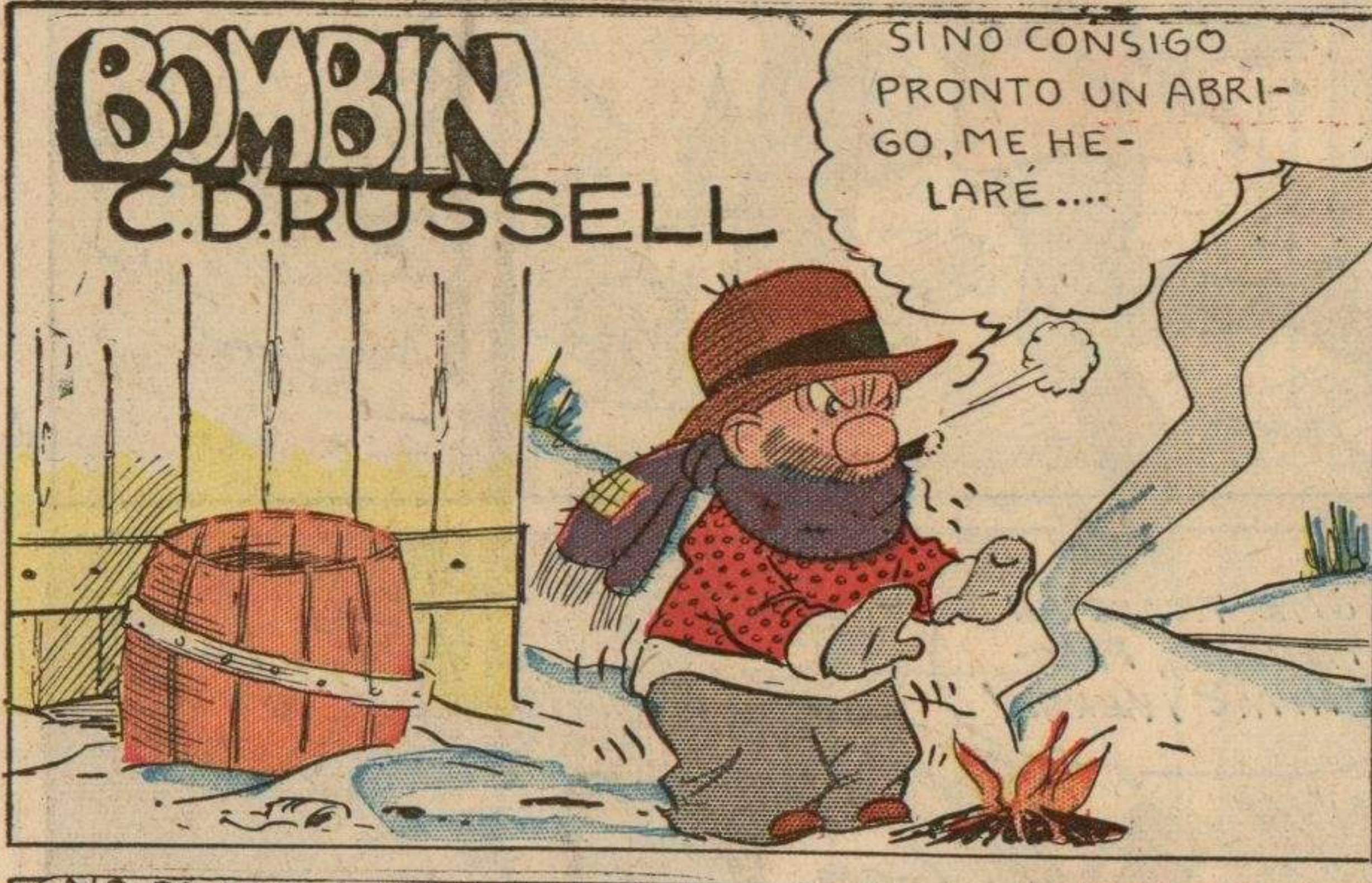
ESE ES INDICIO DE QUE AHÍ DEBE ESTAR LORONO CON SUS GUERREROS.

VAMOS A VER DE QUE SE TRATA.

1-15 CONTINUARA

Lyman Young





PEDRO HARAPOS

